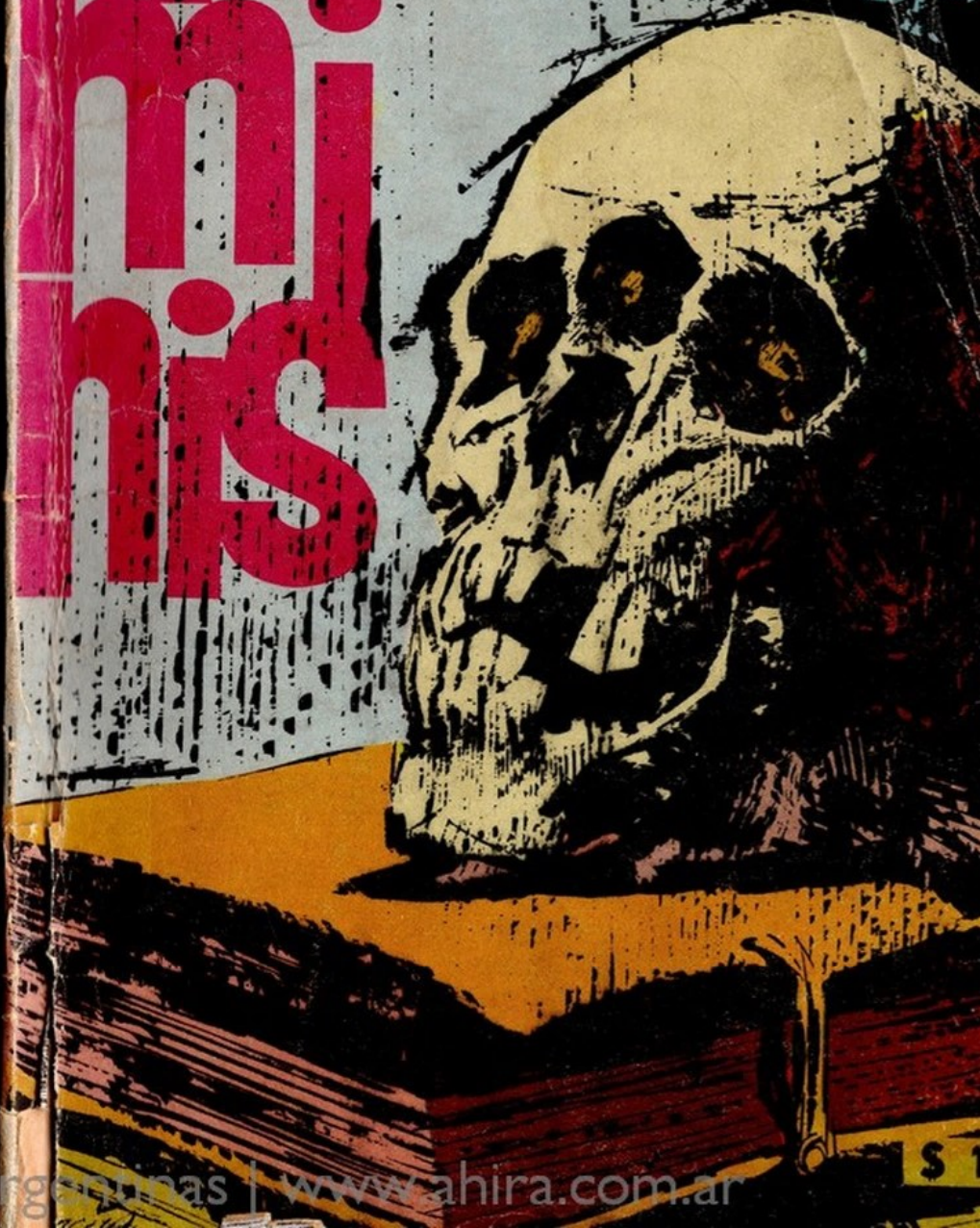




# Geminis

Ciencia Ficción

Volumen 1 — Número 1







## Al lector

GEMINIS publicará quincenalmente los mejores cuentos que vayamos encontrando en la riquísima cantera de la Ciencia Ficción mundial.

Pero GEMINIS no quiere limitarse a esa función.

GEMINIS quiere llegar a ser algo más que traducciones: GEMINIS aspira a ser el medio donde puedan expresarse los escritores nuestros, noveles o no, que, lo sabemos, pueden producir cuentos de Ciencia Ficción tan buenos como los mejores.

Por eso el concurso que ofrecemos en las páginas finales de la presente edición: en él podrá participar todo aquel que crea tener algo que decir en Ciencia Ficción, ya sea un cuento, una idea original o un enfoque nuevo de un problema viejo.

Y no sólo los autores, también los lectores podrán intervenir en GEMINIS: en el correo, el "Cabo Kennedy de los lectores", podrán decirnos sus deseos y sus críticas, las secciones que les agradaría encontrar en GEMINIS, las cosas que les parecen mal.

En resumen, GEMINIS seguirá siendo siempre una antología de grandes cuentos de Ciencia Ficción. Pero la Ciencia Ficción aparecerá en GEMINIS *vista desde aquí*, desde este Hemisferio Austral que también forma parte del planeta.



# GEMINIS

## CIENCIA - FICCIÓN

VOL. I - Nº 1 — JUNIO 30 DE 1965

### SUMARIO

LA SEPTIMA VICTIMA ROBERT SHECKLEY .....	2
EL ESTANQUE NIGEL KNEALE .....	16
SECRETO ABSOLUTO DAVID GRINNELL .....	23
TAN BAJO THEODORE STURGEON .....	27
PASTORAL CHARLES A. STEARNS .....	32
RESURRECCION A. E. VAN VOGT .....	54
IMPULSO ERIC FRANK RUSSELL .....	71
PUTSI LUDWIG BEMELMANS .....	86
CUIDADO CON LAS METAFORAS ROBERT BLOCH .....	93
EL LUGAR DEL REPOSO OLIVER LA FARGE .....	106
EL ARBOL DE LA BUENA MUERTE H. G. OESTERHELD .....	120

Por acuerdo especial con la *Galaxy Publishing Co.*, de los Estados Unidos, la mayor parte del material literario de "GEMINIS" proviene de la revista "GALAXY".

"GALAXY" se traduce al francés, al alemán y al italiano.

Director  
H. G. OESTERHELD

Ilustradores  
MUÑOZ  
PIGAFETTA  
FERVIE  
A. A. FERNANDEZ  
DE LA FUENTE  
ARNAU  
PAULINO

Director Artístico  
EUGENIO ZOPPI

Carátula  
ALBERTO BRECCIA

GEMINIS. Ciencia Ficción. Junio 30 de 1965.

Publicación quincenal. Editor responsable Ediciones H. G. O. Cangallo 1642, 4º Piso, Ofic. 41. Hecho el depósito de ley (C) 1965 Ediciones H. G. O. — Registro Propiedad Intelectual en trámite. Distribuidores: Capital Federal, RUBBO, José M. Moreno 359; Interior y Exterior, SADYE, México 625.

Precio del ejemplar ..... \$ 100.—  
Suscripción semestral (12 núm.) ..... " 1.000.—  
Suscripción anual (24 números) ..... " 2.100.—  
Suscripción anual Latinoamericana ..... " 3.000.—




# La séptima VICTIMA

ROBERT SHECKLEY

Ilustró JOSE MUÑOZ

*Un deporte más apasionante  
que el fútbol: el asesinato*

STANTON FRELAINE estaba sentado ante su escritorio, tratando de parecer tan ocupado como puede estarlo cualquier dirigente de empresa a las 9.30 de la mañana. No podía concentrarse en el aviso que había redactado la noche anterior, no podía pensar en negocios. Lo único que podía hacer era aguardar la llegada del cartero. Hacía ya dos semanas



que esperaba una notificación. Como de costumbre, la burocracia gubernamental seguía provocando demoras.

El cristal de la puerta de entrada a su despacho tenía una inscripción que decía así: Morger y Frelaine. Confeccionistas. En eso, la puerta se abrió y entró E. J. Morger, cojeando levemente a raíz de una herida que recibiera tiempo atrás durante una excursión cinéptica. Era un hombre de es-



palda encorvada, pero, con 73 años auestas, no era cosa que le preocupara mucho.

"¿Y... Stan?", preguntó Morger "¿Qué hay del aviso?"

Frelaine se había asociado a Morger 16 años atrás, cuando sólo lo tenía 27 años. Juntos habían convertido a la "Protect-Trajes" en una empresa que giraba con millones de dólares.

"Creo que sirve", dijo Frelaine, entregando la tira de papel a Morger. Ojalá la correspondencia llegase más temprano, se dijo para sus adentros.

"¿Tiene usted un Protect-Suit?" leyó Morger en voz alta, sosteniendo el papelito casi pegado a sus ojos. "La mejor confección del mundo está presente en el "Protect-Suit" de Morger y Frelaine, para hacer de este traje el primero de la moda masculina".

Morger carraspeó y miró a Frelaine. Sonrió y continuó la lectura: "Protect-Suit" es a la vez la prenda más segura y más elegante. Cada "Protect-Suit" viene munido de un bolsillo especial para llevar el revólver, garantizándole que no se notará el bulto. Nadie sabrá que usted está armado... salvo usted. El bolsillo especial es de fácil acceso, permitiendo un rápido movimiento de la mano para sacar el revólver. A su elección podemos confeccionarle el traje con bolsillo de cintura o en la parte superior del saco".

"Muy bueno", comentó Morger.

Frelaine asintió con gesto malhumorado.

"El "Protect-Suit" tiene un bol-

sillo especial, el mayor adelanto moderno en lo que se refiere a protección personal. Haciendo ligera presión sobre un botón secreto el arma aparece instantáneamente en su mano, apuntando y con el seguro soltado. ¿Por qué no pasa por su tienda "Protect" más cercana? ¿Para qué va a arriesgarse?". "Excelente", dijo Morger. "Es un aviso muy bueno y tiene dignidad".

Por un momento se mantuvo pensativo mientras se atusaba el bigote. "¿No sería conveniente mencionar que el "Protect-Suit" se ofrece en varios modelos, derecho, cruzado y en varias tonalidades?"

"Tiene razón. Me olvidé".

Frelaine tomó el papel y anotó tales indicaciones al margen. Luego se incorporó y alisó su saco sobre el abultado abdomen.

Frelaine, con sus 43 años, era un hombre algo excedido de peso, un poco calvo en la mollera. Era un hombre de aspecto amable, pero de ojos fríos.

"Cálmese", dijo Morger. "Llegará con el correo de hoy".

Frelaine sonrió forzadamente. Tenía deseos de pasearse por la habitación, pero, en cambio, optó por sentarse sobre el borde del escritorio.

"Cualquiera creería que es mi primer muerte", dijo con una sonrisa desaprobadora.

"Lo comprendo perfectamente", dijo Morger. "Antes de que yo colgase mi revólver, no podía dormir durante todo un mes, mientras aguardaba la notificación. Lo comprendo".

Los dos hombres se mantuvieron expectantes. Y, cuando el silencio comenzaba a tornarse imposible, se abrió la puerta. Entró un empleado y dejó la correspondencia sobre el escritorio de Frelaine.

Frelaine dio un salto y tomó las cartas. Las fue ojeando velozmente y halló la que esperaba... el gran sobre blanco con las letras E.C.B. y el sello oficial del gobierno.

"Esta es", dijo Frelaine en tanto que su rostro se quebraba en una sonrisa. "¡Esta es mi querida!"

"Muy bien", dijo Morger mirando el sobre con interés, pero sin pedirle a Frelaine que lo abriese. Sería un acto de mala educación a la vez que una violación a los ojos de la ley. Nadie debía saber el nombre de la víctima, excepto su cazador. "Espero que tenga una buena cacería".

"Así lo espero", respondió Frelaine. Sus escritorio estaba en orden... lo había estado desde hacía una semana. Levantó su portafolio.

"Cobrar una buena pieza le hará mucho bien", dijo Morger, poniendo la mano levemente sobre la bien armada hombrera de Frelaine. "Ha estado sumamente excitado".

"Lo sé", dijo Frelaine volviendo a sonreír y estrechó la mano de Morger.

"Ojalá fuese muchacho todavía", dijo Morger, mientras echaba un vistazo a su maltrecha pierna con mal disimulada sorna. "Me

vienen ganas de volver a calzar un arma".

En su tiempo el viejo había sido un buen cazador. Diez exitosas cacerías lo habían elevado a un puesto en el Club de los Diez. Y, como era lógico, por cada cacería Morger había tenido, a su vez, que actuar como víctima, de modo que era el autor de veinte muertes.

"Espero que mi víctima no se parezca en nada a usted", dijo Frelaine, medio en broma.

"No se preocupe. ¿Qué número tiene ésta?"

"El siete".

"El siete de la suerte, como en el pase inglés. Andando, entonces", dijo Morger. "Casi seguro que ingresará al Club de los Diez".

Frelaine le dijo adiós con la mano y salió hasta la puerta.

"Tenga cuidado", le previno su socio. "Un leve descuido... y tendré que buscar otro socio. Pero el caso es que me agrada el que tengo actualmente".

"Me cuidaré", le prometió Frelaine.

En lugar de tomar el ómnibus, Frelaine prefirió ir a pie hasta su departamento. Necesitaba tiempo para serenarse. No sabía por qué se comportaba como un chico que va a matar por primera vez.

Mientras caminaba, Frelaine miraba continuamente hacia adelante. Mirar a alguien era casi como pedir que le metiesen un tiro, si el hombre casualmente estuviese desempeñando el papel de víctima.



Algunas víctimas no vacilarían en matarlo a uno de un tiro por osar mirarles. Son unos tipos muy nerviosos. Frelaine, prudentemente, miraba por arriba de las cabezas de las personas que encontraba al pasar.

Encima de él se veía un enorme cartelón, ofreciendo al público los servicios de J. F. O'Donovan.

¡VICTIMAS!, proclamaba el letrero en enormes letras rojas. ¡POR QUE ARRIESGARSE? USE UN ACREDITADO OTEADOR DE O'DONOVAN. DEJE QUE NOSOTROS LOCALICEMOS EL ASESINO QUE TIENE ASIGNADO. ¡PAGUE DESPUES QUE USTED LO LIQUIDE!

El letrero sirvió a Frelaine de recordatorio. Ni bien llegase a su departamento telefonaría a Ed Morrow.

Cruzó la calle a paso ligero. Ya no deseaba otra cosa que llegar a su casa, abrir el sobre y descubrir quién era la Víctima. ¿Sería inteligente o estúpida? ¿Acaudalada, como la cuarta Víctima de Frelaine, o pobre al igual que la primera y la segunda? ¿Buscaría la ayuda de un oteador profesional o trataría de realizar el trabajo por su cuenta?

La excitación de la cacería ya corría presurosamente por sus venas y aceleraba los latidos de su corazón. Oyó disparos de armas de fuego a más o menos una cuadra de distancia. Dos en rápida sucesión luego... el tiro de gracia. Alguien habría cobrado su hombre, pensó Frelaine. Muy bien.

Era una sensación indescriptible, se dijo. Volvía a vivir.

Una vez en su departamento de un ambiente, lo primero que hizo Frelaine fue telefonar a Ed Morrow, su oteador, quien entre llamadas trabajaba de ayudante en un garaje. "Hola, ¿Ed? Habla Frelaine".

"Oh, ¿cómo le va, señor Frelaine?". Podía ver la cara flaca y de finos labios, cubierta de grasa, al teléfono.

"Voy a salir de caza, Ed".

"Buena suerte, señor Frelaine", dijo Ed Morrow. "¿Supongo que me necesitará?"

"Así es. Espero no estar ausente más de una semana o dos. Probablemente reciba mi notificación de que soy Víctima, dentro de los tres meses después de cobrada mi pieza".

"Estaré alerta. Buena cacería, señor Frelaine".

"Gracias. Hasta pronto". Y colgó el auricular.

Era una sabia medida de seguridad reservar los buenos oficios de un oteador de primera clase. Después de cobrada su pieza, le correspondería a él asumir el papel de Víctima. Y, nuevamente Ed Morrow sería su seguro de vida. ¡Y qué magnífico oteador era Ed Morrow! Ignorante... estúpido... ¡Pero qué ojo clínico para la individualización! Era una cosa innata en él. Con sólo un vistazo podía darse cuenta de quién era forastero. Era diabólicamente capaz para tender una emboscada. Lo que se dice un hombre indispensable.

Frelaine sacó el sobre de su bolsillo, riéndose para sus adentros, mientras recordaba algunas de las artimañas que Morrow había creado para los Cazadores. Aún sonriente, miró el contenido del sobre: JANET MARIE PATZIG.

¡Su Víctima era una mujer! Frelaine se puso de pie y se paseó por el cuarto por unos instantes. Luego volvió a leer la carta. Janet Marie Patzig. No había error. Una muchacha. Se agregaban tres fotografías, el domicilio y los habituales datos personales.

Frelaine frunció el entrecejo. Nunca había matado a una mujer.

Vaciló un instante, luego levantó el auricular y marcó el número de O.C.E.

"Oficina de Catarsis Emocional, Sección Informaciones", respondió una voz masculina.

"Diga, mire", dijo Frelaine, "yo acabo de recibir mi notificación y me ha tocado una muchacha. ¿Está bien?" Dio al empleado el nombre de la muchacha.

"Está absolutamente bien, señor", respondió el empleado después de un minuto de revisar los microarchivos. "La muchacha se anotó aquí voluntariamente. La ley dice que ella tiene iguales derechos y privilegios que un hombre".

"¿Me podría informar cuántas muertes tiene ella en su haber?"

"Lo siento, señor. La única información que puedo suministrarle es la de la situación legal de la víctima y los datos que usted ha recibido".

"Ajá..." dijo Frelaine y, tras

una pausa, añadió: "¿No podría elegir otra?"

"Oh, no, no..."

"No importa. Gracias". Colgó el auricular y se sentó en su sillón más grande; se aflojó el cinturón. Esto había que pensarlo.

Malditas mujeres, gruñó para sus adentros, siempre tratando de entrometerse en las cosas de los hombres. ¿Por qué no pueden quedarse en sus casas? Pero, recordó, son ciudadanas libres. Pero, es que no parecía ser femenino.

Sabía que, históricamente hablando, la Oficina de Catarsis Emocional había sido establecida exclusivamente para hombres. Había sido fundada al fin de la cuarta guerra mundial... o la sexta, según la cuenta llevada por algunos historiadores. En ese momento había existido una urgente necesidad de una paz permanente, duradera. La razón era de sentido práctico, como lo eran los hombres que la habían puesto en marcha. Simplemente... que la angustia estaba muy cercana.

Durante las guerras mundiales aumentan la magnitud y la eficacia de las armas y el poder de exterminio. Los soldados se habían acostumbrado a ello, y cada vez se mostraban más dispuestos a utilizarlas.

Pero ya se había alcanzado el grado de saturación. Otra guerra realmente acabaría con todas las guerras. No quedaría nadie para comenzar otra. De modo que esta paz tenía que durar para siempre, pero los hombres que la pusieron en marcha eran de sentido prác-



tico. Reconocieron las todavía presentes tensiones y dislocaciones, los caldos de cultivo donde se generaban las guerras. Se preguntaron por qué la paz nunca había sido duradera en el pasado.

Su respuesta fue: "Porque a los hombres les agrada pelear".

"Oh, no", exclamaron los idealistas.

Mas los hombres que habían puesto en marcha la paz se vieron obligados a postular, lamentablemente, la presencia en gran parte de la humanidad, de una necesidad de violencia. Los hombres no son ángeles. Tampoco son fieras. Son simplemente seres humanos con un elevado grado de combatividad.

Debido a los conocimientos científicos y el poderío que ostentaban en ese momento, los hombres prácticos hubiesen hecho ingentes esfuerzos para eliminar esta característica racial. Muchos creyeron que ésta era la respuesta.

Pero los hombres prácticos, no. Reconocían la validez de la competencia, el amor a la batalla, el coraje ante peligros insuperables. Estas cosas, pensaban, eran admirables características raciales, un seguro para su perpetuidad. Sin ellas, la raza se vería obligada a retrogradar. La tendencia hacia la violencia, descubrieron, estaba íntimamente ligada a la ingeniosidad, la flexibilidad y el empuje.

El problema era, entonces, arreglar una paz que durase hasta que ellos dejaran esta tierra. Evitar que la raza se destruyera a sí mis-

ma, sin eliminar las causas responsables de la destrucción.

Para conseguirlo, decidieron volver a canalizar la violencia humana. Proveer al hombre con una salida, un medio...

El primer gran paso dado en ese sentido consistió en legalizar justas del tipo de los gladiadores, completas, a sangre y fuego. Pero hacía falta algo más. La sublimación servía sólo hasta cierto punto. La gente no se conformaba con el sucedáneo: quería lo auténtico.

El asesinato no tiene sustituto.

Fue así que el asesinato fue legalizado, sobre una base estrictamente individual, y solamente para quienes lo desearan. Se instruyó a los gobiernos para crear oficinas de Catarsis Emocional. Luego de un período experimental se adoptaron reglas uniformes.

Cualquiera deseoso de cometer un asesinato tenía que registrarse en la O.C.E. Con el aporte de ciertos detalles y seguridad, se le asignaba una Víctima. El que firmaba para cometer un asesinato, de acuerdo con las normas gubernamentales, pocos meses después debía prestarse a ser Víctima... si sobrevivía.

Eso, en resumen, era el arreglo. Un individuo podía cometer cuantos asesinatos quisiese. Pero entre uno y otro debía ser Víctima. Si lograba matar a su Cazador, podía retirarse o firmar para cometer otro asesinato.

Transcurridos diez años, se calculó que un tercio de la población civilizada mundial había solicita-

do cometer, por lo menos, un asesinato. La cantidad disminuyó a un cuarto y se estabilizó en ese nivel. Los filósofos sacudían sus cabezas, pero los hombres prácticos se mostraban satisfechos. La guerra estaba en el lugar que le correspondía... en manos del individuo.

Claro está que el juego tenía sus ramificaciones y complicaciones. Una vez aceptado se convirtió en algo así como un gran negocio. Había servicios, tanto de víctimas, como de cazadores.

La Oficina de Catarsis Emocional elegía los nombres de las víctimas al azar. Un Cazador tenía dos semanas de plazo para cobrar su pieza. Para ello debía recurrir a su propio ingenio, sin ninguna otra ayuda. Se le suministraba el nombre, el domicilio y la descripción de su Víctima y se le autorizaba a emplear un revólver de calibre corriente. Le estaba prohibido usar cualquier tipo de coraza.

La Víctima era notificada una semana antes que el Cazador. Se le comunicaba simplemente que era la Víctima. Desconocía el nombre de su Cazador. Se le permitía elegir su coraza. Podía tomar oteadores. El oteador no estaba autorizado a matar; solamente la Víctima y el Cazador podían hacerlo. Pero el oteador podía localizar a un forastero o identificar a un pistolero nervioso. La Víctima podía preparar cualquier clase de emboscada que quisiese para matar al Cazador.

Se aplicaban severas penas por matar o herir a quien no corres-

pondía, pues no se autorizaba ningún otro asesinato. Asesinatos provocados por resentimientos o con fines de lucro eran castigados con la pena de muerte. Lo hermoso del sistema consistía en que aquel que desease matar a otro podía hacerlo.

Los que no lo deseaban —el grueso de la población— no tenían por qué hacerlo.

Por lo menos, ya no habían más guerras totales. Ni siquiera era inminente una guerra parcial. Sólo se libraban cientos de miles de pequeñas guerras.

A Frelaine no le seducía mayormente matar una mujer; pero ella se había registrado. No era culpa de él. Y no se iba a retirar de su séptima cacería. El resto de la mañana lo empleó en memorizar los datos de su Víctima y luego archivó la carta.

Janet Patzig vivía en Nueva York. Eso era bueno. Le agradaba la cacería en una gran ciudad y, además, siempre había tenido deseos de conocer Nueva York. No le habían suministrado la edad de la mujer, pero a juzgar por las fotografías contaría unos veinte años de edad.

Frelaine telefonó a la compañía de aviación para reservar un pasaje en el jet para Nueva York, tras lo cual se dio una ducha. Se vistió cuidadosamente con el nuevo "Protect-Suit Special", realizado para la ocasión. De su colección de armas seleccionó un revólver al que limpió y aceitó, hecho lo cual, lo colocó en el bolsillo es-



pecial del traje. Después se dedicó a preparar su valija.

El pulso le latía apresuradamente. Pensó en la rara sensación emotiva que producía en su ser cada nueva cacería. Era algo de nunca acabar, como cuando uno conoce una mujer o cuando comienza a beber, nunca se sabe como terminará. Siempre nuevo, pero siempre distinto.

Finalmente echó un vistazo a sus libros para decidir cuál llevaría. Su biblioteca contenía buenos volúmenes sobre el tema. No necesitaba ningún libro sobre víctimas como el titulado "Tácticas para la víctima" o "No piense como una víctima".

Ya tendría tiempo para ellos dentro de unos meses, cuando viese a ser víctima. Lo que necesitaba ahora eran libros sobre cacería. El mejor de todos era "Tácticas para cacería humana", pero a ese se lo sabía de memoria. Lo que necesitaba en estos momentos era el libro titulado: "Cómo se tiende una emboscada" que era el más adecuado para su presente situación.

Eligió "La cacería en las ciudades", "Localización del oteador" y "De cómo rematar a la víctima".

Todo estaba en orden. Dejó una nota para el lechero y echó llave a su departamento. Una vez hecho esto, tomó un taxi hasta el aeropuerto.

Una vez en Nueva York tomó un cuarto en un hotel no muy lejos del domicilio de su víctima. Los empleados lo miraban sonrientes y atentamente, lo que no fue

del agrado de Frelaine. No le agradaba ser reconocido tan fácilmente en su calidad de asesino forastero.

Lo primero que vio en su cuarto fue un folleto sobre la mesita de luz. "Cómo hacer rendir al máximo su catarsis emocional", era su título, y se especificaba que era una atención del establecimiento. Frelaine, sonriente, lo repasó rápidamente.

Como esta era su primera visita a Nueva York pasó la tarde caminando por las calles del barrio de su víctima. Después de eso, visitó varias grandes tiendas.

La de Martinson y Black era un lugar fascinante. Visitó el salón Cazador-Presa. En él se exhibían chalecos y sombreros a prueba de balas para las víctimas.

En una vitrina se hallaba un nuevo tipo de revólver de calibre 38. ¡Use el Malvern de disparo recto!, decía un letrero. Aprobado por la O.C.E. Carga doce balas. Prueba de desviación del proyectil, menos de .001 de pulgada a una distancia de 1.000 pies. Haga blanco en su víctima. ¡No arriesgue su vida por faltarle lo mejor! ¡Marche seguro con un Malvern!

Frelaine se sonrió. Muy bueno el aviso. Y el pequeño revólver negro tenía aspecto de ser sumamente eficaz. Pero él estaba conforme con el que poseía.

Había bastones especiales en liquidación, que ocultaban en su interior un magazine de cuatro proyectiles, prometedores de seguridad y disimulo. En su juventud a Frelaine le agradaban las inno-

vaciones, pero ahora sabía que, por regla general lo antiguo era lo mejor.

Fuera de la tienda, cuatro hombres del Departamento de Sanidad acarreaban el cadáver de una persona muerta poco antes. Frelaine lamentó no haber presenciado el suceso.

Cenó en un buen restaurante y se acostó temprano. Mañana tendría mucho trabajo.

Al día siguiente, con el rostro de su víctima ante él, Frelaine volvió a recorrer el barrio. No miró detenidamente a nadie. En cambio, se desplazó rápidamente, como si tuviese urgencia por llegar a alguna parte, en la forma en que corresponde que camine un Cazador veterano.

Pasó varios bares y entró en uno de ellos para beber. Luego siguió su marcha, tomó por una calle transversal a la avenida Lexington. Había allí un café muy agradable. Entró.

Y... ¡allí estaba! Jamás podría equivocarse de una cara así. Jean Patzig estaba sentada en una de las mesas, mirando dentro de su copa.

Frelaine caminó hasta la esquina. Dobló y se detuvo; le temblaban las manos. ¡Era loca esa muchacha para exponerse así, tan abiertamente? ¡O se creía inmortal?

Llamó a un taxi y le dijo al chofer que diese vuelta a la manzana. No había duda, allí estaba sentada.

Frelaine la observó cuidadosamente.

Parecía más joven que en las fotografías, pero no podría asegurarlo. No tendría mucho más de veinte años. Su cabello negro estaba peinado con raya al medio y le cubría las orejas, dándole un aspecto monjil. Frelaine creyó notar en su rostro un rictus de resignada tristeza. ¿Es que ni siquiera iba a tratar de defenderse?

Frelaine le pagó al conductor y entró en una botica, desde donde telefonó a la O.C.E.

"¿Está seguro que la víctima llamada Janet Marie Patzig ha sido notificada?"

"Un momentito, señor". Mientras el empleado buscaba la información requerida Frelaine hacía tamborilear sus dedos contra la puerta de la cabina telefónica. "Sí, señor. Tenemos su confirmación personal. ¿Algo anda mal, señor?"

"No", respondió Frelaine. "Sóloamente deseaba asegurarme".

De todas maneras, a nadie le interesaba si la muchacha quería defenderse o no. Todavía tenía derecho a matarla. Era su turno.

Sin embargo, decidió postergarlo y se fue a un cine. Después de cenar, regresó a su cuarto y se puso a leer el folleto de la O.C.E. Luego se echó sobre la cama y se puso a contemplar el cielorraso. Todo lo que tenía que hacer era... meterle un balazo. Pasar con el taxi y matarla.

Ella se negaba a hacerle el juego, pensó con ira, y se quedó dormido.

A la tarde siguiente Frelaine volvió a pasar por el café. La muchacha estaba sentada en el mis-



mo lugar. Frelaine llamó un taxi. "Dé vueltas a la manzana lentamente", le dijo al conductor.

"¿Cómo no!", le respondió el chofer con una sonrisa sardónica.

Desde el taxi Frelaine trató de ubicar a los oteadores. Aparentemente no había ninguno. La muchacha tenía ambas manos sobre la mesa. Era un blanco estático, fácil.

Frelaine tocó el botón de su saco cruzado. Se abrió un pliegue y en su mano apareció el arma. La abrió para controlar la carga y la volvió a cerrar con un golpe seco.

"Despacito... despacito...", le avisó al conductor.

El taxi pasó frente al café a paso de hombre. Frelaine apuntó cuidadosamente. Se preparó para hacer fuego.

"¡Maldición!", exclamó.

Un mozo se había puesto delante de la muchacha. Frelaine no quería liquidar a un tercero. "Demos otra vuelta a la manzana", le dijo al chófer.

El hombre esbozó otra sonrisa y se inclinó sobre el volante. Frelaine pensó si el conductor se mostraría tan divertido si supiese que estaba a punto de matar a una mujer.

Esta vez no había ningún mozo a la vista. La muchacha estaba encendiendo un cigarrillo, su triste rostro inclinado sobre el encendedor. Frelaine apuntó, tomó la puntería, bien entre los ojos y con tuvo el aliento.

Luego, sacudiendo la cabeza volvió a colocar el arma en su bol-

sillo. Muchacha idiota que estaba privándolo del placer total del cataris emocional.

Después de haberle pagado al chófer, comenzó a caminar. Era demasiado difícil, declase para sus adentros. Él estaba acostumbrado a una auténtica cacería. La mayoría de las seis presas anteriores habían sido bastante difíciles. Las víctimas habían tratado de eludirlo. Una de ellas había llegado a contratar hasta una docena de oteadores. Pero Frelaine había cobrado todas las piezas, haciendo alteraciones en sus tácticas de acuerdo con cada caso particular.

Una vez se había disfrazado de lechero y otra de cobrador. La sexta víctima la había tenido que perseguir a través de las Sierras Nevadas. El hombre también lo había herido, pero Frelaine lo superó.

¿Cómo podía enorgullecerse de ésta? ¿Qué dirían en el Club de los Diez?

Esto hizo reaccionar a Frelaine. Deseaba ser aceptado en ese grupo. Aunque pasase por alto a la muchacha todavía tendría que defenderse de un Cazador. Si sobrevivía, todavía le faltarían cuatro cacerías para poder ingresar al club. A ese paso tal vez no lo lograría jamás.

Volvió a pasar por el café; entonces, respondiendo a un impulso repentino, se detuvo abruptamente y dijo: "Hola".

Janet Patzig lo miró desde el fonde de sus tristes ojos azules, pero sin responder.

"Escúcheme", le dijo sentándose a su lado, "si le parece que soy un fresco, dígamelo no más y me retiraré. Soy forastero aquí. He venido para asistir a una convención... y me agradaría conversar con alguien del sexo bello. Pero, si la molesto..."

"No me importa", respondió Janet Patzig con voz opaca.

"Un brandy", le pidió Frelaine al mozo. La copa de Janet Patzig todavía estaba semillena.

Frelaine miró a la muchacha y sintió que su corazón palpitaba fuertemente. Esto era más plausible... beber en compañía de la Víctima.

"Me llamo Stanton Frelaine", dijo, sabiendo que, de todos modos, no hacía al caso.

"Janet".

"¿Janet qué?"

"Janet Patzig".

"Encantado de conocerla", dijo Frelaine con voz perfectamente natural. "¿Qué piensa hacer esta noche, Janet?"

"Probablemente me maten esta noche", dijo ella calmadamente.

Frelaine la miró zudadosamente. ¿Sabría ella quién era él? ¿Y si ella le estaba apuntando con un revólver por debajo de la mesa?

Frelaine mantuvo su mano lista sobre el botón del saco especial mientras preguntaba "¿Es usted una Víctima?"

"Lo adiviné", respondió ella con sorna. "Si yo fuese usted no me entrometería. No hay necesidad de que a uno lo maten por error".

Frelaine no podía comprender por qué la muchacha se mantenía tan tranquila. ¿Se trataría de una suicida? Quizá simplemente no le importase. Quizá tuviese deseos de morir.

"¿No tiene oteadores?", le preguntó, con la adecuada expresión de asombro.

"No". Y en eso lo miró directamente en los ojos y Frelaine notó algo que no había visto antes. Era muy hermosa.

"Soy una chica muy... muy mala", dijo como al pasar. "Sentí deseos de cometer un asesinato y, entonces, me registré en la O.C.E. Cuando llegó el momento... no pude".

Frelaine sacudió la cabeza compadeciéndola.

"Pero aún estoy metida en esto. Porque aunque no maté a nadie, ahora tengo que ser la Víctima".

"¿Pero por qué no contrató algunos oteadores?"

"No pude matar a nadie", dijo ella. "Simplemente no podía. Ni siquiera tengo un arma".

"Es muy valiente", dijo Frelaine, "para animarse a salir así sin protegerse". En el fondo de su corazón estaba sorprendido por la estupidez de la muchacha.

"¿Qué puedo hacer?", preguntó la muchacha con indiferencia.

"¿Es posible esconderse de un Cazador? Al menos de uno verdadero. Y no tengo suficiente dinero como para desaparecer sin dejar rastros".

"Pero, tratándose de su propia defensa, supongo", comenzó a de-



cir Frelaine, pero se detuvo.

"No, ya estoy decidida. Todo está mal, quiero decir que todo el sistema es equivocado. Cuando yo tenía mi Víctima a tiro... cuando vi que fácilmente podría.. podría..." Se rehizo de inmediato. "Olvidémoslo", dijo con una sonrisa.

Frelaine encontró su sonrisa en cantadora.

Después hablaron de otras cosas. Frelaine le habló de su negocio y ello le contó cosas de Nueva York. Era una actriz fracasada y tenía veintidós años.

Cenaron juntos. Cuando aceptó la invitación de Frelaine para ir al Gladiatorial (donde se realizaban las justas) él se sintió absurdamente alborozado. Llamó un taxi —parecía estar empleando su tiempo en Nueva York en taxis— y le abrió la puerta. Frelaine la vio subir y vaciló. Podría haberle metido un balazo en ese momento. Hubiese sido sumamente fácil.

Pero se contuvo. Solamente por ahora, se dijo.

Los "Gladiatorials" eran más o menos iguales a los que se realizaban en cualquier otra parte, salvo que éstos tenían un poco más de talento. Se trataba de los acostumbrados hechos históricos, de los gladiadores y los reclaros, de duelos con sable y florete. En su mayoría a muerte.

Las luchas con toros, leones y rinocerontes precedieron a las pruebas más modernas. Había batallas con arcos y flechas con los contendientes protegidos por

barricadas. Un duelo sobre la cuerda floja.

La velada transcurrió plácidamente.

Frelaine acompañó a la muchacha hasta su casa; las palmas de sus manos estaban sudorosas. Jamás había hallado una mujer que le agradase más. Y, sin embargo, era su Víctima legítima. No sabía qué hacer.

Ella lo invitó a pasar y se sentaron sobre un sofá. La muchacha encendió un cigarrillo con un gran encendedor y se arrellanó en el sofá.

"¿Se va pronto?", le preguntó.

"Creo que sí", dijo Frelaine.

"La convención termina mañana".

Ella se quedó silenciosa un instante y luego dijo: "Lamentaré que se vaya".

Por un momento todo fue silencio. Luego, Janet se incorporó para prepararle un copetín. Frelaine la miró. Había llegado el momento. Llevó la mano hacia el botón.

Pero, para él, el momento había pasado, irrevocablemente. No iba a matarla. No es posible matar a la mujer que se ama. El hecho de que se había enamorado de ella lo sorprendió enormemente. Había venido a matar, no a buscar una esposa.

Ella regresó con el copetín y se sentó frente a él, mirando sin ver.

"Janet", dijo él. "Te amo".

Ella se quedó mirándolo. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

"Es imposible", protestó. "Soy

na Víctima. No viviré la suficiente como..."

"Nadie te matará. Yo soy el azador".

Por un momento lo miró sorprendida, luego se rió inciertamente.

"¿Me vas a matar?", preguntó. "No seas ridícula", dijo él. "Me amaré contigo".

De repente ella cayó en sus brazos. "Oh, Dios mío", exclamó. "¡Espera... he tenido tanto miedo..."

"Ya pasó todo", le dijo él. "Imagínate lo que tendremos para contarles a nuestros hijos. Como fue que vine a asesinarte y terminamos casándonos".

Ella lo besó, luego volvió a arrellanarse en el sofá y encendió otro cigarrillo.

"Vamos a hacer las valijas", dijo Frelaine. "Quiero..."

"Espera", le interrumpió Janet. "¿O me has preguntado si yo te amo?"

"¿Qué?" Ella seguía sonriendo, le apuntaba con el encendedor. Tenía un agujero negro, lo bastante grande como para una bala de calibre 38.

"No hagas bromas", le dijo él incorporándose.

"No estoy bromeando, mi amor", le respondió ella.

Una fracción de segundo fue suficiente para que Frelaine pensase cómo podía haber creído que la muchacha no era mucho mayor de veinte años. Mirándola ahora, pero mirándola bien, sabía que no podía tener mucho menos de treinta. Cada minuto de su agitada y tensa existencia se le reflejaba en el rostro.

"Te amo, Stanton", le dijo muy suavemente, todavía apuntándole con el encendedor.

Frelaine sentía que le faltaba la respiración. Una parte de él le permitía darse cuenta de cuán maravillosa actriz era en realidad. Ella no ignoraba nada, desde el comienzo.

Frelaine apretó el botón, el revólver apareció en su mano listo para vomitar plomo.

El golpe que recibió en el pecho lo volteó encima de una mesita ratona. Se le cayó el arma de la mano. Semiconsciente, jadeante, vio cómo ella se preparaba para darle el golpe de gracia.

"Ahora podré pertenecer al Club de los Diez", la oyó decir con indiferencia mientras apretaba el gatillo.







PAULINO 65

Manía  
Demencia  
Muerte...

# El Estanque

Estaba profundamente excavado en un rincón del campo, aquel verde pozo de aguas estancadas con arbustos espinosos en sus orillas.

De cuando en cuando algo se deslizaba cautamente debajo de las ramas cargadas de rojas bayas silvestres. Silbaba y murmuraba, como si rogase.

—Ven, ven, ven, ven —susurraba. Un anciano, sentado en cuclillas, como una rana, en la orilla. Sus palabras no sonaban más alto que el rozar de las hojas secas sobre su cabeza.

—Ven ahora. ¡Sssst... sssst! Queridita... aquí va un poquito de comida para tí. —Arrojó un trocito de algo en el estanque. La hierba se agitó apenas.

El viejo suspiró y cambió de posición. Se acuclillaba porque la orilla estaba húmeda.

Se sintió helado.

El fango verdoso se había abierto en el lado opuesto del estanque. El perturbador del limo se dirigió hacia la otra orilla, y una gran rana se asomó a medias sobre la superficie del agua. Se mantuvo muy quieta, observando; luego, con un veloz salto salió del agua. Su garganta amarilla palpitaba.

—¡Oh, queridita! —suspiró el viejo. Pero no se movió.

Esperó, dejando que la rana se acostumbrase al aire y a la tierra resbaladiza. Cuando juzgó que había llegado el momento oportuno, emitió con su garganta un ruido bajo y rechinante.

Vio como la rana escuchaba.

El sonido, sutilmente, era como el llamado de su propia especie. El viejo hizo una pausa y luego lo repitió.

Esta vez la rana respondió. Se sumergió de un salto en el estanque, salpicando de fango las hierbas, y nadó con fuerza. Sólo sus ojos emergían del agua. Llegó a unos pocos pies de distancia del viejo y levantó la vista hacia la orilla, como si estuviese ansiosa de encontrar a la rana que había escuchado.

El viejo esperaba pacientemente. La rana dio dos saltos, hasta la orilla.

La mano del hombre se movía, tan lentamente, que no parecía moverse, hacia el mango de la liviana red que estaba a su lado. La aferró, sin dejar de mirar a la rana inmóvil.

De improvisó dio el golpe.

Un movimiento rápido de la red, y su aro de alambre resonó contra la tierra en que estaba la rana. El animal brincó frenéticamente, pero se hallaba imponente en la trama verde.

—¡Bueno! ¡Ah, bueno! —exclamó con placer el viejo.

Se puso de pie con mucha dificultad y dolor, apoyando la planta sobre la delgada varilla. Sus articulaciones se habían endurecido y pasaron algunos minutos antes que pudiese llegar hasta la red. La rana luchaba todavía desesperadamente. El viejo cerró la red en torno al cuerpo del ani-



mal y levantó a ambos al mismo tiempo.

—¡Ah, qué belleza! —dijo—. ¡Qué lindo bicho eres!

Sacó una aguja de remendar de la solapa de su chaqueta y con mucho cuidado mató al animal a través de la boca, para que la piel no se dañara, y luego se lo puso en el bolsillo.

Era la última rana del estanque.

Azó el agua con el mango de la red, y las hierbas se arremolinaron y sacudieron: ahora no había otro indicio de vida que las pequeñas moscas que revoloteaban sobre la superficie.

Se encaminó, con la red sobre el hombro, por el campo desierto, temblando un poco, sintiendo que el calor había desaparecido de su cuerpo durante la larga espera. Sorteó un mollinete, arrojando la red ante sí para tener libres las manos. En el campo vecino, junto a la ruta, estaba su cabaña.

Caminó por entre la hierba con dificultad, mientras el sol proyectaba su larga sombra; palpó el peso de la rana muerta en el bolsillo y se sintió contento.

—¡Ah, qué belleza! —murmuró nuevamente.

La cabaña era pequeña y seca, y fea y muy vieja. Las ventanas daban escasa luz y tenían paneles de color azul oscuro y verde, que daban a las habitaciones la apariencia de hallarse bajo el mar.

El viejo encendió una lámpara, porque el sol ya se había pues-

to; y la luz se tornó más viva. Puso la rana sobre una bandeja avivó el fuego y, cuando volvió a sentir calor, se quitó la chaqueta.

Se sentó cerca de la lámpara bajo su luz, y sacó un afilado cuchillo del cajón de la mesa. Con gran cuidado y paciencia comenzó a despellejar a la rana.

De cuando en cuando se quitaba los anteojos y se restregaba los ojos. La tarea era fatigosa y también el calor de la lámpara se los hacía arder. Hablaba en voz alta al animal muerto, mandándolo y rogándole cuando encontraba difícil el trabajo. Pero a su debido tiempo tuvo la piel prolijamente separada, un montoncito de película resbaladiza y desordenada. Dejó caer el cuerpo rígido y despellejado en una cacerola de agua hirviendo sobre el fuego, y volvió a sentarse, canturreando y sobrando la flexible piel.

—Lindo —dijo—. Vas a quedar tan bien.

Había un trozo de jabón negro en el cajón y lo sacó para refrescar con él la piel, con el movimiento lento y muy cuidadoso que revelaba la edad en su mano. La pequeña cosa moteada comenzó a endurecerse con la operación de cura. El viejo la dejó por fin; se preparó un poco de té; de vez en cuando levantaba la tapa de la cacerola que hervía a fuego lento, para asegurarse de que los huesos y el cráneo diminutos hervían sin dañarse.

Tomando a sorbos su té, cruzó la estrecha sala. Bastante lejos del fuego se hallaba una mesa alta, con su parte superior cubierta por un cuadrado de tela oscura sostenida por un marco. Se sentía un leve olor fétido.

—¿Cómo estáis, queriditos? —dijo el viejo.

Levantó la cubierta con tembloroso celo. Debajo del sostén de alambre se hallaban docenas de ranas embalsamadas.

Todas habían sido dispuestas en actitudes humanas; vestidas con pequeñas chaquetas y pantalones de montar, a la moda de un tiempo ya pasado. Había señoras y caballeros, y lacayos inclinados en un ademán de cortesía. Una, con encaje en su garganta amarilla y cerúlea, sostenía una copa de vino, de madera. A la seca pata delantera de su vecino se había cosido un diminuto monóculo, sin lente y puesto frente a un ojo de botón negro. Un tercero tenía una pipa de juguete entre las mandíbulas, con una mecha de lana para el humo. La misma lana rústica, limpia y trabajada, servía para las pelucas en miniatura de las damas, que llevaban largas faldas y sostenían abanicos.

El anciano contempló con orgullo las pequeñas figuras rígidas.

—Vos, milord, ¿qué estáis haciendo con la boca tan seria?

Sus dedos abrieron las mandíbulas de una rana de vientre abultado, vestida de raso. Al

encogerse, la piel las había cerrado.

—¡Ahora podéis cantar nuevamente y empinar vuestra copa!

Sus ojos recorrieron la fiesta inmóvil.

—¿Y ahora dónde...? ¡Ah!

En el centro de la mesa, tres de las criaturas estaban fijas en la actitud de la danza.

El viejo les habló:

—Pronto tendremos un compañero para esa señora. Será el más guapo de todo el grupo, querida. ¡Así que no te olvides de sonreírle y mostrarte todo lo linda que puedas!

Se apresuró en volver junto al fuego y levantó la cacerola. Volcó el agua hirviendo en un balde.

—Tienes un lindo cráneo, bien formadito —trabajó con el cuchillo—. Despacito, despacito.

Lo colocó con admiración sobre la mesa: era como una transparente laminilla de marfil. Por uno, encontró los delicados huesecillos en la cacerola, sabiendo cuál era cuál.

—Ahora, duquesito, tenemos todos los que necesitamos —dijo por fin—. Podemos convertirte en un cuadro, por cierto. El galá del baile. ¡Y un lindo objeto de celos para las encantadoras señoras!

Con hilo y alambre confeccionó un rígido y pequeño esqueleto, atándole los huesos para conservar las proporciones. El cráneo fue a la parte superior.

La piel de la rana había perdido su anterior flaccidez. El vie-



jo enhebró una aguja, acercándola a la lámpara. Del cajón de la mesa sacó entonces una embrollada pelota de lana. Como un doctor que diese confianza a su paciente describiéndole su método, comenzó a hablar:

—Esta lana es tosca, lo sé, amigo. Un pobre sustituto para rellenar esta piel tuya, podrías decir: lana de los setos, arrancada por las espinas del lomo de las ovejas —arrancó de la lana mechones de la medida que necesitaba—. Pero encontrarás que te da una elasticidad tal que me quedarás agradecido por ello. Ahora, con mucho cuidado...

Con perfecta concentración trabajó con la aguja en la piel, uniéndola en torno de la lana con puntadas casi imperceptibles.

—¿Un trozo de encaje en tu mano izquierda, o mejor será un impertinente? —con unas tijeritas recortó un fragmento de piel—. Pero, espera. Esto es un balle y será tu mano derecha la que guíe a la dama.

Acomodó exactamente la piel en su sitio en torno del cráneo. Se ocuparía más tarde de los huecos vacíos de los ojos.

De pronto bajó su aguja. Escuchó.

Confuso, dejó la piel rellena a medias, se dirigió hacia la puerta y la abrió.

Ya estaba oscuro. Oyó el sonido más claramente. Sabía que provenía del estanque. Un croar distante y áspero, como de una gran cantidad de ranas.

Frunció el ceño.

En el armario encontró un farol ya preparado y lo encendió con una chispeante astilla. Se colocó un abrigo y el sombrero. La noche era helada. Por último, tomó su red.

Caminó con mucho cuidado. En un principio, sus ojos no vieron nada, después de haber trabajado tan cerca de la lámpara. Luego, a medida que el croar le llegaba con mayor nitidez y se acostumbraba él a la oscuridad, apresuró el paso.

Sorteó el molinete como antes, arrojando primero la red del otro lado. Esta vez, sin embargo, tuvo que buscarlo en la oscuridad, atormentado por los ruidos que venían del estanque. Cuando lo tuvo de nuevo en las manos, comenzó a avanzar cautelosamente.

A casi veinte metros del estanque se detuvo y escuchó.

No había viento y el ruido lo sorprendió. Cientos de ranas debían de haber atravesado los campos hasta llegar a ese sitio; tal vez, desde otras aguas donde había surgido algún peligro, quizá, o sequía. Había oído hablar de esos casos.

Casi en puntas de pie se acercó al estanque. No podía ver nada todavía. No había luna, y las matas espinosas escondían la superficie del agua.

Estaba a unos pasos del estanque que cuando, sin previa advertencia, los sonidos cesaron.

Volvió a sentirse helado. El silencio era absoluto. Ni siquiera un chasquido o algún ruido apagado en el agua que le sugiriera

que una de esos cientos de ranas se había zambullido para buscar refugio entre las hierbas. Era extraño.

Se adelantó y oyó el restregar de sus botas contra el césped.

Levantó la red contra el pecho, dispuesto a dar el golpe si veía moverse algo. Llegó hasta los arbustos espinosos y tampoco oyó ningún sonido. Sin embargo, a juzgar por el barullo que habían hecho, deberían de estar saltando a docenas bajo sus pies.

Aguzó la vista y repitió el ruido gutural que había llamado a la rana aquella tarde. El silencio persistió.

Miró hacia abajo, hacia donde debía de estar el agua. La superficie del estanque, sombreada por los arbustos, era demasiado oscura para distinguirla. Tiritaba, pero esperó.

Poco a poco se dio cuenta de la presencia de un olor.

Era completamente desagradable. Aparentemente provenía de las hierbas, pero, mezclado con el olor vegetal se hallaba otro, de otra especie de putrefacción. Un leve y cenagoso burbujeo lo acompañaba. Debían de ser gases que surgían del limo del fondo. No serviría de nada quedarse en ese lugar y arriesgar la salud.

Se inclinó, estupefacto todavía por la desaparición de las ranas, y miró intensamente, una vez más, la oscura superficie. Dispuso la red para el golpe y ensayó el llamado gutural por última vez.

Inmediatamente retrocedió, bruscamente, con un alarido.

Una burbuja enorme, como un vómito de aire nauseabundo, partió del estanque. Otra pasó a borbotones junto a su cabeza. Después otra. Grandes trozos de hierbas fangosas fueron arrojadas por encima de las espinosas ramas.

El estanque todo pareció hervir.

Ciegamente, se volvió para escapar y se enredó entre los espinos. Se sintió agonizar. Un baboseo horrible ensordecía sus oídos. El hedor superaba a sus sentidos. Sintió que algo le arrancaba la red de la mano. Las hierbas heladas le mojaron el rostro. Los juncos lo azotaron.

Después se halló en medio de una blandura inmensa, latiente, que se abría para recibirlo y retenerlo. Supo que estaba gritando. Sabía que nadie podía oírlo.

Una hora después había salido el sol, y la lluvia se había convertido en una leve garúa.

Un policía en bicicleta pasó lentamente por el camino que corría junto a la cabaña, sacudiendo su capa con una mano, esperando casi que el anciano apareciera, para hacer algún comentario sobre el tiempo. Entonces apareció la lámpara, brillando todavía débilmente en la cocina, y bajó de la bicicleta. Encontró la puerta abierta, y se preguntó si no habría ocurrido algo malo.

Llamó al viejo. Vio el extraño trabajo, que yacía sobre la mesa, como si lo hubiesen abandonado



repentinamente, y la cama sin deshacer.

Durante media hora el policía buscó en las cercanías de la cabaña, repitiendo a gritos y a intervalos el nombre del viejo, antes de acordarse del estanque. Se dirigió hacia el molinete.

Al pasarlo, frunció el ceño y comenzó a apurarse. Lo que vio lo dejó confuso.

Sobre la orilla del estanque se hallaba en cuclillas una figura desnuda.

El policía se aproximó más. Vio que era el viejo; los brazos estaban rectos, las manos descansaban entre los pies. No se movió cuando el policía se acercó.

—¡Eh, usted! —dijo el policía. Se inclinó para evitar que las

ramas espinosas le quitaran el casco—. Esto no está bien, sabe. Puede meterse en dificultades...

Vio el fango verdoso en la barba del viejo, y los ojos abiertos de par en par. Un escalofrío le recorrió la espalda. Con un desagrado poco profesional, estiró una mano y tomó al anciano por la parte superior del brazo. Estaba helado. El policía tembló y lo movió suavemente.

Entonces lanzó un gemido y se apartó corriendo del estanque.

Porque el brazo se había separado en el hombro: juncos, plantas acuáticas y fango salieron de la articulación rota.

Cuando el viejo cayó hacia atrás, diminutas puntadas verdes brillaban a través de su vientre.



### BISTURI DE AIRE

Un finísimo chorro de aire, lanzado a velocidad fantástica, es la base del "aerótomo", un nuevo instrumento de cirugía creado por el doctor Robert Hall, de Pittsburg. El chorro de aire permite cortar huesos y cartilagos con la misma facilidad con que un cuchillo común corta la manteca; cirujanos que lo han usado declaran que el "aerótomo" reduce en un 80% el tiempo necesario para una amputación. Tan neto y preciso es el corte del aerótomo que el doctor Hall puede CORTAR su nombre en la cáscara de un huevo sin dañar en lo más mínimo la membrana pegada a ella.

# Secreto Absoluto

DAVID GRINNELL

No puedo decir si soy la víctima de un truco muy ingenioso de parte de algunos de mi amigos más locos, o si sólo soy alguien que se halla accidentalmente metido en ciertos asuntos de secreto absoluto. Pero sucedió, y me sucedió personalmente a mí, mientras visitaba recientemente a Washington, sólo para ver algo, saben, mirar el Capitolio y los otros enormes edificios blancos.

Era verano, bastante caluroso, el Congreso no sesionaba, y no se hacía mucho en otros terrenos, porque la mayor parte de la gente estaba de vacaciones. Ese día me proponía hacer una visita al Departamento de Estado, sin saber que no podía, porque no había nada público para ver, a menos que fuese el imponente y más bien marcial vestíbulo (me dicen que antes fue el edificio del Departamento de Guerra). Esto no lo descubrí, hasta que hube subido, muy alegre, los escalones de mármol hasta la entrada, pasado las grandes puertas de bronce y

deambulado por el alto vestíbulo, donde un pequeño número de personas, sin duda encargados de importantes asuntos, iban y venían.

Un guardia, sentado cerca de los ascensores, hizo como si fuese a dirigirse hacia mí para saber quién era yo y qué diablos quería, cuando uno de los ascensores bajó y un grupo de hombres salió apresuradamente de él. Eran dos hombres, evidentemente escoltas del Departamento de Estado, elegantemente vestidos con trajes cruzados grises, con otros tres que marchaban con ellos. Estos tres me llamaron la atención porque me parecieron algo raros; vestían largas capas negras, grandes sombreros gachos de anchas alas, echados sobre los rostros, y llevaban portafolios. Para cualquiera, tenían la apariencia de los espías de capa y espada que se representan en las historietas. Supuse que serían algo así como diplomáticos extranjeros y, al dirigirse directamente hacia donde yo estaba, me mantuve en el lu-



gar, decidido a ver quiénes eran.

El piso era de mármol. Regiamente pulido. Uno de los hombres que se aproximaban a mí pareció de repente perder el equilibrio. Resbaló, su pie salló bruscamente de debajo de él y el hombre cayó. Su portafolio se deslizó en línea recta hasta mis pies.

Como yo era quien estaba más cerca, levanté el portafolio y fui el primero en ayudarlo a incorporarse. Tomándolo del brazo, lo levanté del piso —parecía ser extraordinariamente débil en las piernas. Sentí casi que se iba a desplomar de nuevo. Sus compañeros permanecieron más bien aturdidos como indios, con sus rostros curiosamente impávidos. Y aunque el hombre al que ayudé, debía de haber recibido un buen porrazo, su cara no alteró su expresión.

Justo entonces los dos hombres del Departamento de Estado recobraron su propia serenidad, se apresuraron e interponiéndose entre mí y el hombre al que había auxiliado, me apartaron bruscamente y condujeron rápidamente al grupo hacia la puerta.

Ahora bien, lo que me preocupa no es la impresión que recibí de que el brazo de aquel hombre fuese curiosamente esponjoso, como si llevase un abrigo de piel debajo de la capa (¡y eso en el verano de Washington!), ni tampoco la certeza de que llevaba una máscara (recuerdo perfectamente haber visto el elástico entre el ca-

bello rojizo, cortado muy corto y muy crespo. No, no es eso, en absoluto, todo podría haber sido una mala percepción momentánea de mi parte. Es la moneda que recogí del piso, donde había caído su portafolios.

He buscado en todo catálogo de estampillas y monedas que pude encontrar o pedir prestado, y he preguntado a una docena de profesores de idiomas y nadie puede identificar esa moneda o las letras que acompañan su circunferencia.

Es más o menos del tamaño de una moneda de veinticinco céntimos, plateada, muy liviana pero también muy dura. Además de las letras, que ni siquiera el Instituto de Lingüística, que conoce mil lenguas y dialectos, puede descifrar, hay un dibujo de un lado y un símbolo en el otro.

El dibujo es el rostro de un hombre, pero de un hombre con rasgos curiosamente lobunos: agudos caninos separados en lo que podría ser una sonrisa; una nariz aplastada, ancha y algo prominente, más parecida al hocico de un perro; ojos penetrantes, muy separados, de zorro; y, sin duda alguna, orejas peludas y puntiagudas.

El símbolo de la otra cara es un círculo, con líneas de latitud y longitud. Flanqueándolo, uno de cada lado, hay dos lunas en cuarto creciente.

Me gustaría saber hasta dónde han llegado esos experimentos con cohetes que hacen en Cabo Kennedy.



## ¿QUIEN PUEDE SER ASTRONAUTA?

Las condiciones "promedio" para sentarse en una cápsula espacial parecen ser: 35 años, 80 kilos, no más de 1,80 metro, ojos claros, cabello castaño, y cortado casi al rape.



Así es el promedio de los 28 astronautas que actualmente adiestra la NASA.

Cualquiera, al ver estos datos, pensará que también él puede emular a los Glenn y los Divitt.

Pero cuando se siguen leyendo las demás condiciones "promedio" que reúnen los astronautas, ya la cosa no resulta tan fácil. Veamos:

Un astronauta *tipo* tiene unas 3.000 horas de vuelo, de las cuales 2.500 en jets; ha volado unas 20 misiones en Corea o en la segunda guerra mundial; se ha graduado en alguna universidad científica, con clasificaciones sobresalientes; ha pasado por la escuela militar de pilotos de prueba, y todavía es un miembro del ejército.

Esto, como dijimos, es el *promedio*. Yendo al detalle, 5 de los 28 astronautas son civiles, aunque todos hicieron como pilotos el servicio militar. Más de un cuarto de los astronautas voló en misiones de combate, y algunos abatieron aviones enemigos. Pero ninguno llegó a la categoría de "as".

En total, los astronautas tienen 39 títulos universitarios y han volado 83.000 horas.

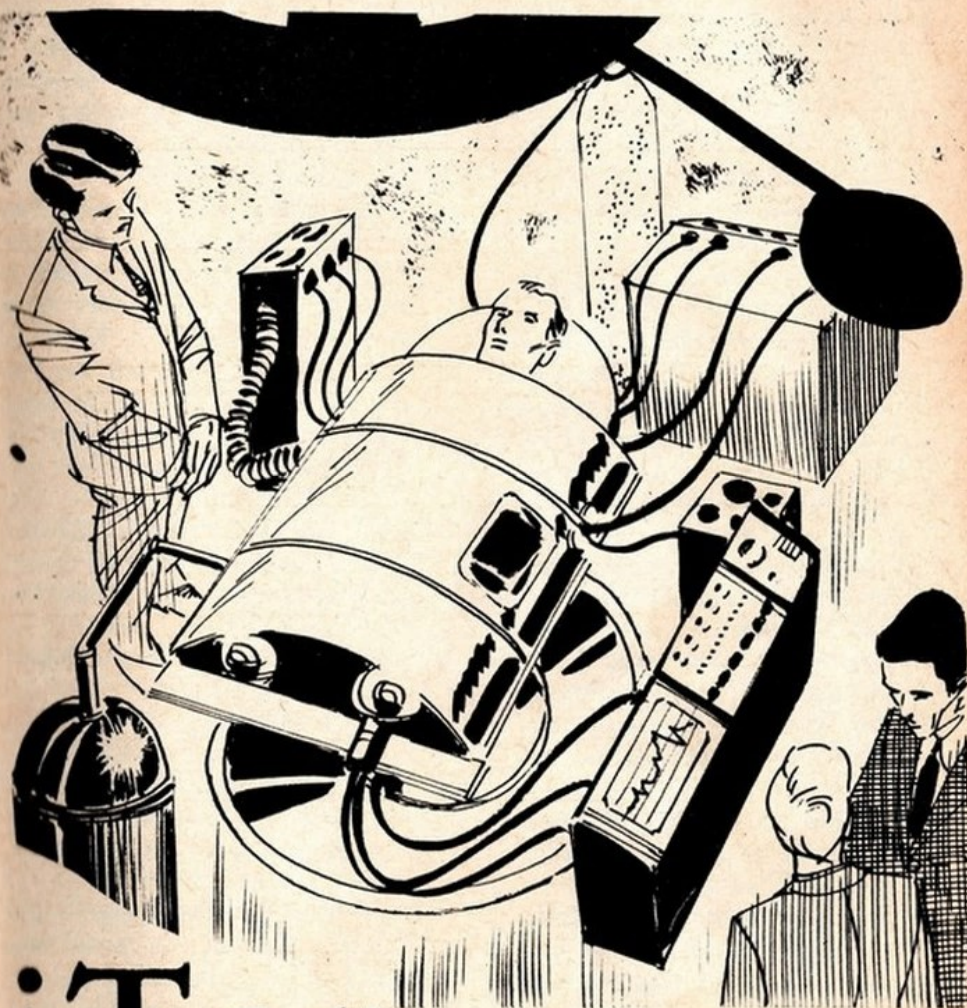
El más joven tiene 29; el mayor, 41. El más alto mide 1,80 metro; el más petizo, 1,66. Doce son oficiales de la aviación, diez son oficiales navales, uno es oficial de los "marines", cinco son civiles. Todos están casados, y se han portado bastante bien: 74 chicos en total; 41 varones, 33 nenas.

### "PEGASO"

El más grande de los satélites artificiales que actualmente giran en torno a la Tierra es el Pegaso: sus alas de aluminio miden 32 metros. Su misión es registrar los impactos de los meteoritos que encuentra en su camino; los datos que recoge y trasmite a la Tierra servirán para calcular no sólo las cápsulas y cosmonaves, sino también los trajes espaciales del futuro.

THEODORE STURGEON

Ilustró ANGEL A. FERNANDEZ



# ¡Tan Bajo!

El más increíble de los "happy ends"

En la calle Vince trabajaba una "psíquica". Fowler decidió ir a verla. No era que tuviese fe en las charlatanas; lejos de ello. Pero le habían dicho que esta seño



ra Hallowell trabajaba sobre una base estrictamente lógica. Por eso iba. Siendo lo que era le gustaba el sonido de la palabra. Fue a verla y le dijo que pensaba suicidarse. Pero ella dijo que no podría hacerlo. No dijo: "No lo hará". Dijo: "No puede".

Este Fowler era un especialista del fracaso, del mismo modo que hay hombres que se especializan en carburadores, o en desagües, o en el sistema nervioso. Y no se adquiere la categoría de especialista si no se consagra mucho tiempo a los carburadores, a los desagües o a los nervios. Tampoco es posible adoptar frente al tema de especialización una actitud equilibrada y objetiva. Uno se mete hasta el cuello, hasta la raíz de los cabellos. Fowler era un hombre que sabía todo cuanto hay que saber con respecto al fracaso. Conocía todas las técnicas, desde el pequeño fracaso social representado por la incapacidad para utilizar el lenguaje apropiado en el lugar apropiado, pasando por su declaración de guerra al reloj y al calendario (en todo, salvo en el estilo, él era lo último de lo último), hasta la suprema estupidez consistente en considerar sus propias opiniones como acertadas por el mero hecho de que eran suyas. De modo que había caído, y había caído a través de la vida, incapaz de una actitud consecuente, dispuesto a saltar cuando era necesario agacharse y acurrucándose cuando era el momento de correr. Po-

dría haber escrito un libro sobre el problema del fracaso, salvo que, si lo hubiera hecho, habría sido un éxito... y él odiaba el fracaso. Bien, no es necesario amar la propia especialidad para ser especialista. Es suficiente vivir con ella.

Por consiguiente, era comprensible que le impresionara la reputación de claridad y de lógica de la señora Hallowell, pues creía realmente que en ella había un espíritu hermano. Llevó sus rasgos alargados y su flácido apretón de manos al consultorio de la mujer; y allí comprobó que tanto el despacho como su ocupante rezumaban frialdad. El consultorio tenía un decorado sueco, moderno y rubio. La señora Hallowell era morena, y dijo:

—Tome asiento. ¿Su nombre?

—Maxwell Fowler.

—¿Ocupación?

—Ingeniero.

La mujer levantó los ojos. Los tenía como de aluminio.

—No se diplomó de ingeniero.

Y no era una pregunta.

—Podría haberlo hecho —dijo Fowler—, salvo que hubo una mezquina situación política en la escuela. Había un tipo que...

—Sí —dijo ella—. ¿Casado?

—Lo estuve. Usted sabe, ese tipo de mujer que golpea al hombre cuando él está caído. Era una...

—Ahora, señor Fowler. ¿Por qué vino aquí?

—Oí decir que usted predice el futuro.

—No me interesan las mermaciones —dijo ella, y fue la única frase de advertencia pronunciada en el curso de toda la entrevista—. Conozco a la gente, y eso es todo.

—Desde que pude caminar o hablar, la gente se ha vuelto contra mí —dijo él—. Puedo derrotar a uno o dos, a veces a media docena. Pero, en general, me abruma con el número. Estoy cansado. A veces, siento deseos de retirarme del juego.

—¿Piensa preguntarme si debe hacerlo?

—No. Le preguntaré si lo haré. Vea, pienso en ello constantemente. Y a veces yo...

—Muy bien —cortó ella—. Pero debe recordar que yo no doy consejos. Me limito a decir lo que ocurrirá.

—¿Qué ocurrirá?

—Deme un cheque.

—¿Qué?

—Deme un cheque. No... no lo escriba. Sólo quiero que me lo dé.

—Pero...

—Después usted no querrá pagarme.

—Vea, mi palabra es tan buena como...

Pero entonces la miró en los ojos. Extrajo su libreta de cheques. Ella tomó una lapicera y escribió el cheque.

Se lo devolvió, él lo miró y comentó:

—Eso es absurdo.

—Pues ahí lo tiene.

—Sí, lo tengo, pero...

—Firmelo —dijo ella con voz indiferente— o váyase.

Fowler lo firmó.

—¿Bien? —preguntó.

Ella vaciló. Había algo...

—¿Bien? —insistió él—. ¿Qué haré? Estoy cansado de toda esta persecución.

—Entiendo que usted pregunta qué hará... no qué debe o quiere hacer.

—Mañanas de abogado, ¿eh?

—La ley —murmuró ella—.

—Sí. —Se humedeció los labios—. Viviré mucho y será desgraciado —Luego, apartó el cheque.

Maxwell lo miró con añoranza.

—No puedo ser más desgraciado que ahora.

—Puede muy bien ocurrir.

—Entonces no quiero vivir mucho.

—Pero vivirá.

—No ocurrirá tal cosa si yo no quiero —observó él con aire sombrío—. Le digo que estoy harto.

Ella meneó la cabeza.

—La cosa ha ido demasiado lejos —dijo, no sin cierta bondad—. Usted no puede modificar la situación.

Maxwell se puso de pie.

—Puedo. Cuando quiera, podré. Entonces, usted se habrá equivocado, ¿verdad?

—No me equivoco —dijo la señora Hallowell.

—Me suicidaré —dijo Maxwell, y entonces ella le dijo que no podía. El hombre se encolerizó, pero ella no le devolvió el cheque.

Cuando se le ocurrió dar orden de que no lo pagaran, ya el che-



que había sido acreditado. Y él siguió viviendo su vida.

La suma pagada a la señora Hallowell desequilibró bastante sus finanzas, pero durante un período sorprendentemente prolongado pudo sobrellevar la situación. De todos modos, nada hizo para restablecer la solvencia de su cuenta, e inevitablemente llegó el momento en que tuvo que afrontar a sus acreedores o decirse por el suicidio. De modo que consiguió una cuerda, le hizo un nudo y se lo puso al cuello. Ató el otro extremo al barrote del radiador y se arrojó por la ventana. Era un hombre corpulento, pero la sogá resistió perfectamente. Sin embargo, se rompió el barrote del radiador y Maxwell cayó desde una altura de seis pisos. Dio contra el toldo de una tienda, lo atravesó y cayó pesadamente a la vereda. A los pocos instantes se había reunido una considerable multitud para escuchar los ruidos que hacía a causa de todo lo que se había roto.

Fowler consagró cierto tiempo a la reparación de su cuerpo, y al mismo tiempo aprovechó la oportunidad para reflexionar cuidadosamente. Sus pensamientos no resultaron reconfortantes, pues eran honestos, y no le importaba cuáles serían las posibles conclusiones, de modo que en definitiva trazó un retrato de sí mismo que nadie hubiera podido admirar y tuvo una visión de su propio yo que nadie habría deseado como compañera de lecho. De todos modos, superó el trance, y en un

papel escribió la lista de sus obligaciones e ideó un plan con el fin de resolver los problemas. Era un plan que estaba dentro de sus posibilidades y que implicaba el incumplimiento de sus obligaciones durante mucho, mucho tiempo, hasta que nuevamente pudiera considerarse pura y simplemente arruinado. La primera persona en quien ensayó el plan fue el administrador del hospital, y con inmensa sorpresa de parte de Fowler, la cosa dio resultado; en resumen, nadie pensaba en hacerle juicio para que pagara la cuenta, y el hospital estaba dispuesto a esperar hasta que todo se arreglara. Hasta ese momento nadie le había dado siquiera una oportunidad parecida; pero por otra parte, nunca había encarado así ningún problema.

Salió del hospital y comenzó su nueva vida.

La señora Hallowell pasó un mal momento respecto de Fowler. Cierta noche despertó, y estaba pensando en él.

—Oh, es terrible —dijo—. Cometí un error.

A la mañana siguiente telefonó, pero Fowler no estaba. La señora Hallowell telefonó una y otra vez, hasta que al fin encontró alguien que le pudo informar. El inquilino del departamento vecino al de Fowler había cometido un error con el calefactor de gas; y como tenía un fuerte resfrío, encendió un fósforo y voló una sección entera del edificio. Fowler había sido recogido de entre

la masa de escombros, sangrando profusamente. El informante dijo:

—¿Puedo transmitirle algún mensaje?

—No —replicó la señora Hallowell—. No, ahora no.

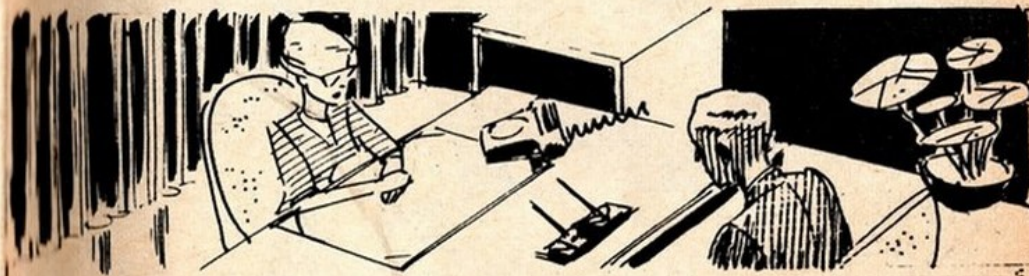
También esta vez salvaron a Fowler. Les costó mucho. Tu vieron que sacar esto y aquello, y lo de más allá. Finalmente, lo depositaron en una cama muy corta, con una masa de equipos al lado, con aparatos que zumbaban y cliqueteaban. Había un dispositivo que promovía la circulación de fluidos, y otro que tenía un extremo sumergido en un tubo, y cierto frasco que se vaciaba dos veces diarias sin que Fowler necesitara preocuparse.

Ese era el inconveniente del talento de la señora Hallowell. Se

ejercía sobre líneas muy generales. De modo que un error podía cubrir mucho terreno. Gradualmente, Fowler cobró conciencia del error. Pero le llevó aproximadamente dos meses.

La gente venía y al verlo chasqueaban la lengua. Había una anciana de rostro seco y ojos brillantes que le traía flores una vez por semana, poco más o menos. Tampoco necesitó volver a pensar en su plan de pagos. Todos lo sentían, y todos lo compadecerían siempre, mientras viviera, lo que sería mientras el equipo funcionara. Mucho tiempo. Una vida prolongada. La señora Hallowell había tenido razón, muchísima razón, cuando predijo que él viviría mucho.

Donde se había equivocado fue en la predicción de que sería desgraciado.



### APAGANDO EL ¡BUM!

La violenta detonación que se oye al nivel del suelo cuando un avión rompe la barrera del sonido es uno de los peores inconvenientes con que tropieza la difusión del vuelo supersónico. Pero hay buenas noticias: parece que alterando el diseño de los aviones se puede reducir la detonación a niveles tolerables.



# PASTORAL

CHARLES A. STEARNS

Ilustró FERVIE



Desde el cielo, el hidroavión dibujó su silueta sobre el azul mar de Arabia, dejó su estela blanca entre las olas, se desplazó a lo largo del antiguo muelle de piedra y clavó sus pequeñas anclas —la de popa y la de proa— en el fondo arenoso.

El coronel Glinka avanzó por el ala, midió cuidadosamente la distancia que lo separaba del muelle y pegó un salto, mojándose



hasta los fondillos de sus voluminosos "shorts" color caqui.

Mientras ponía el pie en la costa se le ocurrió que aquel solitario paisaje arenoso, las áridas ondulaciones y los sombríos riscos color ocre, el silencio del océano alrededor, interrumpido por los gritos quejosos de las golondrinas que estaban muy necesitadas de un buen lavado, no eran exactamente la imagen de un paraíso tropical.

Y no contribuía a aliviar su estado de ánimo el hecho de que sobre los mismos riscos áridos varios grupos de figuras silenciosas, tocadas con albornoces, lo contemplaran mientras él estaba allí. El agua brotaba de sus zapatos blancos perforados, y su enorme casco, su bastón de malaca extrañamente pesado y las nalgas formidables proyectaban la sombra de un centauro sobre las rocas en el sol del atardecer.

El coronel Glinka extrajo del bolsillo un par de gafas negras y se las puso, se ajustó resueltamente los "shorts", asumió el aire severo pero conciliador de un erizo en la época del celo, y comenzó a subir por el sendero rocoso.

Al frente, las figuras cubiertas por albornoces treparon ágilmente la loma, mirando por encima del hombro, atentas a no perder ningún detalle, pero procurando al mismo tiempo mantener la distancia. Pero había dos figuras que no lo habían visto llegar, o a las que poco les importaba de él, pues aparecieron súbitamente sobre la

elevación que se alzaba frente a él, corriendo en dirección al mar con muy escasa consideración por la integridad física.

• • •

A la cabeza, un joven moreno de suelto turbante verde y pantalones blancos de brin parecía perder terreno ante la figura que lo perseguía, y que, a pesar de que estaba cubierta de la cabeza a los pies en ese informe atuendo nativo del resto, por algunas sutiles conformaciones podía ser identificada como una hembra.

Ambos se detuvieron bruscamente al avistar al coronel Glinka en el camino; la hembra se retiró apresuradamente hasta lo que podía considerarse una distancia más segura, y el joven se mantuvo inmóvil, como petrificado, un pie en alto y una mancha de sol sobre su rostro hinchado y estremeado.

—Oh, effendi —dijo al fin—, si busca Aden, está perdido, porque Aden se encuentra a quinientas millas en esa dirección. Y si busca El Cairo...

—Casi nunca me pierdo —dijo el coronel Glinka, y contemplando a la joven mujer, agregó—: Dígame, ¿cómo se llama ese juego un poco tonto que están jugando?

—No es un juego, effendi —afirmó el moreno joven—. Cada vez que salgo, ésa me persigue. Esta gente es peor que los tuaregs.

—Entonces, ¿no eres uno de los nativos?

—¿Yo? —En un gesto desdeñoso, el joven apoyó una mano sobre

el pecho—. ¿Hadji Abdul Hakkim ben Zalazar? Soy baudista, y además un hadji. Oiga, Joe, ¿tiene un cigarrillo norteamericano?

—Algo mucho mejor que eso —declaró el coronel Glinka, al mismo tiempo que extraía una cigarrera de oro muy trabajada—. Muchacho, prueba uno de éstos.

Abdul Hakkim ben Salazar tomó dos, y los olfateó suspicazmente.

—Son muy oscuros —dijo.

Con actitud menos crítica el coronel Glinka encendió uno para él.

—¿Sabes? —dijo—, tenía la esperanza de que pudieras llevarme a la casa de un viejo amigo mío.

—¿Cómo se llama?

—Ignoro bajo qué nombre vive aquí, pero es un tipo pequeño y encorvado, de espesa barba negra... o por lo menos antes la tenía. Sé que está en algún lugar de la isla, de modo que es inútil que pretendas mentirme.

—Ah, debe ser sídī doctor Stephens —afirmó Abdul, al mismo tiempo que fumaba con no mucho agrado el cigarrillo—. Vive en la única casa de la isla; soy su criado, de modo que tengo que saberlo.

—¿Stephens?... magnífico —dijo el coronel Glinka, dándole unos diestros golpecitos con el bastón de malaca—. Gulame. Y puedes prescindir de ese dialecto norteamericano del arroyo. No soy norteamericano, y además hablo corrientemente el árabe.

—Pero yo no —dijo Abdul—,

pues me crié en los yacimientos petrolíferos.

—¿Y quién te educó? ¿Un criador de camellos?

—La Socony Vacuum —afirmó Abdul.

Subieron por la ladera de la colina. Simultáneamente media docena de miembros del grupo de encapuchados comenzó a seguirlos. Cuando el coronel Glinka se detuvo y miró hacia atrás, también ellos se detuvieron. Y cuando continuó su camino, ellos hicieron lo propio.

—¿No tienen adónde ir? —se quejó Glinka—. ¿No tienen nada que hacer?

—Son un pueblo muy atrasado que vive al aire libre —explicó Abdul—. No trabajan.

—¿Y cómo viven estos infelices? Supongo que de la caridad de Wall Street.

—Oh, no, cuando no tienen que comer, el sídī doctor Stephens los alimenta.

—¡Viejo estúpido y reaccionario! Sin embargo, puedes estar seguro de que en los viejos tiempos, antes de que él llegara, sabían trabajar.

—No lo creo.

—¿Y por qué, en tu Inmemoria! sabiduría, no lo crees?

—Porque el sídī doctor los hizo —replicó Abdul Hakkim ben Salazar.

• • •

El coronel Glinka no replicó porque habían llegado ya al punto más elevado del sendero, y estaban contemplando una pequeña villa blanca depositada en el cen-



tro de un microcosmos verde, entre las cumbres desnudas de las oscuras colinas interiores. Ciertamente, un paraíso en miniatura, pensó el coronel Glinka; un paraíso de higueras y canelos, de dátileros y pachulés, todo cerrado por un elevado alambrado de púa.

Descendieron y Abdul Hakkim ben Salazar, con una gran llave de bronce abrió el portón de hierro.

—El síd doctor —dijo— estará seguramente en el invernadero, fabricando flores.

—Un pasatiempo digno de los dioses —comentó con gruesa ironía el coronel Glinka— ¿Y dónde se encuentra ese fermentario de nueva vida?

—Allí —replicó Abdul, señalando hacia un anexo cubierto, con el techo sostenido por arcadas, que emergía del fondo de la villa—. Venga conmigo y le mostraré.

—Nada de eso —dijo el coronel Glinka, descargando nuevamente el pesado bastón sobre el muslo del otro—. Quédese aquí y guarde silencio.

—¡Condenado sea! —exclamó Abdul—. Tenga cuidado con eso, Joe, ¿quiere?

—Quien debe tener cuidado eres tú, muchacho —dijo el coronel Glinka, y marchó rápidamente alrededor de la casa, abrió la puerta del invernadero y entró.

Allí, entre largas y elevadas filas de plantas tropicales, un enano barbudo de chaqueta verde estaba arrodillado frente a una maceta de lilas del valle, fumando

tranquilamente una sólida pipa de espuma de mar, manchada de tabaco. Al ruido de los pasos del intruso no levantó la vista, pues estaba muy atareado en una delicada tarea, la transferencia de polen de una corola a otra, con la ayuda de un escarbadiente.

—De modo que, en definitiva, usted es sólo un dios menor —observó el coronel Glinka.

—Oí el ruido de los motores del avión y lo vi subir por el camino —dijo el hombrecito de la barba negra—. Glinka, ¿verdad?

—De modo que me recuerda —exclamó con cierta afectación el coronel, mientras se quitaba los lentes y se frotaba un ojo con el pañuelo perfumado—. Un humilde policía, un ser anónimo, recordado por el gran doctor Stefanik, otrora nuestro más grande hombre de ciencia —sí, nuestro genetista más brillante—, aunque usted menece la cabeza. Veamos, ¿fue en Angora donde nos vimos por última vez? Sí, hace ocho años, en Angora. Usted se nos escapó en Angora. Me sentí tan avergonzado, camarada, que me eché a llorar.

—Nueve años —corrigió su interlocutor—. Es que siempre se recuerda a un perro rabioso. Y no me llame "camarada". Camarada. Usted sabe que nunca fui más que un simple cosaco.

—Y como tal, siempre nos trajo dificultades —dijo el coronel Glinka—. Y, sin embargo, camarada Stefanik, usted era nuestra principal esperanza. Según me explicaron, habríamos podido poner-

nos a la cabeza del mundo en genética, así como ahora somos los primeros en física. He leído todos sus libros sobre el fascinante tema de las transformaciones de los cromosomas y sobre la morfología de las ratas. Tuvimos que leerlo todo lo que fuimos asignados a la tarea de buscarlo. Muy interesante, aunque confieso que no entendí todo lo que leí.

\* \* \*

El doctor Stefanik se puso lentamente de pie. Su espalda estaba tan cruelmente deformada que la barba negra se le plegaba sobre la bata, y caminaba con movimientos arrastrados, como de cangrejo, mientras renqueaba para recoger un pequeño tubo de goma para irrigación.

—¿Por qué nos abandonó, camarada Stefanik? —preguntó el coronel Glinka—. ¿Por qué nos avergonzó y desacreditó al gobierno huyendo?

—No me gustaba estar allí —replicó el doctor Stefanik.

—Por supuesto, sabíamos que le faltaba poco para realizar un gran descubrimiento, quizá un nuevo proceso de control del desarrollo humano. Según me dijeron nuestros biólogos, un método que nos transformaría a todos en superhombres, altos y brillantes, inmunes a las enfermedades. Una raza de Pavlovs y Stajanovs. ¿Acaso se atreve a negarlo?

El doctor Stefanik se limitó a chupar calmosamente su pipa, y movió la válvula medio oculta entre el follaje. Un chorro de líquido verde brillante brotó del ca-

ño de goma, y bañó las plantas con una suave lluvia esmeralda.

—Es verdad —dijo finalmente— que entonces realicé experimentos con un nuevo proceso de aloplodidia.

—¿Y qué es eso?

—La aloplodidia es la manipulación de las estructuras de los cromosomas que nos permite superponer el carácter de nuestros especímenes más perfectos a los rasgos hereditarios menos afortunados de la especie.

—Comprendo —replicó el coronel Glinka, que en realidad no había comprendido del todo—. Exactamente. Una super-raza, destinada a gobernar el mundo. ¡Imagínese eso, camarada!

—Solamente super ratas y cosas por el estilo —aseguró calmosamente el doctor Stefanik—. Puede volver a su patria y decirles que nunca me pareció bien experimentar con seres humanos, y que nunca lo haré.

—¿Que les diga eso? —exclamó el coronel Glinka—. ¿Cómo me atrevería? Oh, no, vaya y dígalo personalmente. Precisamente por eso tendrá que volver conmigo.

—¡Nunca!

El coronel Glinka emitió un hondo suspiro.

—Me temo que en este asunto nuestro país tendrá que hacer el papel del perro del hortelano —dijo—. Como usted sabe, somos por naturaleza un pueblo celoso, y si nosotros no podemos tenerlo a usted, nadie lo tendrá.

Y con un movimiento lento empujó el bastón de malaca sobre el



brazo izquierdo, de modo que el extremo apuntara al doctor Stefanik, y que éste viera claramente el siniestro agujero redondo.

—¡Qué melodramático! —comentó el doctor Stefanik.

—Ya lo sé —dijo el coronel Glinka—, pero usted debe recordar que los funcionarios de aduana de esta parte del mundo son muy quisquillosos cuando se trata de armas de fuego. Esta joyita es muy discreta y muy precisa, y puede disparar tres tiros antes de que usted diga esta boca es mía. ¿No le parece oportuno cambiar de opinión?

—No.

—Me hubiera gustado tanto ser alto y brillante— dijo con dolor el coronel Glinka, y comenzó a oprimir la empuñadura del bastón.

—Somos tan altos como podemos —dijo el doctor Stefanik, y después de graduar rápidamente el caño de irrigación hasta que el chorro se convirtió en un delgado hilo, dirigió el ardiente fluido verde sobre los ojos del coronel Glinka.

• • •

—¡Sé que está por aquí! —gritó el coronel Glinka—. ¡Le aseguro que lo encontraré, camarada, y entonces, la cosa no será muy agradable para usted! ¡Oh, no, ciertamente no le gustará lo que le haré!

Tenía los ojos rojos y llorosos. Se los enjugó con el pañuelo perfumado de lavanda, y apoyado en las manos y las rodillas comenzó a desplazarse entre las filas de

plantas tropicales, mirando debajo de cada banco a medida que se acercaba a él. Cuando llegó al final, se volvió y realizó la misma operación del otro lado.

En el extremo más alejado del invernadero se puso de pie con un gruñido ahogado.

—Sé que está aquí —dijo.

Algo le rozó la nuca. Se volvió con un brinco de derviche, pero solo encontró una planta color rojo sangre, distinta a todo lo que jamás ha podido crear la naturaleza.

—Estoy nervioso —gruñó el coronel Glinka—. En mi trabajo es bueno estar un poco nervioso, pero demasiado es perjudicial para la salud.

Avanzó en línea recta, cerró la puerta del fondo del invernadero, y arrastró una pesada maceta de orquídeas para clausurar la entrada, tarareando todo el tiempo una furiosa marchita militar.

—Debe saber, Stefanik —dijo en voz alta—, que no le creo absolutamente cuando afirma que ha abandonado esta investigación. Y tampoco le creerán ellos. Pues, en ese caso, ¿quiénes son esos degenerados que suben a las colinas para mirarnos, y por qué tiene que alimentarlos? Sé que no fueron creados por usted, pero quizá se les paga para que desempeñen la función de conejillos de Indias. Quizá están todos pagados por los británicos. ¿Tengo razón?

Prestó atención, pero no hubo respuesta.

Después de completar el examen del invernadero, entró en la

villa y la revisó cuidadosamente, como se le había enseñado a hacer, y miró el interior de cada uno de los muebles y bajo las camas.

Cuando terminó su inspección, salió por la puerta del frente y la cerró, dejando entre la hoja y el marco una fina cuña que preparó con la mitad de un lápiz.

En el jardín había muchos escondrijos, pero el coronel Glinka los revisó uno por uno, y de tanto en tanto echaba una ojeada hacia atrás para asegurarse de que Stefanik no lo seguía alrededor de la casa, en una suerte de danza fantástica.

—Sé que usted se encuentra por aquí, camarada —dijo.

Poco después se hallaba nuevamente en el punto de partida, transpirando profusamente, y se disponía a repetir todo el circuito cuando advirtió que algo se movía bajo los pachulies, cerca del portón. Apuntó el bastón de malaca y oprimió parte del mango con el pulgar. Una bala silbó a poca distancia del portón metálico.

—¡Quieto allí, amigo mío! —ordenó.

Abdul Hakkim ben Salazar se incorporó lentamente entre los arbustos, con las manos en alto.

—Me atrapó, Joe —dijo.

• • •

El portón estaba abierto, de modo que la vía de escape de Stefanik resultaba dolorosamente obvia.

El coronel Glinka observó reflexivamente los riscos que se oscurecían progresivamente, sobre

los que el sol aún derramaba ese brillo sanguinario visible solamente en esas latitudes, mientras el crepúsculo se extendía rápidamente desde los cañones que se orientaban hacia el mar.

—Ajá —murmuró el coronel Glinka—. Por ese lado se fue, creyendo escapar de mí. Pero tú... —agitó el bastón en dirección a Abdul, que ya estaba meneando negativamente la cabeza— me llevarás a él. Conoces sus hábitos, y además sin duda estás familiarizado con todos los escondrijos de esta isla, ya que te gusta tanto que las mujeres te persigan.

—Ya oscureció demasiado, efendi —dijo Abdul—. Si salimos ahora, no solo nos perseguirán, sino que nos cazarán, pues saben ver bien en la oscuridad.

—¿Quiénes nos cazarán?

—Esa gente. Son peores que los tuaregs. Por lo que sé, descienden de los tauregs, y todos saben que un tuareg es tan capaz de besar el orillo del albornoz de un hombre como cortar la garganta.

—De modo que ahora son tuaregs —comentó el coronel Glinka con una sonrisa lenta y feroz—. Sin embargo, antes habías sugerido que eran frutos del genio del camarada Stefanik, hijos de la ciencia genética, con el sello "Fabricado en las islas Seychelles" estampado en el trasero. Quizás crecieron en el invernadero de la semilla de un tuareg.

Abdul esbozó una mueca.

—No recuerdo haber dicho tal cosa, aunque a veces digo cosas



que luego se me borran de la memoria. Bueno, quizá no son tuaregs. A decir verdad, ya vivían aquí cuando yo vine a trabajar para el sidi, doctor Stephens, y por eso me pareció que él los había fabricado, pues antes esta isla se hallaba deshabitada. A lo sumo, había algunos pájaros marinos y unas pocas cabras salvajes.

El coronel Glinka se golpeó la frente con la mano.

—¡Basta, basta o enloqueceré!

Abdul Hakkim se sentó obedientemente, cruzó las piernas, y comenzó a encender el segundo de los desagradables cigarrillos que el coronel le regalara.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó suavemente el coronel.

—Nada, effendi.

—¡Arriba! ¡Arriba y a moverse, muchacho, o irás a hacer las paces con Alá! ¿Creste por un instante que había olvidado de qué estábamos hablando?

• • •

Cuando llegaron a la cumbre de la colina ya había oscurecido bastante, pero el coronel Glinka seguía marchando detrás de Abdul, ya recuperado el buen humor, acicateándolo de tanto en tanto con el bastón de Malaca, y explicándole la teoría de la igualdad social y otras doctrinas del partido.

—¿Estamos cerca? —preguntaba de tanto en tanto, interrumpiendo su exposición.

—No lo sé.

—Llama, entonces.

—Tengo miedo.

Un brutal golpe con el bastón:

un grito de guerra de Abdul Hakkim ben Salazar. Pero no había respuesta.

—Lo atraparemos — dijo el coronel Glinka—. Oh, por cierto que sí.

Pero pasó una hora y aún no habían encontrado un alma en el sendero.

Finalmente, Abdul se detuvo bruscamente. Se hallaban en un pequeño y estrecho cañadón, a bastante altura sobre el mar, rodeados de altos riscos, y desde la costa lejana llegaba claramente el rugido de la marea.

—¿Por qué nos detenemos? —preguntó el coronel Glinka, chocando contra Abdul.

—¡Mire eso, effendi! —murmuró Abdul, apuntando hacia una saliente, cinco o seis metros encima de ellos, donde una figura de albornoz estaba de pie, mirándolos.

—Y allí... y allí... y allí...

—Abdul indicó otras pequeñas salientes, donde estaban de pie varios espectrales centinelas, apenas visibles en la media luz.

El coronel Glinka volvió la cabeza y advirtió que había otras figuras de pie sobre la más pequeña saliente que ofreciera un punto de apoyo, a cierta altura sobre el sendero. En realidad, habían pasado a pocos pasos de los espectros. Y había docenas y docenas de ellos.

—Joe, creo que es mejor que volemos de aquí —sugirió Abdul.

—Veo que tratas de atemorizarme —replicó el coronel Glinka—. Pues no lo conseguirás.

Una piedra rodó detrás de ellos. —¿Qué fue eso? —preguntó el coronel Glinka, volviéndose rápidamente—. ¿Quién está allí?

• • •

Algo se movió en las sombras, sumergiéndose en las tinieblas más profundas de las rocas. Era la hembra que esa misma tarde había perseguido a Abdul.

Abdul Hakkim ben Salazar lanzó un profundo y abdominal gemido de disgusto.

—¡Ven aquí, tú! —ordenó el coronel Glinka—. Ven aquí. No temas, pequeña... no te haré daño alguno.

La joven avanzó apenas, una informe figura blanca atraída por la dulzura de la voz de Glinka. Ella se adelantó un paso, y entonces ella retrocedió cuidadosamente un paso.

—Ven aquí —dijo el coronel—. Seguramente ya es tiempo de que nos conozcamos. Pues conviene que sepas que ahora soy el amo de la isla. Ahora y para siempre, por lo que te concierne, pequeña. Y quizá me ayudes a aclarar un poco el misterio que envuelve este lugar.

Pero la muchacha se las arreglaba para mantener entre ambos una distancia de dos o tres metros. Glinka no podía disminuir la distancia sin alarmarla. Y entonces tomó impulso sobre la punta de los pies y dio un salto.

La muchacha lanzó un breve grito, tropezó y cayó, rodando sobre sí misma hasta terminar en una pequeña y oscura depresión. Mientras él atinaba a aferrar una

punta de la túnica femenina. La tela se desprendió fácilmente del cuerpo de la muchacha, más o menos como la cáscara de una manzana.

—¡Oh, discúlpeme! —dijo el coronel Glinka, y gateando acercóse a ella, y extendió las manos para aferrarla—. Le ruego que...

Su mano tocó algo que podía haber sido el tobillo de la muchacha. Lo aferró, lo sostuvo un momento y luego, estremeciéndose, lo soltó, retirando la mano como si lo hubieran apuñalado. Ahora ya había oscurecido completamente.

El coronel Glinka se puso de pie, y medio instintivamente levantó el mortífero bastón de malaca.

—¡No haga eso, Joe! —gritó Abdul, acercándose desde atrás y dándole un empujón.

El tiro salió desviado, pero el estampido, cuyo eco se difundió por todo el cañón, fue el punto de partida de un nuevo sonido, el creciente murmullo "staccatto" de muchas voces, el rodar de piedras, un centenar de movimientos distintos entre las sombras.

El coronel Glinka disparó la última bala, que salió más desviada aún que la anterior, arrojó a las figuras el bastón y echó a correr.

• • •

Abdul Hakkim ben Salazar, que se le había adelantado mucho, llegó sin aliento al portón principal de la villa, lo abrió, se arrojó adentro y se volvió para cerrarlo. Luego, se echó sobre el



pasto para recuperar aliento.

En la oscuridad se encendió un alegre resplandor. De entre las sombras emergió la liviana y grotesca figura del doctor Stefanik y de su pica.

—¡Ah! —jadeó Abdul—. ¿Dónde estaba, sídi, cuando yo andaba afuera, exponiendo la vida por usted?

—Oculto en el más alto de los canelos, como un mono —dijo el doctor Stefanik.

Desde los riscos vecinos llegó un aiarido agudo y prolongado.

—Lo atraparon —dijo Abdul.

—Y ahora supongo que lo desplumarán —dijo el doctor Stefanik—. A propósito, en ellos hay algo que nunca entendí del todo. Esa insaciable curiosidad es algo que pasará; pero este otro impulso, esa pasión más bien alarmante que han demostrado por la propagación de la especie quizá constituye un elemento universal de la vida que nadie puede tocar o alterar.

Por el sendero que descendía del risco apareció corriendo una pequeña figura cubierta de blanco, muy adelantada a las otras, concentrada en sus propios esquemas evolutivos.

Abdul se acurrucó aun más en las sombras.

—Esa inflama en el pecho el corazón de un hombre —murmuró—, pues jamás abandona su meta.

—Eso no tiene remedio humano —sentenció el doctor Stefanik, y meneó sabiamente la cabeza—.

En mi condición de idealista, quizá les di zapatos e ilustración, pero no les he dado esto, y por lo tanto no son del todo míos. La gente como Glinka afirma todavía su fe en el común denominador y en la igualdad general, y quiere arrancar de sus palacios a unos pocos y elevar a las masas del cieno. Tú que eras un hadü —e indudablemente infestado de gusanos—, ¿crees en la igualdad de los hombres... u honestamente la deseas?

—¿Que todos seamos effendis?

—Algo por el estilo.

Abdul Hakkim ben Salazar reflexionó un momento, con el ceño fruncido.

—No, sídi —dijo finalmente—, pues en ese caso no habría quien nos ajustara los tornillos.

La hembra interrumpió la carrera y se arrodilló en el sendero.

—¿Qué está haciendo? —preguntó el doctor Stefanik.

—Está quitándose los zapatos, para correr más velozmente que yo. "...Y el ganado con los de su especie, y todo lo que se mueve sobre la tierra con sus respectivas especies". ¡Y tú le dijiste a Glinka que yo los había fabricado!

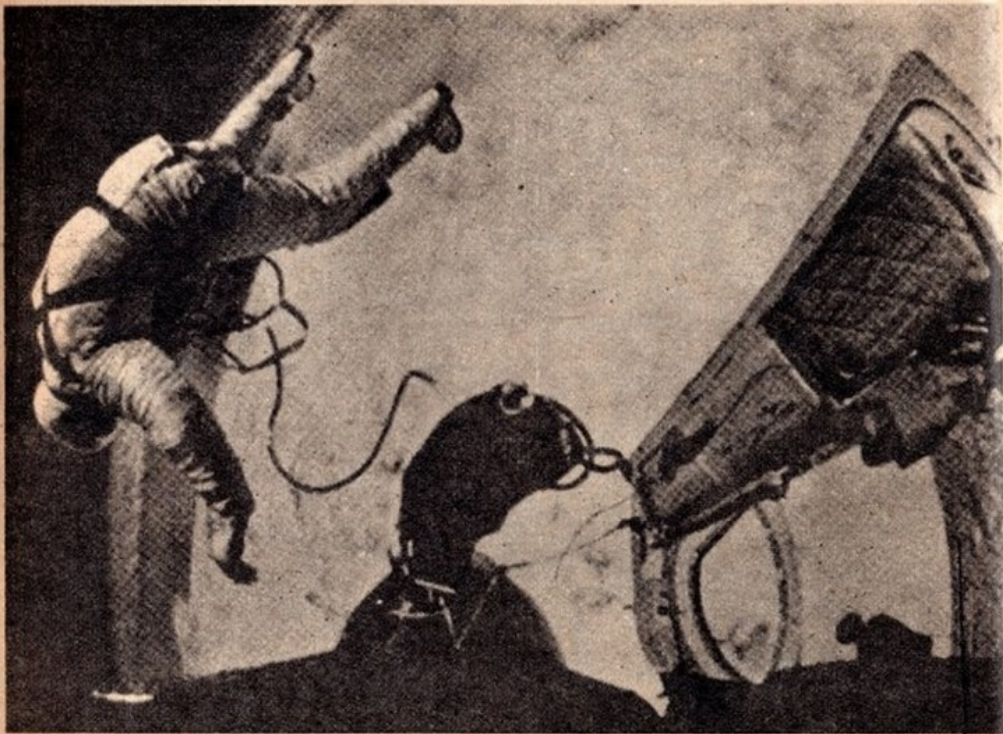
—Ah, pero no dije de qué, sídi —replicó Abdul.

La hembra con un breve y esperanzado balido, se puso de pie y colocó los zapatos bajo los brazos, pues la juventud es esperanza y los cabritos siempre serán cabritos, y así se alejó, clip-clop, clip-clop, por el sendero rocoso en dirección al mar.

YA ES HISTORIA EL VUELO DEL GEMINIS 4. HISTORIA RICA EN CONSECUENCIAS COMO QUE LA HAZANA DE WHITE Y DEWITT ACELERA EL SALTO FINAL Hacia LA LUNA. HISTORIA RICA TAMBIEN EN DETALLES CURIOSOS. VEAMOS ALGUNOS.







Ya fuera de la cápsula, White hizo las veces del empleado de una estación de servicio: comprobó que los impulsores de la cápsula funcionaban correctamente y limpió el "parabrisas" de Divitt. No se informó si cobró propina.

A los 20 minutos de hacer piruetas en el espacio, White no quería regresar al interior de la cápsula, tan maravilloso era lo que experimentaba allí fuera. Cuando lo obligaron a hacerlo, rezongó: "Es el día más triste de mi vida..."

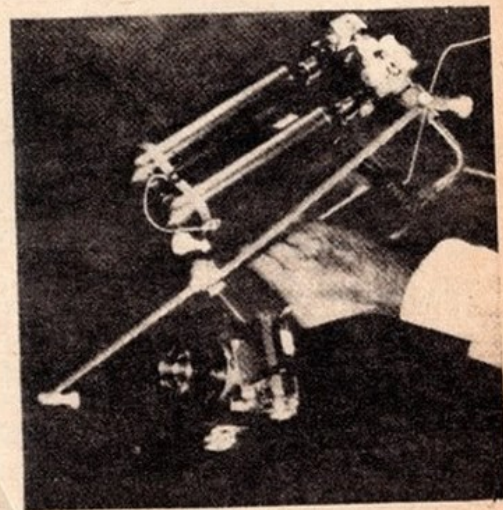
El traje espacial usado por los astronautas es un prodigio de la técnica: la "tela" consta de 22 capas, y sirve de armadura antimeteorito (en los ensayos resistió impactos de proyectiles plásticos lanzados a más de 8.000 metros por segundo). También sirve como aislante térmico (protege contra las temperaturas más extremas). Y es una cámara de presión perfecta (gracias a él White no estalló como una bomba cuando salió al espacio). No es muy caro: si usted quiere uno se lo hacen a la medida por apenas 30.000 dólares, unos 5 millones y pico de los pesos nuestros, al cambio oficial. Ignoramos si hay facilidades.

El día del lanzamiento los dos astronautas desayunaron con bifes de lomo "a caballo"; después respiraron oxígeno puro para evitar que, cuando estuvieran a gran altura, se les formaran en la sangre burbujas de nitrógeno.

Cuando el cohete arrancó, tres horas después de que Divitt y White se acomodaran en sus cuchetas, cada hombre empuñaba una especie de estribo: tirando de él harían funcionar el dispositivo eyector que los arrojaría fuera de la cápsula si algo andaba mal en la primera fase del lanzamiento.

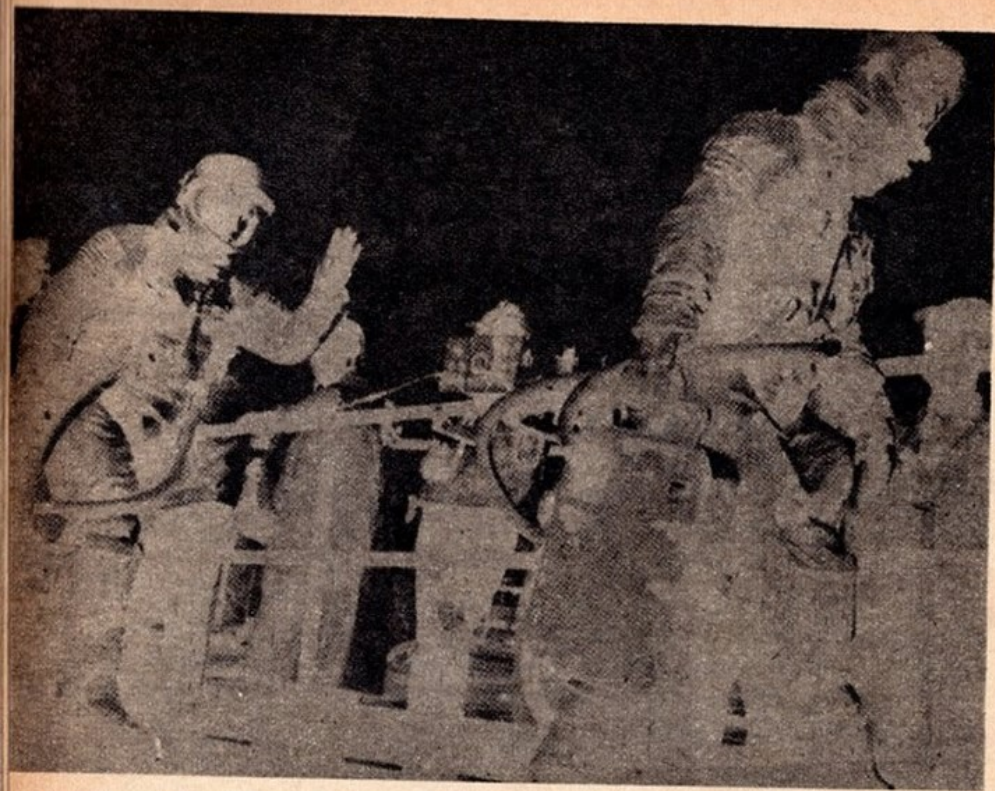
Cuando salió al espacio, White respiró el oxígeno que le llegaba a través del "cordón umbilical"; el "cordón" alojaba también el cable para hablar con White.

La ya famosa "pistola" que White probó en el espacio es un doble cilindro de oxígeno comprimido con un mango y un gatillo: cuando White lo apretaba salían chorros de gas por dos delgados caños de medio metro de largo cada uno; a nivel del mar el aparato pesa unos 3,5 kilos; cuando White lo usó el peso era de 0. Para desplazarse en el espacio White debía disparar la "pistola" a la altura de la cintura: si lo hubiera hecho desde más arriba o desde más abajo habría salido dando saltos mortales.



La "pistola espacial" de White.





*Divitt y White haciendo verdad el viaje proverbio: hasta el viaje más largo empieza con un paso.*

La "pistola propulsora" se quedó sin carga a los tres minutos; no porque fallara, sino porque, como era un dispositivo experimental, los técnicos no quisieron que tuviera demasiado poder. Cuando el oxígeno comprimido se agotó, White se manejó con giros del torso y tirando del "cordón umbilical".

White: "¡El sol, en el espacio, no enceguece: es hermoso!"

Durante el vuelo los dos astronautas hicieron cuatro veces al día ejercicios gimnásticos con un tensor de goma: lo sujetaban con el pie y lo estiraban con las manos; 30 flexiones en 30 segundos.

Como el acondicionador de aire de los trajes evapora la transpiración apenas se forma, el cuerpo pierde líquido en cantidad anormalmente alta; por esta razón los astronautas bebieron un litro de agua por día, el doble de lo normal.



Comieron carne y fruta, pero hechas puré con agua, en bolsitas de plástico; no fue un menú particularmente tentador. Eso sí, Divitt, que es católico, pudo comer puré de pescado el viernes.

No se pudieron afeitar; la única higiene personal consistió en paños húmedos que se pasaron por la cara. La orina fue eliminada fuera de la capsula por un sistema especial; los sólidos quedaron en bolsas de plástico con bolillas desinfectantes.



Ni aun cuando el reingreso a la atmósfera la temperatura dentro de la cápsula llegó a niveles alarmantes: la máxima fue de 15°. Como un día cualquiera de primavera.

Antes de iniciar el descenso los astronautas pasaron tres horas ajustando todo lo que estaba suelto: para un descenso exacto hay que conocer con precisión el centro de gravedad de la cápsula; al acelerar, cualquier objeto suelto volaría al azar y alteraría el centro de gravedad.

El médico, cuando ya se preparaba el descenso: "¿Necesitarán el Item Bravo?"

Divitt: "No".

El Item Bravo eran píldoras de dexedrina, un poderoso calmante.

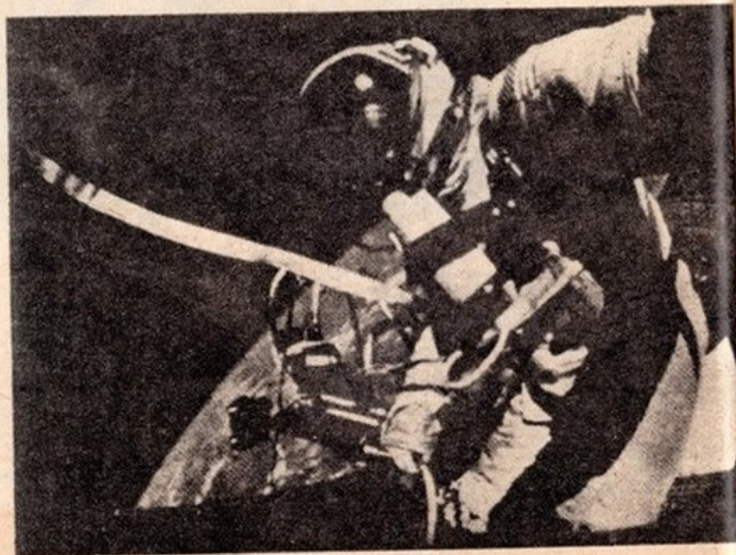
Divitt: "Y no se les olvide, queremos ser recogidos en seguida!"

Control: "De ustedes depende. Caigan donde deben".

Control: "Parece que será un reingreso de 8-G, el doble de lo calculado". (8-G significa ocho veces la gravedad normal).

Divitt: "¿8-G? ¡Es demasiado para un viejo como yo!"

Control: "Joróbese".

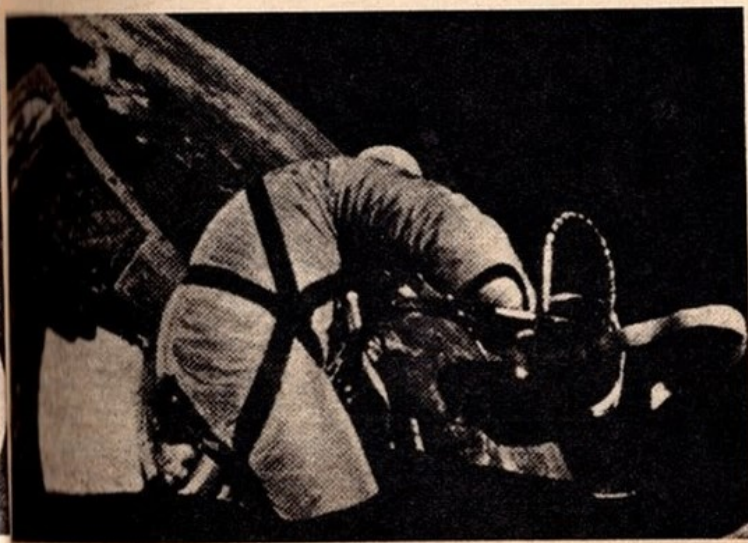


Los retrocohetes funcionaron durante 2 minutos 41, un segundo más de lo calculado. Este segundo de más apartó la cápsula 60 km. del blanco previsto.

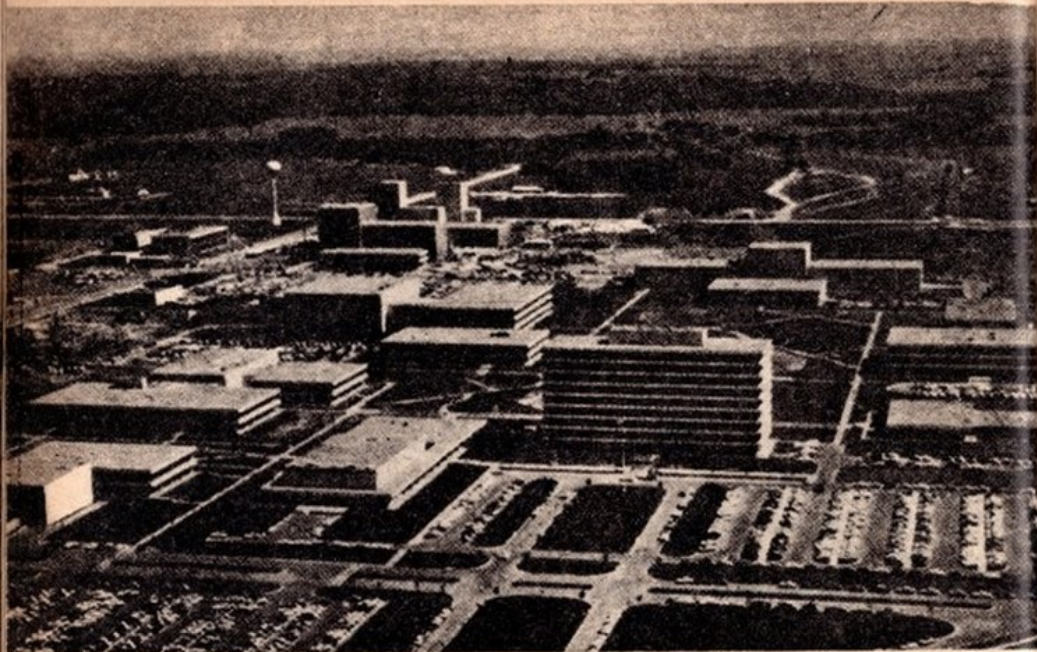
El reingreso a la atmósfera, con el tremendo calor que genera el roce del aire a semejante velocidad, es la parte más peligrosa de todo el vuelo. Sin embargo, según Divitt, "el reingreso es lo más lindo de todo. Había luces rosadas a nuestro alrededor, luego se hicieron naranja, rojas, verdes; nunca vi nada más hermoso".

Quince minutos después de haber tocado el agua, ya un helicóptero había bajado hombres ranas sobre la Géminis 4. Lo primero que hicieron fue ver si los astronautas estaban bien; en seguida ajustaron un gran salvavidas amarillo, de inflado automático, a las agarraderas de la cápsula.

Los médicos esperaban que los astronautas, luego de tanto encierro, estarían mareados o inconscientes. Sin embargo, apenas estuvieron a bordo del portaaviones "Wasp" los dos pidieron de comer y de beber... No les dieron nada, antes había que hacerles un examen clínico a fondo.







*La gran central espacial de Houston, Texas, debutó con el Géminis 4. Quince mil kilómetros de cables registraron y midieron hasta la última gota de sudor de los astronautas.*

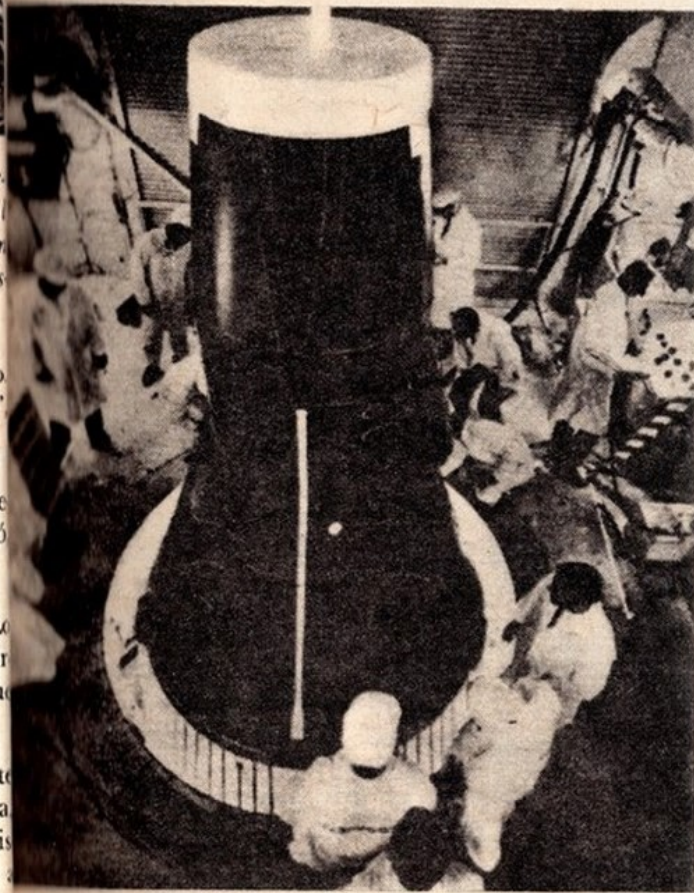
El corazón de White late normalmente 50 veces por minuto. Luego del vuelo latía a 96 veces. "Mucho mejor de lo esperado" dicen los médicos.

Se temía que White, al salir al espacio, se marearía, que perdería el sentido de la orientación. Como vimos, no sólo no se mareó sino que gozó en grande su paseo.

Eso sí, los dos estaban que se caían de sueño en el "Wasp". Lo que le pasaría a cualquiera, como dijo Divitt, que tratara de dormir con un casco lleno de voces y con el rugir de los cohetes que a cada tanto corregían la posición de la cabina.

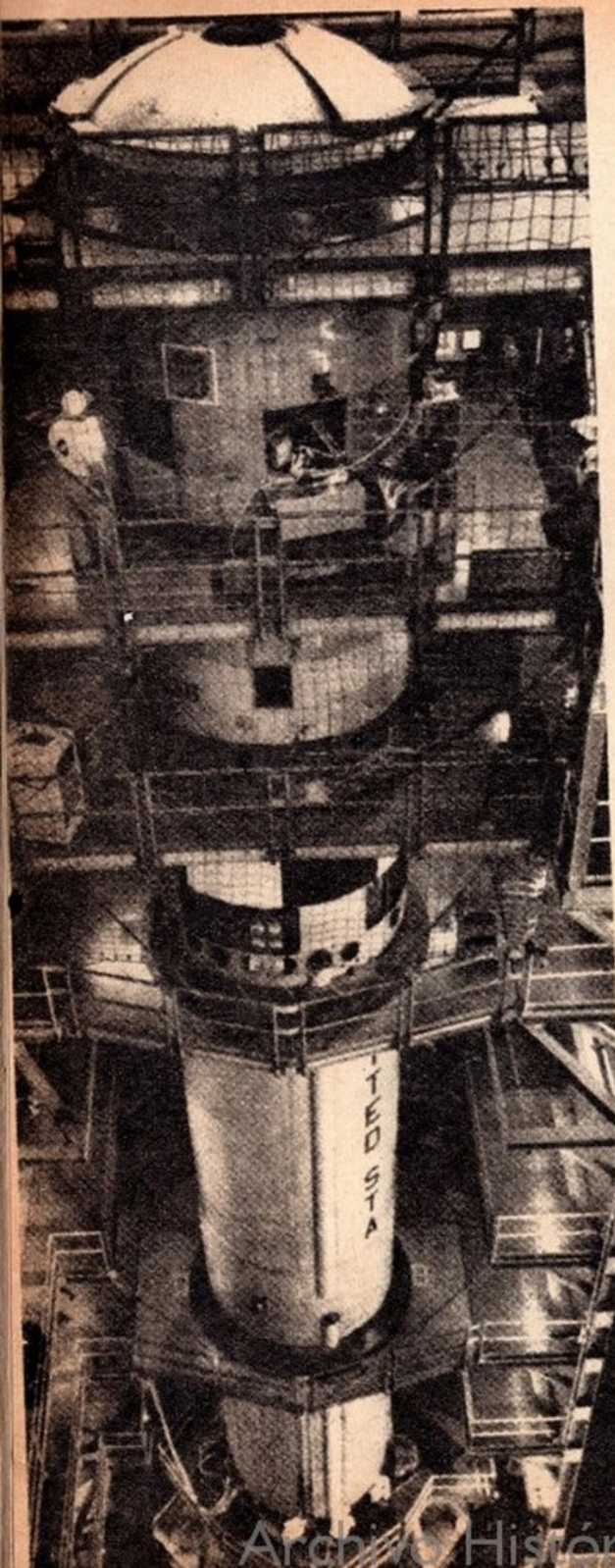
Lo único que amargó el paseo fuera de la cápsula de White fue la tendencia del "cordón umbilical" de hacerlo ir hacia la popa donde estaban los chorros de fuego de los cohetes que Divitt disparaba para corregir la posición. White llegó en un momento a menos de un metro de los chorros; si los hubiera tocado ahora estaríamos escribiendo una necrología.

Son grandes las diferencias entre el paseo espacial de Leonov, el ruso, y el paseo de White: el ruso estuvo sólo diez minutos fuera de la cápsula, y su traje espacial no le permitió más movimientos que algún salto mortal (todavía se ignora si la pirueta fue voluntaria o no: Leonov terminó mareado su paseo). White, en cambio, como ya hemos visto, pudo divertirse a sus anchas durante los veinte minutos de su excursión: los controles debieron ponerse serios para hacerle obedecer la orden de reingresar a la cápsula.

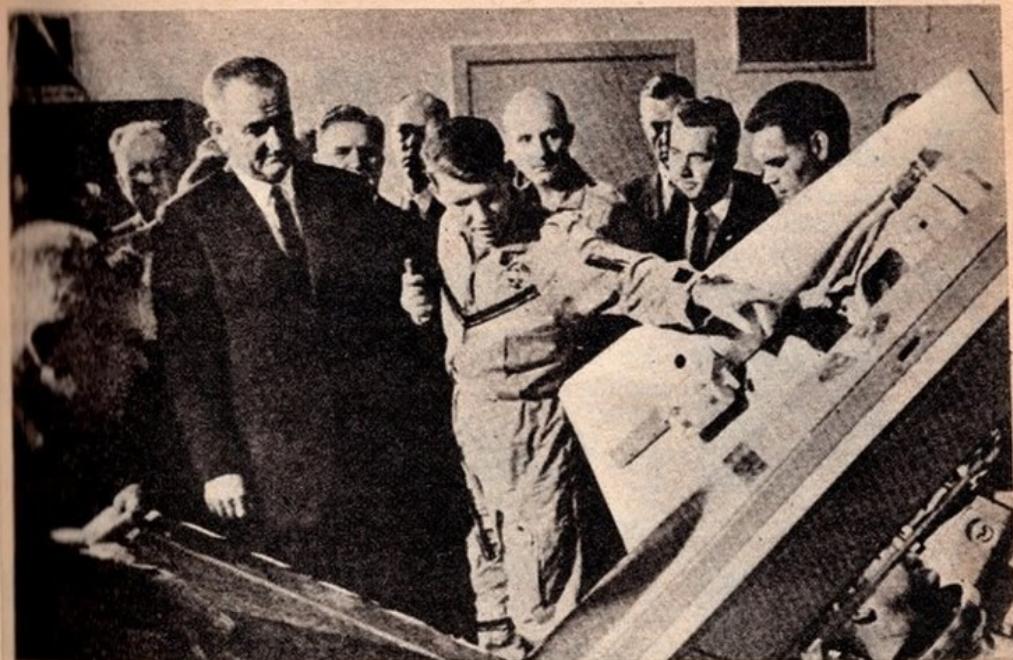


*Ya se aproxima el instante supremo: las escotillas de la Géminis 4 han sido cerradas y selladas.*





El Titán II, el cohete impulsor de la Géminis, en la jaula de inspección. Como puede verse en la fotografía, los distintos pisos de la jaula facilitan la inspección a fondo de todos los elementos del cohete. El Titán II mide 30 metros de altura; su fabricante es la compañía Martin, de Baltimore.



Para los astronautas el vuelo del Géminis 4 fue un salto para arriba en más de un sentido: el presidente Johnson en persona los ascendió a teniente coroneles.

El vuelo de la Géminis 4, al resolver una cantidad de problemas y disipar una turba de fantasmas, ha dado al proyecto Apollo, que encara el viaje a la Luna, un empujón definitivo. Ya se habla de que el primer intento sería a mediados de 1968.



# RESURRECCION

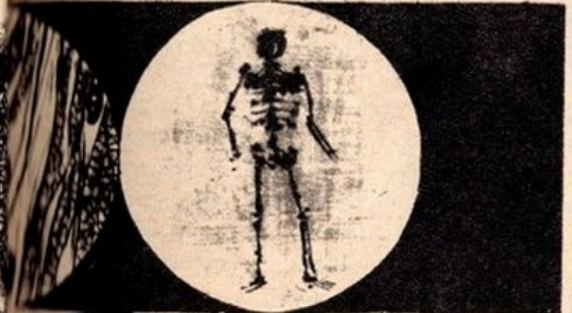
# RESURRECCION



A. E. Van VOGT

Ilustró A. DE LIA FUENTE

*Ni aun muriendo quedará muerta  
la especie humana*



La gran nave se detuvo a un cuarto de milla encima de una de las ciudades. Abajo se divisaba un panorama de cósmica desolación. Mientras descendía en su burbuja de energía, Enash advirtió que los edificios se caían de viejos.

—¡No hay indicios de daños producidos por una guerra! —La voz incorpórea rozó momentáneamente sus oídos. Enash cortó la comunicación.

Una vez en el suelo, desinfló su burbuja. Se encontraba en un sector limitado por muros y cubierto de malezas. Al lado del derruido edificio, entre los altos pastos, yacían varios esqueletos. Pertenecían a largos seres de dos piernas y dos brazos, y poseían un cráneo que en cada caso se hallaba inserto al final de una delgada columna vertebral. Los esqueletos, todos de adultos, parecían encontrarse en excelente estado de preservación, pero cuando se inclinó y tocó uno de ellos, un trozo entero se deshizo en fino polvo. Al enderezarse advirtió que Yoal estaba flotando a su lado. Enash esperó hasta que el historiador emergiera de su burbuja, y luego dijo:

—¿Cree que deberíamos utilizar nuestro método para revivir a los que murieron hace mucho? Yoal reflexionó.

—He interrogado a todas las personas que descendieron a este lugar y he llegado a la conclusión de que aquí algo anda mal. En este planeta no hay vida, ni siquiera la de los insectos. Antes de arriesgarnos a colonizar, debu-



mos descubrir qué ocurrió.

Enash nada respondió. Soplabla una suave brisa, que susurraba al pasar entre las ramas de los árboles cercanos. Hizo un gesto en dirección a los árboles. Yoal asintió.

—Sí, la vida vegetal no ha sufrido, pero también es cierto que las plantas no sufren el mismo impacto que las formas de la vida activa.

Hubo una interrupción. Una voz habló por el receptor de Yoal:

—Acabamos de descubrir un museo aproximadamente en el centro de la ciudad. Hemos colocado una luz roja en el techo.

—Iré con usted, Yoal —dijo Enash—. Probablemente haya esqueletos de animales y de seres inteligentes en distintas etapas de evolución. Pero no contestó a mi pregunta. ¿Piensa revivir a estos seres?

—Quiero discutir el problema con el consejo —replicó lentamente Yoal—, pero creo que no caben dudas sobre lo que debe hacerse. Es preciso conocer la causa de este desastre. —Con uno de sus brazos-ventosas describió vagamente un semicírculo, y agregó: —Por supuesto, es necesario actuar con cautela, comenzando por los ejemplares evidentemente primitivos. La ausencia de esqueletos infantiles demuestra que la raza había logrado la inmortalidad personal.

El consejo se acercó a examinar los ejemplares. Enash sabía

que se trataba de un preludio meramente formal. Ya se había adoptado una decisión. Habría resurrecciones. Y no sólo por necesidad. Todos experimentaban curiosidad. El espacio era vasto, los viajes muy largos y solitarios, y los descensos —con la posibilidad de ver y estudiar nuevas formas de vida —constituían siempre una experiencia excitante.

El museo tenía el aspecto habitual. Altos cielorrasos, grandes salones. Modelos plásticos de animales extraños... muchos artefactos... demasiados numerosos para verlos y comprenderlos en tan breve lapso. Todo el desarrollo de una raza se exhibía allí en una sucesión de reliquias. Enash acompañó a los demás en la inspección y se alegró cuando por fin llegaron a la línea de esqueletos y de cuerpos conservados. Se sentó detrás de la pantalla de energía, y observó cómo los expertos biólogos retiraban un cuerpo preservado que estaba en un sarcófago de piedra. Se hallaba envuelto en interminables vendas de tela. Los expertos no se molestaron en retirar el material podrido. Con sus fórceps aferraron un trozo de cráneo...; era el procedimiento aceptado. Podía utilizarse cualquier parte del esqueleto, pero cuando se utilizaba cierta sección del cráneo se obtenían las resurrecciones más perfectas y las reconstrucciones más completas.

Hamar, el biólogo jefe, explicó la elección del cuerpo.

—Los productos químicos utili-

sados para preservar esta momia revelan que poseían un somero conocimiento de química. Las tallas del sarcófago demuestran que se trataba de una cultura tosca, carente de conocimientos mecánicos. En una civilización de ese tipo no podía existir mayor desarrollo de las potencialidades del sistema nervioso. Nuestros expertos lingüistas han analizado el mecanismo de grabación de voces que forma parte de cada ejemplar, y aunque los lenguajes reproducidos son muchos —prueba de que se ha reproducido el antiguo lenguaje hablado en el momento en que el cuerpo está vivo—, no tuvieron dificultad en interpretar el sentido de las frases. Ahora ya han adaptado nuestra máquina de lenguaje universal, de modo que quien desee hablar sólo necesita acercarse a este comunicador, y sus palabras serán traducidas al idioma de la persona revivida. Por supuesto, el mecanismo funcionará también a la inversa. Ah, veo que ya estamos listos para el primer cuerpo.

Enash observó atentamente, al lado del grupo, en el momento en que ajustaban la tapa del reconstructor plástico y se iniciaba el proceso de desarrollo. Sintió que se acentuaba su propia tensión. Pues en todo lo que estaba ocurriendo no había nada casual. Pocos minutos más, y se lograría completar el cuerpo de un antiguo habitante de aquel planeta. El individuo se sentaría y los miraría. Se trataba de un método sencillo y siempre eficaz.

...De las sombras de lo dimi-

nuto surge la vida. El plano del principio y del fin, de la vida... y de la ausencia de vida; en esa oscura región la materia oscila fácilmente entre antiguos y nuevos hábitos. El hábito de lo orgánico y el hábito de lo inorgánico. Los mecanismos de selección carecen de valores vitales y no vitales. Los átomos nada saben de lo inanimado. Pero cuando los átomos forman moléculas, hay en el proceso un paso, un pequeñísimo paso, el de la vida..., si es que comienza a existir la vida. Un paso, y luego la oscuridad. O el movimiento.

Una piedra o una célula viva. Un grano de oro o una hoja de hierba, las arenas del mar o los animalitos igualmente numerosos que pueblan las aguas infinitas pobladas de peces... La diferencia está en la zona intermedia de la materia. Cada célula viva lleva consigo toda la forma. Cuando al cangrejo le arrancan una pata, le crece otra nueva. Ambos extremos del gusano planaria se alargan, y pronto hay dos gusanos, dos identidades, dos sistemas digestivos, cada uno de ellos tan voraz como el original; y cada uno de ellos completo, inmune, incontaminado por la experiencia del primero. Cada célula puede ser el total. Cada célula recuerda de un modo tan menudamente detallado, que no existe un conjunto de palabras capaz de describir jamás la integralidad alcanzada.

Pero, paradójicamente, la memoria no es orgánica. Un disco común de cera registra fácilmente los sonidos. Un grabador de



alambre reproduce fácilmente la voz que habló años atrás. La memoria es una impresión fisiológica, una huella sobre la materia, un cambio de forma de la molécula, de modo que cuando se desea una reacción, la forma emite su respuesta con el mismo ritmo.

Del cráneo de la momia hablan surgido los múltiples trillones de formas del recuerdo, con las que ahora estaba evocándose una reacción. Y, como siempre, el recuerdo se mostraba fiel.

Uno de los hombres pestañeó y abrió los ojos.

—Entonces, es verdad —dijo en voz alta, y a medida que hablaba sus palabras eran traducidas a la lengua de Ganae—. La muerte no es más que el pasaje a otra vida... pero, ¿dónde están mis criados?

Al pronunciar las últimas palabras, su voz adquirió un tono quejoso. Se sentó y salió de la caja, que se había abierto automáticamente cuando el hombre retornó a la vida. Vio a sus apresadores. Se inmovilizó, pero sólo durante un instante. Tenía orgullo, y un coraje muy particular y arrogante, que ahora se manifestaba. De mala gana, se arrodilló e inclinó la cabeza, pero sin duda abrigaba hondas dudas.

—¿Estoy en presencia de los dioses de Egipto? —Se incorporó nuevamente—. ¿Qué significa esto? ¿No rindo homenaje a demonios informes!

—¡Mátenlo! —ordenó el capitán Gorsid.

El monstruo de dos piernas se disolvió, retorciéndose en el haz

emitido por un revólver de rayos.

El segundo resucitado se incorporó, pálido y temblando de miedo: —Dios mío, juro que nunca más volveré a tocar la botella... Pensar que estuve viendo elefantes rosados...

Yoal sintió curiosidad.

—¿A qué botella te refieres, resucitado?

—Al viejo brebaje, al veneno de la licorera, al jugo mortífero que me dieron en aquella taberna... ¡Oh, Dios mío!

El capitán Gorsid miró a Yoal con expresión interrogante.

—¿Es necesario esperar? —inquirió.

Yoal vaciló.

—Tengo curiosidad. —Se dirigió al hombre: Si le dijéramos que somos visitantes de otra estrella, ¿cómo reaccionaría usted?

El hombre clavó los ojos en su interlocutor. Sin duda estaba desconcertado, pero el miedo era aún más profundo.

—Escuchen —dijo—, yo iba en un automóvil y me ocupaba de mis propios asuntos. Reconozco que había bebido unos tragos de más, pero la culpa es de esa clase de licor que sirven ahora. Juro que no vi el otro coche... y si este es el nuevo método para castigar a los que manejan ebrios, bueno... en ese caso se salieron con la suya. No beberé una gota más en vida, de modo que sean benignos.

—Habla de un "automóvil" como si tal cosa —comentó Yoal—. Sin embargo, no hemos visto automóviles. Ni siquiera se molestaron en incluir uno en el museo.

Enash advirtió que todos especulaban que alguien formulara un comentario. Se movió inquieto al comprender que el círculo del silencio sería completo si él no hablaba.

—Pídale que describa el automóvil —dijo—. ¿Cómo funciona?

—Bueno, eso es hablar —comentó el hombre—. Diganme lo que quieren y yo los complaceré, y contestaré a todas las preguntas que me formulen. Puedo estar tan borracho que no vea, pero siempre sé manejar un automóvil. ¿Cómo funciona? Pues, lo ponen en velocidad, y da paso a la nafta.

—Nafta —dijo el oficial ingeniero Veed—. El motor de combustión interna. Está claro.

El capitán Gorsid hizo un gesto al guardia armado con el revólver de rayos.

El tercer hombre se incorporó y los miró reflexivamente.

—¿De las estrellas? —dijo finalmente—. ¿Tienen un sistema, o fue pura casualidad?

Los consejeros de Ganae que estaban en el salón abovedado se movieron inquietos en los sillones curvos. Enash advirtió que Yoal lo miraba. La impresión reflejada en los ojos del historiador alarmó al meteorólogo. Pensó: "La capacidad de adaptación a una nueva situación de este ser de dos piernas, su percepción de las realidades, es anormalmente rápida. Un habitante de Ganae no lo habría igualado en la velocidad de reacción".

Hamar, el biólogo jefe, dijo: —La velocidad de pensamiento no es

necesariamente signo de superioridad. El pensador lento y cauteloso ocupa también un lugar en la jerarquía del intelecto.

Pero Enash se dijo que no era la velocidad, sino la precisión de la respuesta. Procuró imaginarse reviviendo de entre los muertos y comprendiendo en forma instantánea el significado de la presencia de seres provenientes de las estrellas. No podría haberlo logrado.

Desechó el pensamiento, porque el hombre había salido de la caja. Mientras Enash y los otros lo contemplaban, se acercó rápidamente a la ventana y se asomó. Una ojeada y luego se dio vuelta.

—¿Está todo así? —preguntó.

Nuevamente la velocidad de su comprensión provocó asombro. Y Yoal respondió, por fin, a la pregunta:

—¡Sí! Desolación. Muerte. Ruinas. ¿Tiene idea de lo ocurrido?

El hombre retornó y se detuvo frente a la pantalla de energía que protegía a los habitantes de Ganae.

—¿Puedo revisar el museo? Tengo que calcular la edad en que estoy. Cuando yo aún vivía poseíamos ciertas posibilidades de destrucción, pero saber cuál de ellas se realizó depende del tiempo transcurrido.

Los consejeros miraron al capitán Gorsid, el cual daba muestras de vacilación.

—Vigílelo —ordenó el guardia armado con el revólver de rayos. Luego encaró al hombre: —Comprendemos perfectamente sus intenciones. Usted quisiera asumir



el control de la situación y asegurar su propia salvación. Tranquillícese. No realice movimientos sospechosos, y todo marchará perfectamente.

La expresión del rostro del hombre no demostró si creía o no la mentira. Tampoco demostró con una mirada o un movimiento que hubiera visto el suelo chamuscado donde el revólver de rayos acababa de destruir a sus dos predecesores. Avanzó con aire de curiosidad hacia la puerta más cercana, estudió al guardia que allí lo esperaba, y luego pasó ansiosamente al otro salón. Lo siguió el primer guardia, luego avanzó la pantalla de energía móvil, y finalmente, uno tras otro, pasaron los consejeros.

Enash fue el tercero en cruzar el umbral. En el salón había esqueletos y modelos plásticos de animales. El recinto que se abría a continuación era lo que, a falta de nombre mejor, Enash denominó salón cultural. Contenía los artefactos de un sólo período de la civilización. Parecía muy avanzado. Había examinado algunas de las máquinas cuando pasó por allí la primera vez, y había pensado: energía atómica. No fue el único en advertirlo. Detrás, el capitán Gorsid dijo al hombre:

—Le prohíbo que toque nada. Un movimiento sospechoso, y los guardias harán fuego.

El hombre se detuvo serenamente en el centro del salón. A pesar de cierto extraño sentimiento de ansiedad, Enash tuvo que admirar su calma. Sin duda sabía cuál sería su suerte, y a pe-

sar de todo mantenía un aire reflexivo.

—No necesito seguir —dijo al fin—. Quizá ustedes puedan juzgar mejor que yo cuánto tiempo transcurrió desde que nací y se construyeron estas máquinas. Allí veo un instrumento que, de acuerdo con la placa que lleva encima, cuenta átomos cuando explotan. Una vez que ha explotado el número requerido, se interrumpe el paso de energía durante el tiempo indispensable para impedir una explosión en cadena. En mi tiempo habla un millar de toscos artefactos para limitar las proporciones de una reacción nuclear, pero desde los comienzos de la energía atómica se necesitaron dos mil años para desarrollar esos artefactos. ¿Ustedes podrían realizar una comparación?

Los consejeros miraron a Veed. El oficial ingeniero vacilaba. Finalmente habló, aunque lo hizo de mala gana.

—Hace nueve mil años teníamos un millar de métodos para limitar las explosiones atómicas. —hizo una pausa y continuó más lentamente—: Nunca conocí un instrumento que contara átomos con esa finalidad.

—Y, sin embargo —murmuró Shuri, el astrónomo, conteniendo el aliento—, esa raza fue destruida.

Todos guardaron silencio. Lo interrumpió una orden de Gorsid al guardia.

—¡Maten al monstruo!

Pero fue el guardia el que se desintegró, estallando en llamas. ¡Y no un guardia, sino todos! Fueron

abatidos simultáneamente, ardiendo con llamas azules. Las llamas lamieron la pantalla, retrocedieron y luego atacaron más furiosamente. En medio de una cortina de fuego, Enash vio que el hombre se había retirado hacia la puerta más distante, mientras la máquina contadora de átomos resplandecía con intensa luminosidad azul.

El capitán Gorsid comenzó a impartir órdenes por el comunicador.

—Guarden todas las salidas con revólveres de rayos. ¡Alerta las naves espaciales para descargar los cañones pesados sobre el extranjero!

—Control mental —comentó alguien—. Cierta tipo de control mental... ¿En qué nos hemos metido?

El grupo comenzó a retirarse. La llama azul estaba en el cielo. Enash y pugnaba por atravesar la pantalla. Enash dirigió una última mirada a la máquina. Seguramente todavía estaba contando átomos, pues fulguraba con un azul infernal. Enash corrió con los demás hasta el salón donde habían resucitado al hombre. Allí otra pantalla de energía acudió en auxilio del grupo. Ahora estaban a salvo, de modo que se metieron en las burbujas individuales, salieron del museo y ascendieron a las naves. Cuando la gran nave comenzó a desplazarse, de su vientre brotó una bomba atómica. El hongo igneo destruyó totalmente el museo y la ciudad.

—Pero aún ignoramos por qué desapareció esa raza —murmuró

Yoal al oído de Enash, cuando se hubo extinguido el estruendo de la explosión.

El pálido sol amarillo se alzó sobre el horizonte tres días después del lanzamiento de la bomba, y ocho después del desembarco. Enash flotaba con el resto del grupo sobre otra ciudad. Ahora se oponía a que se practicaran nuevas resurrecciones.

—En mi condición de meteorólogo —dijo— afirmo que este planeta está en condiciones de recibir la colonización de Ganae. No veo la necesidad de afrontar nuevos riesgos. Esta raza descubrió los secretos de su propio sistema nervioso, y no podemos admitir que...

Fue interrumpido por Hamar, el biólogo:

—Si tanto sabían —preguntó secamente—, ¿por qué no emigraron a otros sistemas y se salvaron?

—Admito —replicó Enash— que quizá no habían descubierto nuestro sistema para localizar estrellas dentro de las familias planetarias. —Paseó la vista por el círculo de sus amigos—. Pero convenimos en que el nuestro fue un hallazgo accidental. Fuimos afortunados, no inteligentes.

Advirtió por las expresiones de sus colegas que éstos estaban refutando mentalmente sus argumentos. Experimentó la sensación de su propia impotencia frente a una inminente catástrofe. Pues entreveía la imagen de una gran raza frente a la muerte. Sin duda la cosa había ocurrido rápidamente, pero no tanto como pa-



ra que no supieran lo que les esperaba. Había demasiados esqueletos al aire libre, en los jardines de magníficos palacios, como si cada hombre y su esposa hubieran salido a esperar el fin de la especie. Trató de explicar sus pensamientos al consejo, lo que había sido ese momento, mucho tiempo antes, en que una raza afrontó con calma su propio fin. Pero su descripción fracasó, porque los otros se movían impacientes en los asientos dispuestos detrás de una serie de pantallas de energía.

—Veamos un poco —dijo el capitán Gorsid—, ¿a qué se debe, exactamente, esa intensa reacción emocional, Enash?

La pregunta sorprendió a este último. En realidad, no había pensado que se tratara de una reacción emocional. Ni siquiera había comprendido la naturaleza de su obsesión, tan sutilmente se había insinuado en él. De pronto, advirtió de qué se trataba.

—Fue el tercero —dijo pausadamente—. Lo vi a través de la cortina de fuego, de pie en el umbral distante, contemplándonos con curiosidad antes que echáramos a correr. Su bravura, su serenidad, la habilidad con que nos engañó... ¡todo se sumó!

—Y dio como resultado final su muerte! —dijo Hamar, y todos echaron a reír.

—Vamos, Enash —dijo bondadosamente el vicecapitán Mayad—, ¿no pretenderá que esta raza es más valerosa que la nuestra, o que, con todas las precauciones

que hemos adoptado, debamos temer a un hombre?

Enash guardó silencio, sintiéndose en una postura incómoda. El descubrimiento de que había alimentado una obsesión emotiva lo abatió. No quería parecer poco razonable. Formuló una protesta final.

—Sólo quiero señalar —dijo obstinadamente— que este deseo de descubrir qué le ocurrió a una raza muerta no me parece algo absolutamente indispensable.

El capitán Gorsid se volvió hacia el biólogo.

—Adelante —dijo— con las resurrecciones. —Y volviéndose a Enash, agregó: —¿Nos atreveríamos a regresar a Ganae y a recomendar las migraciones en masa... para reconocer luego que no completamos nuestras investigaciones? ¡Imposible, amigo mío!

Era el viejo argumento y, aunque de mala gana, Enash reconoció que tenía cierta validez. Al fin dejó de lado el problema, porque el cuarto hombre estaba moviéndose.

El hombre se incorporó. Y desapareció.

Hubo un silencio total y horrorizado. De pronto se oyó la voz seca del capitán Gorsid.

—No puede salir de aquí, eso es seguro. Debe estar en alguna parte.

Alrededor de Enash los ganaenses abandonaron sus asientos y examinaron el receptáculo de energía. Los guardias permanecían en sus sitios, con los revólveres de rayos. Por el rabillo del ojo vio que uno de los técnicos

de las pantallas protectoras llamaba a Veed, el cual acudió al instante. Regresó con expresión sombría.

—Me informan que las agujas saltaron diez puntos cuando el hombre desapareció. Eso significa que está en el nivel nucleónico.

—¡Por la antigua Ganae! —murmuró Shuri—. Hemos tropezado con lo que siempre temíamos.

Entretanto, Gorsid gritaba por el comunicador.

—Destruyan todos los localizadores de la nave. Destruyanlos, ¿me oyen?

Se volvió con los ojos centelleantes.

—Shuri —rugió—. Parece que no me entienden. Ordene a sus subordinados que procedan. Es necesario destruir todos los localizadores y reconstructores.

—¡Apúrense! ¡Apúrense! —ordenó Shuri con voz débil.

Cuando se ejecutó la orden, todos respiraron aliviados. Hubo sombrías sonrisas y un sentimiento de tensa satisfacción.

—Por lo menos —comentó el vicecapitán Mayad—, ahora no podrá descubrir dónde está Ganae. Nuestro gran sistema para localizar soles dotados de planetas se mantendrá secreto. No podrá haber represalias por... —se interrumpió, y continuó lentamente: —¿De qué estoy hablando? No hemos hecho nada. No somos responsables del desastre que sufrieron los habitantes de este planeta.

Pero Enash sabía lo que pensaba su compañero. En tales momentos emergían los sentimientos de culpa..., los fantasmas de to-

das las razas destruidas por los ganaenses, la implacable voluntad que los había animado, cuando descendieron de aniquilar todo lo que encontrarán. El oscuro abismo de inexpresado odio y terror que se abría tras ellos; los días sin fin en que implacablemente volcaron torrentes de radiaciones venenosas sobre los desprevistos habitantes de pacíficos planetas... todo eso estaba en las palabras de Mayad.

—De todos modos, me niego a creer que haya huido. —Era la voz del capitán Gorsid—. Esta aquí. Espera que bajemos las pantallas protectoras para huir. Pues bien, no haremos tal cosa.

Nuevamente contemplaron en silencio el vacío del receptáculo de energía. El reluciente reconstructor descansaba sobre soportes de metal. Pero nada más. Ni un destello de luz o de sombras que no fuera natural. Los rayos amarillos del sol bañaban los espacios abiertos con un brillo que no permitía ningún ocultamiento.

—Guardias —dijo Gorsid—, destruyan el reconstructor. Creí que tal vez volvería a examinarlo, pero no podemos arriesgarnos.

El artefacto ardió furiosamente. Y Enash, que había abrigado la esperanza de que la mortífera energía obligara al ser de dos piernas a manifestarse, vio desaparecer sus esperanzas.

—Pero... ¿dónde puede haber ido? —murmuró Yoal.

Enash se volvió para discutir el asunto. En ese mismo instante descubrió que el monstruo estaba de pie sobre un árbol, a unos



siete metros de distancia, observándolos. Seguramente había llegado en ese mismo instante, pues los consejeros lanzaron una exclamación colectiva. Todos retrocedieron. Demostrando gran presencia de ánimo, uno de los técnicos interpuso una pantalla de energía entre los ganaenses y el monstruo. La criatura se adelantó lentamente. Era una figura menuda y llevaba la cabeza muy erecta. Sus ojos brillaban como encendidos por un fuego interior.

Se detuvo al llegar a la pantalla, extendió una mano y tocó la barrera con los dedos. Se produjo una llamarada que enseguida cobró cambiantes colores. Estos adquirieron más intensidad y formaron un complicado dibujo desde la cabeza al suelo. La mancha llameante se aclaró. El dibujo se dispuso. El hombre había atravesado la pantalla.

Se echó a reír con un sonido suave y extraño; luego recobró la compostura.

—Cuando desperté por primera vez —dijo—, me llamó la atención el carácter de la situación. El problema era: ¿Qué hacer con ustedes?

Las palabras se le antojaron siniestras a Enash, en el sereno aire de aquel planeta muerto. Rompió el silencio una voz, tan tensa y poco natural que pasó un momento antes que se pudiera reconocerla como la voz del capitán Gorsid.

—¡Mátenlo!

Cuando los proyectores de energía cesaron en su esfuerzo, aquel ser indestructible seguía de pie.

Avanzó lentamente hasta colocarse a dos metros del ganaense más cercano. Enash estaba al fondo del grupo. El hombre dijo lentamente:

—Son posibles dos líneas de acción, una fundada en la gratitud por haberme revivido, la otra fundada en la realidad. Sé bien quiénes son ustedes. Sí, los conozco, y eso es lamentable. Es difícil sentir compasión. Para empezar —continuó—, digamos que me revelan el secreto del localizador. Por supuesto, ahora que existe un sistema, nunca seremos destruidos como antaño.

Enash se había mantenido atento, su mente tan alerta a las posibilidades del desastre que enfrentaban, que parecía imposible que pudiera pensar en otra cosa. Y a pesar de todo, parte de su atención derivó hacia otra cosa.

—¿Qué ocurrió? —preguntó.

El hombre cambió de color. Los sentimientos de aquel lejano día le enronquecieron la voz.

—Una tormenta nucleónica. Vino desde el espacio exterior. Rozó el borde de nuestra galaxia. Tenía aproximadamente noventa años luz de diámetro, más que el límite extremo de nuestro poder. No hubo modo de evitarla. Ya no teníamos naves espaciales, y no había tiempo para construir una. Castor, la única estrella con planetas descubierta por nosotros, también estaba en el camino de la tormenta. —Hizo una breve pausa. —¿El secreto? —inquirió.

Alrededor de Enash, los consejeros parecían más tranquilos. Co-

menzaba a disiparse el temor de la destrucción racial, que antes los había agobiado. Enash comprobó con orgullo que había pasado la primera impresión, y que ni siquiera temían por ellos mismos.

—Ah —dijo suavemente Yoal— ustedes no conocen el secreto. A pesar del gran desarrollo que ustedes alcanzaron, solo nosotros podemos conquistar la galaxia. —Volvió los ojos hacia los otros, sonriendo con confianza. —Caballeros —dijo—, se justifica nuestro orgullo ante las grandes hazañas de Ganae. Sugiero que retornemos a nuestra nave. Nada tenemos que hacer en este planeta.

Hubo un momento de confusión mientras se formaban las burbujas y Enash se preguntó si el ser de dos piernas intentaría detenerlos. Pero cuando volvió los ojos advirtió que caminaba calmadamente por la calle.

Tal el recuerdo que Enash llevó consigo, mientras la nave comenzaba a desplazarse. Eso, y el hecho de que las tres bombas que arrojaron, una tras otra, no llegaron a explotar.

—No abandonaremos tan fácilmente el planeta —dijo el capitán Gorsid—. Propongo otra entrevista con esa criatura.

Nuevamente estaban flotando sobre la ciudad. Eran Enash, y Yoal, Veed y el comandante. Se oyó una vez más la voz del capitán Gorsid:

—Según veo las cosas —atravesé de la bruma Enash percibió el transparente resplandor de las otras tres burbujas— nos hemos

apresurado a llegar a conclusiones sobre esa criatura... conclusiones que no están justificadas por los datos conocidos. Por ejemplo, cuando despertó, se desvaneció. ¿Por qué? Naturalmente, porque tuvo miedo. Quería ponerse al tanto de la situación. El mismo no se creía omnipotente.

Era lógico. El propio Enash comenzó a sentirse más animado. De pronto le asombró el hecho de que tan fácilmente se hubiera dejado dominar por el pánico. Comenzó a ver el peligro bajo una nueva luz. En todo el planeta sólo un hombre vivo. Si se mostraban resueltos, podía efectuarse el traslado de colonos como si él no existiera. Recordó que lo mismo se había hecho en otras ocasiones. En varios planetas pequeños grupos de las poblaciones originales habían sobrevivido a la destructiva radiación, refugiándose en áreas remotas. En casi todos los casos, los nuevos colonos los destruyeron gradualmente. Pero en dos casos, según recordó Enash, las razas nativas todavía conservaban pequeños sectores de sus planetas. En cada uno de esos casos se había llegado a la conclusión de que no era práctico destruir a los nativos, porque se habría puesto en peligro a los ganaenses que habitaban el planeta. De modo que los sobrevivientes fueron tolerados. Y un solo hombre no ocuparía tanto espacio.

Cuando lo hallaron, estaba muy atareado barriendo el piso bajo de una casita. Se había puesto sandalias y usaba una bata suelta de



material muy brillante. Los miró con calma, pero no dijo palabra.

El capitán Gorsid formuló la propuesta. Enash no tuvo más remedio que admirar la forma en que habló frente a la máquina lingüística. El comandante se mostró muy franco. Se había convenido en proceder de ese modo. Señaló que no podía suponerse que los ganaenses se dedicaran a revivir a los muertos del planeta. Dicho altruismo sería antinatural, si se tenía en cuenta que las masas de ganaenses en constante crecimiento necesitaban continuamente nuevos mundos. Cada nuevo y amplio incremento de la población era un problema que podía resolverse de un solo modo. En este caso, los colonos respetarían de buena gana los derechos del único sobreviviente del planeta.

En ese momento el hombre interrumpió la exposición.

—Pero, ¿cuál es el propósito de esa interminable expansión? —Parecía auténticamente asombrado—. ¿Qué ocurrirá cuando ustedes hayan ocupado todos los planetas de esta galaxia?

Los asombrados ojos del capitán Gorsid se encontraron con los de Yoal, luego se volvieron hacia Veed, y hasta Enash. Este último se encogió de hombros y experimentó compasión por la criatura. El hombre no comprendió y posiblemente nunca comprendería. Era el antiguo problema de dos puntos de vista diferentes, el viril y el decadente, la raza que aspiraba a las estrellas y la raza

que rechazaba el llamado del destino.

—¿Por qué —insistió el hombre— no controlan las cámaras de reproducción?

—¿Y que derroquen al gobierno? —inquirió a su vez Yoal.

Habló en actitud tolerante, y Enash advirtió que los otros sonreían ante la ingenuidad del hombre. Sintió que el abismo intelectual entre ellos se ensanchaba. Aquella criatura no entendía la naturaleza de las fuerzas vitales y naturales que influían sobre el proceso. El hombre habló nuevamente:

—Bien, si ustedes no las controlan, lo haremos nosotros por ustedes.

Reinó entonces el mayor silencio.

Los miembros del grupo comenzaron a adoptar una actitud más firme. Enash lo sintió en sí mismo, y vio que lo mismo les ocurría a los demás. Su mirada se posó, uno tras otro, en los miembros del grupo, y finalmente volvió a la criatura que estaba en el umbral. Enash pensó —y no era la primera vez que ello le ocurría— que su enemigo parecía impotente. “Caramba”, pensó, “podría cerrar mis ventosas sobre él y aplastarlo”.

Se preguntó si el control mental de las energías nucleónica, nuclear y gravitatoria incluía la capacidad de defenderse de un ataque macroscópico. Sospechó que la respuesta era afirmativa. La exhibición de fuerza realizada dos horas antes quizá tenía limi-

tes, pero en todo caso ello no era muy evidente. La fuerza o la debilidad no modificaban la situación. Se había pronunciado la amenaza peor que pudiera concebirse: “Si ustedes no controlan las cámaras... lo haremos nosotros”.

Las palabras resonaron en el cerebro de Enash y a medida que el significado de las mismas penetraba más profundamente, su propia soledad desapareció. Siempre se había considerado un espectador. Momentos antes, cuando argüía contra el resucitamiento, tenía conciencia de que un sector de su persona contemplaba la escena en lugar de participar en ella. Advirtió con nítida claridad que ésa era precisamente la razón de que finalmente hubiera cedido ante la convicción de los otros. Y al remontarse a días más remotos, comprendió que nunca se había considerado participante de la captura de los planetas de otras razas. Era el individuo que contemplaba la realidad y pensaba en ella, y reflexionaba sobre las posibilidades de una vida que aparentemente carecía de significado. Pero ahora ya no carecía de sentido. Se sintió arrastrado por una oleada de irresistible emoción, impulsado vigorosamente hacia adelante. Sintió que se sumergía, que se fusionaba con el ser masivo de Ganae. Todo el vigor y la voluntad de la raza bulleron en sus venas.

—Criatura —rugió—, si tienes esperanzas de revivir a tu raza muerta, abandónalas ya mismo.

El hombre lo miró, pero nada dijo. Enash continuó hablando.

—Si pudiera destruirnos, ya lo habría hecho. Pero la verdad es que usted opera dentro de ciertos límites. Nuestra nave está construida de manera que sea imposible iniciar en ella una reacción en cadena. Por cada lámina de material potencialmente inestable hay una lámina que contrarresta el efecto de la primera, lo cual impide la formación de una pila crítica. Usted también podría iniciar explosiones en nuestros motores, pero también ellas tendrían un efecto limitado, y no producirían otro resultado que el de iniciar el proceso para el que fueron construidas las máquinas... y se verían confinadas al espacio apropiado.

Advirtió que Yoal le tocaba el brazo.

—Cuidado —dijo el historiador—. En su justa cólera no revele informaciones vitales.

Enash se sacudió la ventosa que lo contenía.

—Mostrémonos realistas —dijo secamente—. Esta criatura ha adivinado la mayoría de nuestros secretos raciales, y según parece lo ha logrado nada más que mirando nuestros cuerpos. Sería infantil de nuestra parte presumir que no ha comprendido ya las posibilidades de la situación.

—¿Enash! —llamó el capitán Gorsid con voz imperativa.

Con la misma rapidez que lo había dominado, se atenuó la cólera de Enash. Retrocedió un paso.



—Sí, comandante.

—Creo adivinar lo que se proponía —afirmó el capitán Gorsid—. Le aseguro que estoy totalmente de acuerdo, pero creo que yo, en mi condición de oficial ganaense superior, debo pronunciar el ultimátum.

Se volvió. Su cuerpo espinoso se inclinó hacia el hombre.

—Usted pronunció la amenaza imperdonable. En efecto, nos ha dicho que se proponía limitar el indómito espíritu de Ganae.

—El espíritu, no —dijo el hombre.

El comandante ignoró la interrupción.

—Por consiguiente, no nos queda alternativa. Suponemos que, si dispone de tiempo para localizar los materiales y preparar los instrumentos, usted podría armar un reconstructor. En nuestra opinión, si supiera cómo hacerlo, esa tarea le insumiría por lo menos dos años. Es una máquina inmensamente complicada, y no será trabajo fácil para el único sobreviviente de una raza que renunció a sus máquinas milenios antes de que fuera abatida por el desastre.

—Ustedes no tuvieron tiempo de construir una nave espacial —continuó el capitán Gorsid—. Tampoco les daremos tiempo de preparar un reconstructor.

—Dentro de pocos minutos nuestra nave comenzará a arrojar bombas, es posible que usted pueda impedir las explosiones en las cercanías. Por consiguiente, comenzaremos por la otra cara del

planeta. Si también allí conseguimos impedir nuestra acción, llegaremos a la conclusión de que necesitamos ayuda. Después de seis meses de viajar a la máxima aceleración, podemos llegar al punto en que el planeta ganaense más próximo podrá escuchar nuestros mensajes. Enviarán una flota tan numerosa que todos sus poderes de resistencia serán superados. Arrojarán un centenar o un millar de bombas por minuto, y así lograremos devastar todas las ciudades, de manera que no quedará ni un grano de polvo de los esqueletos de su pueblo.

—Tal es nuestro plan. Y así se hará. Ahora, haga lo que esté a su alcance para darnos, pues estamos en sus manos.

El hombre meneó la cabeza.

—¡Nada haré... ahora! —dijo. Se interrumpió, y luego agregó reflexivamente—: Su razonamiento es bastante correcto. Bastante... Por supuesto, no soy todo poderoso, pero me parece que ustedes olvidaron un pequeño detalle. No les diré cuál. Y ahora —dijo—, les deseo buenos días. Vuelvan a su nave y pónganse en marcha, pues tengo mucho que hacer.

Enash se había mantenido inmóvil, consciente de la cólera que comenzaba a dominarlo nuevamente. Y de pronto, con un ruido sibilante, se lanzó hacia adelante, las ventosas extendidas. Ya casi tocaba la piel reluciente... y entonces le ocurrió algo.

Se encontró de regreso en la nave.

No recordaba haber realizado ningún movimiento, ni sentía que lo hubieran aturdido o dañado. Observó que Veed, Yoal y el capitán Gorsid estaban a su lado, tan asombrados como él mismo. Enash permaneció inmóvil, pensando en lo que el hombre había dicho: "...han olvidado un pequeño detalle". ¿Olvidado? Eso significaba que lo conocían ¿Cuál podía ser? Aún estaba reflexionando en ello cuando Yoal dijo:

—Es casi seguro que nuestras bombas no tendrán el menor efecto.

Efectivamente, así fue.

• • •

A la distancia de cuarenta y siete años luz de la Tierra, Enash fue llamado a los salones del consejo. Yoal lo saludó con voz débil.

—El monstruo está a bordo.

Con violencia de trueno la noticia conmovió a Enash, y entonces, súbitamente, comprendió lo ocurrido.

—A eso se refería cuando dijo que habíamos olvidado algo —dijo finalmente, en voz alta y reflexiva—. Que él puede viajar a voluntad por el espacio, dentro de ciertos límites... ¿Cuál fue la cifra que usó en una de sus frases? Ah, sí, noventa años luz.

Suspiró. No le sorprendía que los ganaenses, que tenían que usar naves, no hubieran pensado inmediatamente en esa posibilidad. Lentamente comenzó a retraerse de la realidad. Ahora que se había producido el choque, se sintió viejo y cansado, y una par-

te de su mente comenzó a refugiarse nuevamente en el anterior estado de soledad. Pocos minutos después conocía la historia completa. El ayudante de uno de los físicos, en camino hacia el depósito, había observado la figura de un hombre en uno de los corredores inferiores. En una nave tan fuertemente tripulada era extraño que el intruso hubiese evitado ser descubierto antes. Enash tuvo una idea.

—Después de todo, no nos dirigimos a uno de nuestros planetas. ¿Cómo cree que podrá utilizarnos para localizarlo si solo utilizamos la televisión?— Se interrumpió. Sí, claro, de eso se trataba. Sería preciso utilizar rayos direccionales de televisión, y el hombre viajaría en dirección apropiada tan pronto se estableciera contacto.

Enash vio la decisión en los ojos de sus compañeros, la única decisión posible dadas las circunstancias. Y a pesar de todo se le ocurrió que estaban omitiendo un punto vital. Se acercó lentamente a la gran pantalla de televisión situada en un extremo de la cámara. En ella se reflejaba una imagen tan nítida, tan vívida, tan majestuosa que la mente desacomtumbrada se habría apartado de ella como sacudida por un rudo golpe. Aún él, que conocía la escena, se sintió agobiado por un sentimiento de opresión, una sensación de inconcebible vastedad. Era la imagen televisada de una sección de la Vía Láctea. Cuatrocientos millones de estrellas



vistas a través de telescopios que podían recoger la luz de un punto rojo a treinta mil años luz de distancia.

La pantalla de televisión tenía veinticinco yardas de diámetro... una escena sin igual en todo el universo. Otras galaxias no tenían tantas estrellas.

Sólo uno de cada doscientos mil de esos soles resplandecientes tenía planetas.

Tal el hecho colosal que ahora los obligaba a un acto irrevocable. Con aire fatigado, Enash echó una ojeada alrededor.

—El monstruo ha sido muy inteligente —dijo serenamente—. Si seguimos avanzando, viaja con nosotros, obtiene un reconstructor, y retorna a su planeta por sus propios métodos. Si utilizamos los rayos direccionales, se desplazará ayudado por ellos, obtiene un reconstructor y nuevamente llega primero a su planeta. En cualquiera de ambos casos, cuando nuestras flotas lleguen allí habrá resucitado a suficiente número de semejantes como para frustrar nuestros ataques.

Movió el torso. El cuadro era preciso, de ello estaba seguro, pero todavía parecía incompleto.

—Ahora tenemos una ventaja —observó con voz lenta—. Sea cual fuere nuestra decisión, no hay una máquina lingüística que le permita enterarse de nuestros planes. Podemos ejecutarlos sin que él sepa qué nos proponemos. El monstruo sabe que nadie, ni él ni nosotros, puede volar la na-

ve. De modo que sólo nos queda una alternativa real.

El capitán Gorsid rompió el silencio que siguió.

—Bien, caballeros, creo que sabemos a qué atenernos. Fijaremos la velocidad de los motores, volaremos los controles y lo llevaremos con nosotros.

Se miraron unos a otros, y el orgullo de la raza se reflejaba en los ojos de todos. Enash tocó con sus ventosas las de los otros, uno por vez.

Una hora después, cuando el calor ya era considerable, Enash concibió un pensamiento que lo impulsó a avanzar tambaleándose hacia el comunicador para llamar a Shuri, el astrónomo.

—Shuri —gritó—, cuando el monstruo despertó por primera vez... el capitán Gorsid no consiguió que sus subordinados destruyeran los localizadores. Nunca se nos ocurrió preguntarles el motivo de la demora. Pregúnteles... pregúnteles...

Hubo una pausa, y luego la voz de Shuri llegó débilmente sobre el rugido de la estática.

—No... pudieron... entrar... en el salón... La puerta... estaba cerrada.

Enash se desplomó. Comprendió que habían olvidado más de un punto. El hombre había despertado, y comprendido la situación; y al desaparecer se dirigió a la nave, y allí descubrió el secreto del localizador y posiblemente también el secreto del reconstructor... si es que no lo conocía ya. Cuando reapareció ya tenía todo lo

que necesitaba. El resto había sido ideado con el fin de impulsarlos al gesto de desesperación de lanzar la cosmonave contra un sol.

Y ahora, unos minutos más y abandonaría la nave, seguro de que al poco tiempo ninguna mente extraña conocería la existencia de su planeta. Y consciente también de que su raza retornaría a la vida, para no perecer jamás.

Enash consiguió incorporarse, se aferró al comunicador, y a gritos expresó las conclusiones a

que había llegado. No hubo respuesta. Del aparato brotaron los sonidos estáticos de una energía incontrolable e inconcebible. Mientras pugnaba por acercarse al transmisor de materia el calor quemaba su piel blindada. El aparato le arrojó una llamarada púrpura. Volvió al comunicador gritando y aullando.

Seguía gimiendo pocos minutos después, cuando la poderosa nave se hundió en el núcleo de un sol azul y blanco.



## EN DESGRACIA

*Trofim Lysenko, el genetista que tanto dio que hablar al sostener que los caracteres adquiridos podían ser heredados, ha entrado en el crepúsculo definitivo: la agencia Tass, de Moscú, anuncia que lo han radiado del último cargo científico que aún ocupaba. El ex dictador de la ciencia soviética sufre ahora en carne propia lo que él hizo padecer a muchos científicos de valor.*

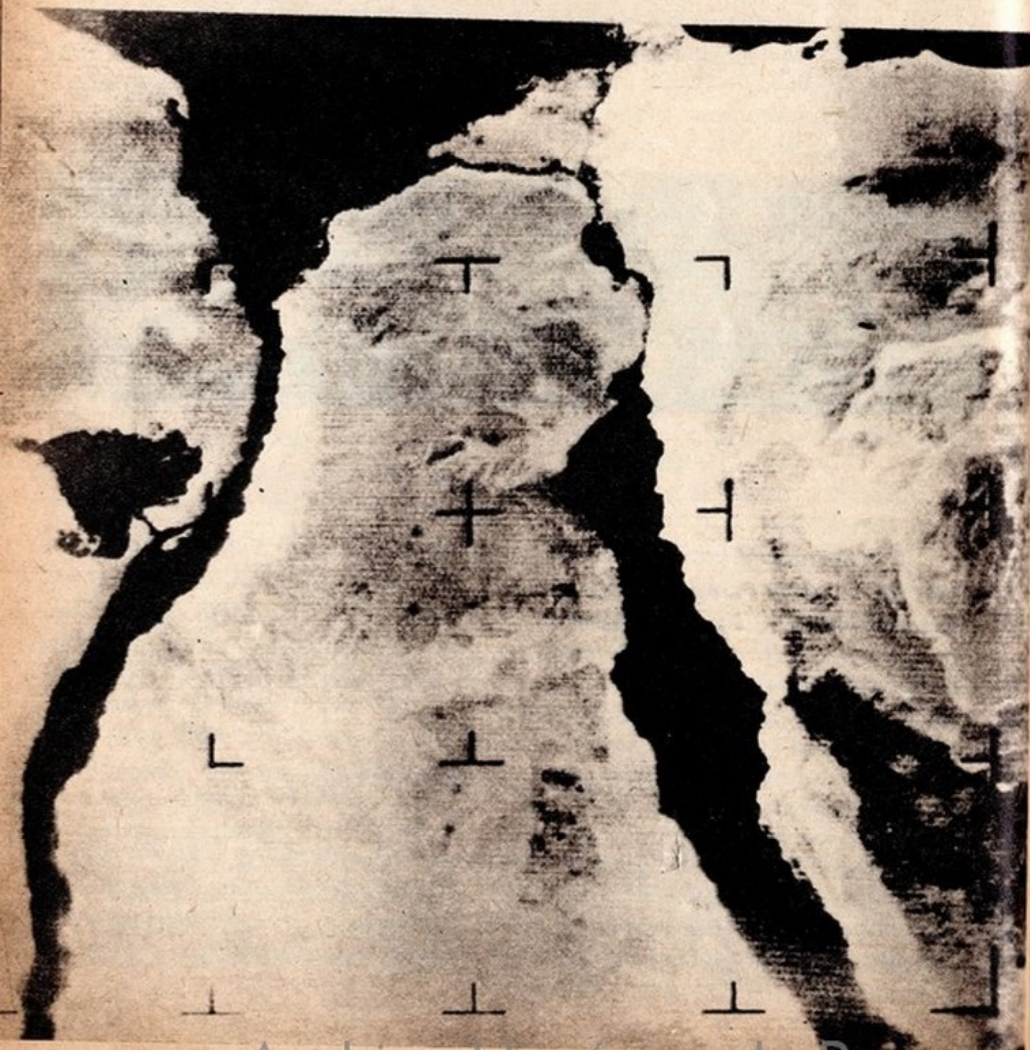
## ENFERMOS ASTRONAUTAS

*La carrera espacial produce resultados inesperados. Uno de ellos es el traje de astronauta para enfermos. Se piensa que si se enfunda a un enfermo en un traje espacial, se lo liberará de los cambios externos de presión y temperatura. Tal, al menos, lo que dice el "Hospital Journal", de los Estados Unidos.*



# EL OJO QUE TODO LO VE

*El delta del Nilo, en plena inundación anual.*



El Nimbus, satélite destinado a la observación meteorológica, ha resultado un estupendo fotógrafo: a la izquierda podemos apreciar algunos de los trabajos hechos con las cuatro cámaras RCA que lleva a bordo. Inglaterra, Francia, España, parte de Africa, aparecen como si las fotos fueran mapas.

Como meteorólogo, en cambio, el Nimbus no ha estado tan feliz: cuando lo lanzaron quedó en una órbita elíptica en lugar de la órbita circular prevista. el 22 de setiembre enmudeció totalmente cuando, al cerrársele las pantallas con las baterías solares, quedó sin energía. Pero el Nimbus no está muerto todavía: el ocho de diciembre, debido al cambio de estación, las baterías solares revivieron en parte y el satélite volvió a transmitir datos meteorológicos. Aunque no ha vuelto a sacar más fotografías.



# IMPULSO

ERIC FRANK RUSSELL

Ilustró EDUARDO ARNAU

*Nunca hubo un más extraño intento de invasión. Ni más atroz*

Era la noche libre de su recepcionista, y el doctor Blain tuvo que responder personalmente al timbre de la sala de espera. Maldiciendo mentalmente la prolongada ausencia de Tod Mercer, su factótum general, cerró la tapa de la probeta, sacó de abajo el vaso de líquido neutralizado y lo colocó sobre un estante.

Apresuradamente introdujo una espátula plegable en un bolsillo del chaleco, se restregó las manos, lanzó una breve mirada al pequeño laboratorio. Luego su silueta alta y enjuta se dirigió hacia la sala de espera.

El visitante estaba repantigado en una butaca. El Dr. Blain lo observó: un individuo cadavérico, con ojos de pescado, piel moteada y manos pálidas y entumecidas. La ropa del hombre no le sentaban mejor que una bolsa de arpillera.

Blain lo juzgó un caso de úlcera perniciosa, o si no un esperanzado vendedor de seguros, que

él no tenía ninguna intención de suscribir. De cualquier modo, decidió, la expresión del hombre tenía una contorsión extraña. Le daba escalofríos.

—¿El Dr. Blain, verdad? —dijo el hombre de la butaca. Su voz surgía como a borbotones, lentamente, voz de trasmundo; su sonido hizo estremecerse la columna vertebral de Blain.

Sin esperar respuesta, y con sus ojos muertos clavados en Blain, el visitante prosiguió:

—Somos un individuo cadavérico, con ojos de pescado, piel moteada y manos pálidas y entumecidas.

Sentándose bruscamente, el doctor Blain se aferró a los brazos del sillón, hasta que sus nudillos sobresallieron como ampollas. Su visitante continuó hablando gangosamente, con voz lenta e imperturbable.

—Nuestra ropa no nos sienta mejor que una bolsa de arpillera. Somos un caso de úlcera pernicio-

sa, o si no un esperanzado vendedor de seguros que usted no tiene ninguna intención de suscribir. Nuestra expresión tiene una contorsión extraña y le da escalofríos.

El hombre movió un ojo casi putrefacto para mirar con sorna y con horrible falta de brillo, al anonadado Blain. Agregó:

—Nuestra voz surge a borbotones, y su sonido le hace estremecer la columna. Tenemos ojos putrefactos que lo miran con sorna, con una falta de brillo que usted considera horrible.

Con un esfuerzo brutal, Blain se inclinó hacia adelante, temblando, rojo el rostro. Sus cabellos grises se erizaban en su nuca. Antes de que pudiera abrir la boca, su interlocutor dijo las palabras no pronunciadas:

—¡Santo cielo! ¡Usted ha estado leyendo mis pensamientos!

Las frías órbitas del hombre quedaron fijas en el sorprendido rostro de Blain cuando éste se puso de pie de un salto. Luego dijo, brevemente, simplemente:

—¡Siéntese!

Blain permaneció de pie. Pequeñas gotas de transpiración surgían de la piel de su frente y descendían por su rostro tenso y fatigado.

Con mayor urgencia, como previniéndole, el otro dijo entrecortadamente:

—¡Siéntese!

Blain se sentó; sus piernas estaban extrañamente débiles en las rodillas. Miró fijamente la fantasmal palidez del rostro de

su interlocutor y tartamudeó:

—¿Qui... quién diablos es usted?

—¡Eso! —arrojó un recorte a Blain.

Una mirada casual, seguida por una más detenida. Luego Blain protestó:

—Pero esto es el informe de un periódico sobre un cadáver que robaron de la morgue.

—Correcto —expresó el ser frente a él.

—Pero, no entiendo —los rasgos tensos de Blain demostraban su confusión.

—Esto —dijo el otro, señalando con un dedo incoloro su deformado chaleco— es el cadáver.

—¡Qué! —Por segunda vez, Blain se incorporó. El recorte cayó de sus dedos insensibles, descendió sobre la alfombra. Contempló la cosa que estaba sobre el sillón, expulsó su respiración en un fuerte silbido, y buscó vanamente palabras.

—Este es el cadáver —repitió el hombre. Su voz sonaba como si pasara a través de una capa de espeso petróleo. Señaló el recorte: Usted no miró la fotografía. Mírela. Compárela con la que tenemos nosotros.

—¿Nosotros? —preguntó Blain, con la mente hecha un torbellino.

—¡Nosotros! Somos muchos. Nos apoderamos de este cuerpo. Siéntese.

—Pero...

—¡Siéntese! —La criatura del sillón deslizó una mano fría y blanca del arrugado chaleco, sacó



un gran revólver y apuntó torpemente. Para Blain, la boca del arma parecía abrirse absurdamente. Se sentó, volvió a tomar el recorte y miró detenidamente la fotografía.

La leyenda decía: "James Winstanley Clegg, cuyo cuerpo desapareció misteriosamente anoche de la morgue de Simmstown".

Blain miró a su visitante, luego a la fotografía, luego a su visitante nuevamente. Los dos eran el mismo. La sangre comenzó a latir en sus arterias.

El revólver bajó, osciló, subió una vez más.

—Sus preguntas son anticipadas —musitó el ya fallecido James Winstanley Clegg—. No, este no es un caso de resurrección espontánea de un cataléptico. Su idea es ingeniosa, pero no explica la lectura del pensamiento.

—¿Entonces éste es un caso de qué? —preguntó Blain con repentino coraje.

—Confiscación — sus ojos brincaron macabramente—. Hemos entrado en posesión. Ante usted está un hombre poseído —se permitió una risita espectral—. Parece que en vida su cerebro estaba dotado de cierto sentido del humor.

—Con todo, yo no puedo...

—¡Silencio! —el revólver se balanceó para enfatizar la orden—. Nosotros hablaremos; usted escuchará. Nosotros comprendemos sus pensamientos.

—Muy bien —el Dr. Blain se recostó en su sillón, y mantuvo

alerta su mirada en la puerta. Estaba convencido que tenía que tratar con un loco. Sí, un maníaco, a pesar de la lectura del pensamiento, a pesar de esa foto en el recorte.

—Hace dos días —borboteó Clegg, o lo que fuera una vez Clegg— un así llamado meteoro cayó fuera de esta ciudad.

—Leí sobre el asunto —admitió Blain—. Lo buscaron, pero no lo pudieron encontrar.

—Ese fenómeno era en realidad un navio espacial —el revólver se encorvó en la mano floja; quien lo sostenía apoyó el arma en su regazo—. Era una nave espacial que nos había traído desde nuestro mundo de Glantok. La nave era demasiado pequeña para los "standards" de ustedes. Pero también nosotros somos pequeños. Muy pequeños. Somos submicroscópicos y nuestro número es infinito.

—No, gérmenes inteligentes no —el fantasmal individuo arrebató el pensamiento de la mente del que lo escuchaba—. Todavía menos que eso —hizo una pausa mientras trataba de buscar palabras más explícitas—. En la masa, nos parecemos a un líquido. Podría considerarnos como un virus inteligente.

—¡Oh! —Blain se esforzó en calcular el número de saltos necesarios para llegar hasta la puerta y hacerlo sin revelar sus pensamientos.

—Nosotros los glantokianos somos parásitos en el sentido de

que habitamos y controlamos los cuerpos de criaturas inferiores. Llegamos aquí, a su mundo, ocupando el cuerpo de un pequeño mamífero glantokiano.

Tosió, con un viscoso rumor en el fondo de su garganta, y luego continuó:

—Cuando aterrizamos y salimos, un perro persiguió a nuestro animal y lo cazó. Nosotros nos apoderamos del perro. Nuestro animal murió cuando lo abandonamos. El perro era inútil para nuestro propósito, pero sirvió para transportarnos a su ciudad y encontrar este cuerpo. Adquirimos el cadáver. Cuando abandonamos al perro, cayó sobre el lomo y se murió.

La puerta exterior crujió con un repentino sonido áspero que llavó a los tensos nervios de Blain a punto de estallar. Pasos leves resonaron en el sendero de asfalto que llevaba a la puerta de entrada. Esperó, conteniendo el aliento, alerta los oídos, abiertos de par en par los ojos por la aprensión.

—Tomamos este cuerpo, licuamos la sangre coagulada, aflojamos las articulaciones rígidas, ablandamos los músculos muertos y lo hicimos caminar. Parece que su cerebro era bastante inteligente en vida, y aun muerto registra sus recuerdos. Utilizamos el conocimiento de este cerebro muerto para pensar en términos humanos y conversar con usted a su manera.

Los pasos que se aproximaban estaban cerca, muy cerca. Blain

desplazó los pies hacia una posición sólida sobre la alfombra, afianzó sus manos en los brazos del sillón y trató de controlar sus pensamientos. El otro no se fijó en lo más mínimo, pero mantuvo su rostro macilento vuelto hacia Blain y continuó lentamente modulando sus palabras:

—Bajo nuestro control, el cuerpo robó estas ropas y esta arma. Su propia mente difunta registraba el propósito del arma y nos dijo cómo debía usarse. También nos informó sobre usted.

—¿Sobre mí? —sorprendido, el Dr. Blain se inclinó hacia adelante, movió los brazos y calculó que su presunto salto apenas superaría el levantarse del revólver que estaba frente a él. Afuera, los pies habían alcanzado los escalones.

—No es prudente —advirtió la criatura que pretendía ser un cadáver. Levantó el revólver con letárgica mano—. Sus pensamientos no solamente son observados, sino que se anticipan sus conclusiones.

Blain se relajó. Los pies subían los escalones hacia la puerta de entrada.

—Un cuerpo muerto es meramente algo temporario —moduló el otro—. Debemos tener uno vivo, con pocos o ningún disturbio orgánico. A medida que crecemos, debemos tener más cuerpos. Desgraciadamente, la susceptibilidad de los sistemas nerviosos está en relación directa con la inteligencia de sus poseedores.

Abrió la boca, y luego pareció



—¡Estúpideces! —el ex Clegg caminó en torno de la camilla con pasos lentos y arrastrados—. Como observamos antes, usted trata de ganar tiempo. Su propio cerebro lo denuncia —se detuvo bruscamente cuando la joven desvanecida murmuró vagas palabras y trató de incorporarse—. ¡Rápido! ¡El anestésico!

Antes de que ninguno de los dos pudiera moverse, la joven se sentó. Se irguió y clavó sus ojos en un rostro fantasmal que tétricamente gemía a treinta centímetros del suyo. Se estremeció y dijo lastimeramente:

—Déjeme ir. Déjeme ir de aquí. ¡Por favor!

Una mano entumecida se adelantó para empujarla. Ella se echó hacia atrás para evitar el contacto de esa carne repugnante.

Aprovechando esa escasa distracción, Blain deslizó una mano detrás de su espalda, buscando a tientas un atizador de adorno en la pared. El revólver se volvió hacia él cuando sus dedos hallaban el arma improvisada y se cerraban en torno del frío metal.

—Se olvida usted —fuegos diminutos centellearon en las órbitas borroneadas del otro—. La comprensión mental no es limitada en su dirección. Lo vemos aun cuando estos ojos estén en otra parte —el revólver se desplazó para señalar a la joven—. Ataque a ese cuerpo.

Obedientemente, el Dr. Blain buscó las correas y ató seguramente a la joven a la camilla. El cabello del médico estaba lacio,

húmedo el rostro, cuando se inclinó sobre ella y aseguró las hebillas. La miró con un valor difícilmente justificado y le susurró:

—Paciencia... no tema.

Lanzó una mirada significativa al reloj que repetía su tic-tac contra la pared. Las agujas indicaban las ocho menos dos minutos.

—De modo que espera ayuda —bulleron los matices de una miríada de individuos—. Tod Mercer, su peón, que tendría que estar aquí antes. Usted piensa que puede ayudarlo, aunque tiene poca fe por las pocas dotes que él posee. En opinión de usted, es un torpe buey, demasiado estúpido para diferenciar sus pies de sus manos.

—¡Usted es un demonio! —juró el Dr. Blain ante tal exposición de sus pensamientos.

—Dejemos que ese Mercer venga. Será útil... ¡para nosotros! Somos bastantes como para dos cuerpos, y aun un tonto vivo es mejor que un cadáver educado —los labios anémicos se curvaron en un gesto que reveló los dientes secos—. Mientras tanto, ocúpese de ese cuerpo.

—No creo tener éter —protestó Blain.

—Tiene algo que servirá. ¡Su corteza cerebral lo está gritando! Sea rápido, si no perderemos la paciencia y nos apoderaremos de usted a expensas de su cordura.

Tragando con dificultad, Blain abrió un cajón y extrajo una máscara. Puso los ganchos en su al-





mohadilla de gasa de algodón y colocó la máscara sobre la nariz de la espantada muchacha. Se sintió seguro para hacerle un guiño reconfortante. Un guiño no es un pensamiento.

Abrió el armario una vez más, permaneció frente a él, convocó a todas sus facultades y obligó a su mente a recitar "éter, éter, éter". Al mismo tiempo, impulsó su mano hacia una botella de ácido sulfúrico concentrado. Hizo un esfuerzo poderoso para lograr su doble propósito, y sus dedos se acercaron más y más a la botella. La tomó.

Forzando cada fibra de su ser para hacer algo mientras su mente estaba fija en otra cosa, se volvió, quitando el tapón de vidrio al mismo tiempo. Entonces permaneció inmóvil, con la botella abierta en su mano derecha. La figura de la muerte estuvo inmediatamente frente a él, levantando el revólver.

—Eter —dijeron burlescamente las cuerdas vocales de Clegg—. Su mente consciente aullaba "éter!" mientras su mente subconsciente susurraba "¡ácido!". ¿Piensa usted que su inteligencia inferior puede competir con la nuestra? ¿Piensa que puede destruir lo que ya está muerto? ¡Imbécil! —el revólver se adelantó—. La anestesia, sin demora.

Sin dar ninguna respuesta, el Dr. Blain repuso el tapón en el cuello de la botella y la volvió a colocar en donde la había sacado. Mas deliberadamente, desplazándose con máxima lentitud, cru-

zó la habitación hacia un armario más pequeño, lo abrió y sacó una botellita de éter. La colocó sobre el radiador y comenzó a cerrar el armario.

—¡Sáquela de allí! —graznó una increíble voz en un agudo tono de premura. El revólver emitió un "clic" de advertencia cuando Blain arrebató la botella—. ¿De modo que esperaba que el radiador haría evaporar el líquido bastante rápido para que la botella estallase, eh?

El Dr. Blain no dijo nada. Tomando el mayor tiempo posible llevó el líquido volátil hacia la camilla. La joven lo vio acercarse, desmesuradamente abiertos los ojos por la aprensión. Emitió un suave sollozo. Blain lanzó una mirada al reloj, pero, a pesar de su rapidez, su verdugo captó el pensamiento y sonrió.

—Aquí está él.

—¿Quién está aquí? —preguntó Blain.

—Su empleado, Mercer. Está afuera, a punto de entrar por la puerta del frente. Percibimos los fútiles devaneos de su mente perniciosa. Usted no ha sobreestimado la poca inteligencia que ese tipo posee.

La puerta de entrada se abrió, confirmando la profecía. La joven luchó por levantar la cabeza, llenos de esperanzas sus ojos.

—Mantenga la boca abierta con algo —articuló la voz con control ajeno—. Entraremos por la boca —hizo una pausa, al escucharse fuertes pasos sobre la esterilla de la puerta de entrada—. Y llame

me a ese tonto. Lo usaremos también.

Las venas se hincharon en su frente cuando el Dr. Blain llamó: —¡Tod! ¡Ven aquí!

Encontró una mordaza dental, jugueteó con su trinquete.

La excitación tenía en suspenso a sus nervios, de los pies a la cabeza. Ningún revólver podía disparar en dos direcciones al mismo tiempo. Si podía desplazar al idiota de Mercer hacia la posición justa y hacerle comprender... si pudiera estar él de un lado y Tod del otro...

—No trate de hacerlo —aconsejó el animado Clegg—. Ni lo piense siquiera. Si lo hace, terminaremos por tenerlos a los dos.

Tod Mercer entró pesadamente en la habitación, golpeando la esterilla con sus pesadas suelas. Era un hombre corpulento, con anchos hombros que surgían bajo una cara regordeta, de luna llena, con una barba de dos días. Se detuvo cuando vio la camilla y la joven. Sus ojos estúpidos, muy abiertos, pasaron de la muchacha al médico.

—Diablos, doctor —dijo, como de mala gana—. Tuve un pinchazo y tuve que cambiar gomas en el camino.

—No importa —expresó un sonido sardónico detrás de él—. Has llegado con tiempo de sobra.

Tod se volvió lentamente, retorciendo sus botas como si cada una pesase una tonelada. Miró a la cosa que había sido Clegg y dijo:

—Perdón, señor. No sabía que usted estaba acá.

Sus ojos bovinos recorrieron sin interés el cadáver viviente, el revólver que apuntaba, luego giraron lentamente hacia el agitado Blain. Tod abrió la boca para decir algo. La cerró; una mirada de leve sorpresa apareció en su rostro redondo; sus ojos volvieron hacia el revólver nuevamente.

Esta vez, la mirada no duró una décima de segundo. Sus ojos comprendieron lo que veían. Balanceó un puño, grande como un jamón, con sorprendente rapidez, y lo incrustó en el horrible rostro del que fuera Clegg. El golpe fue dinamita, dinamita pura. El cadáver se desplomó con un tambor que sacudió a la habitación.

—¡Rápido! —estalló el doctor Blain—. Sácale el revólver.

Saltó por encima de la camilla —joven y todo—, aterrizó pesadamente y lanzó un puntapié hacia el arma, todavía aferrada por una mano fofa.

Tod Mercer permaneció confuso, girando los ojos de un lado a otro. El revólver explotó como un trueno; la bala golpeó el borde tubular de metal de la camilla, rebotó con un ruido semejante al de una sierra circular y arrancó un trozo de yeso de la pared opuesta.

Blain pateó frenéticamente hacia la muñeca cadavérica, y falló el golpe cuando el otro la apartó con un salto. El arma disparó de nuevo. Los vidrios sonaron en el armario más alejado. La joven en la camilla lanzó un grito agudo.



El grito penetró en el torpe cerebro de Mercer y provocó la acción. Bajando repentinamente una bota enorme, aprisionó la muñeca resbaladiza bajo el taco y arrancó el revólver de los fríos dedos. Levantó el arma y apuntó.

—No puedes matarlo de ese modo —aulló Blain. Sacudió a Tod Mercer para recalcar sus palabras—. Llévate a la muchacha fuera de aquí. ¡Vamos de una vez, hombre, por amor del cielo!

La urgencia de Blain no toleraba ningún argumento. Mercer entregó el revólver, fue hacia la camilla, arrancó las correas que sujetaban a la joven que lloraba. Sus brazos enormes la levantaron y la sacaron fuera de la habitación.

Sobre el piso, el cuerpo desvencijado se contraía y luchaba por incorporarse. Sus ojos putrefactos habían desaparecido. Las órbitas se llenaban ahora con agitados charcos de luminosidad verdosa. La boca se abrió al regurgitar lentamente una brillante fosforescencia verde. ¡La prole de Glantock estaba abandonando a su huésped!

El cuerpo se sentó, con la espalda hacia la pared. Los miembros se sacudieron y retorcieron en posturas de pesadilla. Era un disfraz espantoso de ser humano. El verde —un verde brillante y viviente— descendía sinuosamente de sus ojos y boca, y formaba movedizos y torcidos charcos y cullebras sobre el piso.

Blain ganó la puerta con un

salto gigantesco y se apoderó de la botella de éter al pasar junto a la camilla. Se mantuvo en la puerta, temblando. Entonces arrojó la botella en el centro del verde palpitante. Encendió su encendedor automático y lo arrojó tras la botella. La habitación toda explotó en una poderosa llamarada que pronto se convirtió en espantoso infierno.

La muchacha se aferró estrechamente al brazo del Dr. Blain cuando, desde la calle, contemplaban la casa que ardía. Dijo:

—Vine para pedirle que viera a mi hermanito. Creo que tiene paperas.

—Iré en seguida —prometió Blain.

Un sedan se acercó rugiendo por la calle y se detuvo junto a ellos, con el motor todavía en movimiento. Un policía asomó la cabeza y gritó:

—¡Qué horno! Vimos el resplandor desde un kilómetro y medio, por el camino. Llamamos al departamento de bomberos.

—Llegarán demasiado tarde, me temo —dijo Blain.

—¿Asegurado? —inquirió gentilmente el policía.

—Sí.

—¿Todo el mundo estaba fuera de casa?

Blain afirmó con una inclinación de cabeza y el policía comentó:

—Dio la casualidad de que estábamos por aquí, buscando a un loco que se escapó.

El sedan comenzó a marchar.

—¡Eh! —gritó Blain—. ¡Ese lo-

no se llamaba James Winstanley Clegg?

—¿Clegg? —la voz del conductor vino del otro lado del automóvil—. Pero, ese es el tipo cuyo cuerpo desapareció de la morgue cuando el cuidador le dio la espalda por un minuto. Cosa rara, encontraron un perro muerto justo al lado de donde tenía que estar el cuerpo que faltaba. Los periodistas lo están empezando a llamar lobizón, pero para mí es un perro y nada más.

—De todos modos, ese tipo no es Clegg —intervino el primer policía—. Se llama Wilson. Es pequeño, pero de cuidado. Este es —sacó una mano y alcanzó una fotografía a Blain. El médico estudió la imagen a la luz de las llamas. No se parecía en lo más mínimo a su visitante de esa noche.

—Recordaré esa cara —comentó, devolviendo la fotografía.

—¿No sabe nada sobre el misterio de ese Clegg? —inquirió el conductor.

—Sé que está muerto —respondió, en toda verdad, el Dr. Blain.

Pensativamente, observó las llamas que se elevaban al cielo desde su casa. Se volvió hacia Mercer, todavía estupefacto y dijo:

—Lo que me sorprende es cómo te las arreglaste para golpear a ese tipo sin que él anticipara tu intención y te perforara allí donde estabas.

—Vi el revólver, y lo golpeé —Mercer abrió las manos, como si se disculpaba—. Vi que tenía un revólver, y lo golpeé sin pensarlo.

—¡Sin pensarlo! —murmuró el Dr. Blain.

El médico se mordió el labio inferior, y miró el fuego, cada vez mayor. Las maderas del tejado cayeron estrepitosamente y una oleada de chispas voló hacia arriba.

Con la mente, pero no con los oídos, oyó los leves trenos de un gemido extraño, que se tornaron cada vez más débiles y que, por fin, se desvanecieron.





# Poltsi

LUDWIG BEMELMAN

*Un barómetro original. Tan querido, y tan macabro*

Todos pensaron que había pedido más volumen, pero en realidad Nekisch había recibido una gota de lluvia en la punta de su batuta y otra en la palma de la mano.

Hizo callar a la orquesta, miró furiosamente al cielo y después a Ferdinand Loeffler, el concertino. Este se estiró para atrapar una hoja de Finlandia que se volaba, y el público abrió los paraguas y se fue. Los músicos co-

rrieron a refugiarse con sus instrumentos en la sala de conciertos, y Herr Loeffler se dirigió tristemente hacia el foro del amplio escenario, se quitó el largo levitón negro y le sacudió la lluvia.

Allí lo detuvo Nekisch con su batuta. Se la clavó a Herr Loeffler entre los dos botones superiores del chaleco y lo arrinconó contra la elevada plataforma. Ganghofer, el percusionista, le

oyó decir: "Es usted una bestia, Herr Loeffler, no un Konzertmeister, una bestia; es la última vez. Herr Loeffler; no puede hacer bien ni las cosas más sencillas; tenemos un déficit, Herr Loeffler, ya no corren los buenos tiempos de antes, Herr Loeffler. Se lo digo por última, por última vez ¡Adentro! Aquí, en este salón tocamos cuando llueve, y afuera cuando brilla el sol."

Herr Loeffler se puso en silencio su sombrero azul de fieltro, tomó su primer violín y salió a esperar un tranvía que lo llevase al otro extremo de la ciudad, donde el hermano de su mujer, Rudolf, tenía un pequeño café, "Los tres cuervos".

Frau Loeffler, sentada en un rincón del saloncito, leía la Neue Freie Presse, sujeta por un soporte de bambú. Revolvía su café.

—Ah, Ferdi —dijo apretándole la mano—, pero hoy has venido temprano. —Podía leer en la cara de él..., y los dos miraron a través de los ventanales la calle empapada.

—Afuera otra vez —dijo ella, y buscó la primera página de la Neue Presse, donde leyó, en las noticias meteorológicas: "Chaparrones aislados en Viena, tiempo bueno y claro en el Salzkammergut."

—¡Adentro, afuera! —murmuró ella varias veces. Estas dos palabras encerraban el mismo terror que para otras personas se ocultaba en las palabras muerte, fuego, pollicia, bancarrota.

Detrás de un mostrador, al la-

do de la caja registradora, estaba sentada Frieda, la hermana de Frau Loeffler. Esta la señaló con el pulgar de su mano derecha:

—Mira, Ferdi. Mirala a Frieda. Mientras te estuve esperando se comió tres helados, cuatro tajadas de torta de nuez, dos merengues y dos porciones de chocolate, y ahora le está echando el ojo a aquellos pasteles de crema.

—Sí —dijo Herr Loeffler.

—Ay, Ferdi, ¿por qué no tenemos nosotros un pequeño restorán como éste, con huéspedes y diarios y revistas, en lugar de preocuparnos por ese director Nekisch y su adentro y afuera?

—Hoy me llamó bestia, Nekisch —dijo Herr Loeffler—. "Es la última vez", me dijo.

—¿Por quién te ha tomado? ¿Por el Papa? ¿Que lo decida él, si es tan listo! Me vuelvo loco, Ferdi: me paso los días sin dormir, cuando tienes que tocar, informándome sobre el estado del tiempo, preguntando a la gente, mirando las montañas y hasta fijándome si los perros comen hierba. Quise preguntarles a personas del campo, pero tampoco ellos saben. Nunca se puede estar seguro, parecen no venir de ningún lado esas nubes, cuando no quieres que vengan, y cuando tocas adentro y esperas que llueva afuera, brilla el sol, como adrede, ¡y te echan la culpa a ti!

Juntaron sus cuatro manos en silenciosa comunión, poniendo una encima de la otra hasta sobrepasar la altura de un vaso. Frau



Loeffler miró el interior de su pocillo de café y susurró tiernamente:

—Tengo algo que decirte, Ferdi.—al decir esto adoptó un aire tímido, como una niñita, y luego habló al oído de él...

—¡No! —exclamó Loeffler con ojos incrédulos.

—¡Sí, sí, Ferdi —insistió ella.

—¿Cuándo? —preguntó él.

—En enero, hacia mediados de enero..., dijo el doctor Grausbirn...

En los dos conciertos siguientes Loeffler acertó con su pronóstico del tiempo. Brilló el sol y se hicieron afuera. Nekisch volvió a dirigirle la palabra, y Loeffler iba a los conciertos con paso ligero, silbando.

Una mañana, en un ensayo de Till Eulenspiegel, no pudo aguantar más: tenía que anunciarlo. Le palmearon el hombro y le estrecharon la mano. El propio Nekisch descendió del podio y le puso ambas manos sobre los brazos. "Herr Loeffler", le dijo, nada más que "Herr Loeffler".

Pero un buen día, después de la Liebestod, Loeffler, al regresar a su hogar, vio frente a su casa el coche y el caballo del doctor Grausbirn.

Loeffler corrió escaleras arriba y entró en la sala de estar, al tiempo que el doctor Grausbirn salía, por la otra puerta, de la alcoba de su esposa.

—¿Mi mujer? —preguntó Herr Loeffler.

—No —respondió el doctor Grausbirn—, no, Herr Loeffler,

su esposa no. —Y se lavó las manos. Herr Loeffler fue a besar a su pobre mujer y volvió en seguida.

—Herr Doktor —vaciló—, ¿no tendremos...? ¿no seré...?

El doctor Grausbirn cerró el maletín y se abrochó los gemelos.

—Animo, Loeffler; sea hombre —le dijo—. No será padre...

—¿Nunca? —preguntó Herr Loeffler.

—Nunca —afirmó el doctor.

Herr Loeffler se sentó sobre el borde de su silla y, como si se dirigiera a la mesa, que tenía delante, murmuró:

—Le pedimos tan poco a la vida. Siempre quisimos uno. Hasta le habíamos puesto nombre: lo llamamos Putzi... Si Anita hasta le encendía velas a San José, el patrono de los padres. —Y suspiró otra vez.

—¿Por qué me pasa esto a mí? —dijo—. ¿Cómo pudo pasar? Pedimos tan poco.

El doctor Grausbirn le mostró algo al otro lado de la ventana:

—Vea, Herr Loeffler —le explicó—, es así: ¿Ve ese precioso manzano chico que ha florecido tarde? Tiene muchos pimpollos... Después viene el viento —y el doctor extendió su mano y abanicó con ella el aire—: ¡Schrumm! ¡Así! Y algunos pimpollos caen. y la lluvia arranca otros más —y ahora los dedos regordetes del médico imitaban la lluvia—, y brrr, las heladas, y caen más pimpollos. ¡No tienen suficiente fuer-

za! ¿Entiende, Herr Loeffler, lo que quiero decir?

Miraron el arbolito una vez más: estaba lleno de pimpollos, tan lleno que a sus pies la tierra parecía blanca.

—Ese pimpollo, nuestro pobrecito Putzi... —musitó Herr Loeffler.

—Sí —respondió el médico—. ¿Dónde está mi sombrero?

El médico fue a buscar su sombrero, y Herr Loeffler lo acompañó escaleras abajo.

—Si va para el centro... —se ofreció el doctor Grausbirn, abriendo la puerta de su landó. Loeffler asintió y subió al coche.

Al final de la calle estaban pintando un farol. El coche dobló por la avenida arbolada, y una columna de jóvenes soldados los pasó. Cuando dejaron atrás el farol, Herr Loeffler le habló al doctor Grausbirn con vehemencia, pero éste meneó la cabeza:

—No, no, no, no y no, Herr Loeffler. Imposible: no se puede hacer.

—Pedimos tan poco —siguió Herr Loeffler, y remarcando las palabras "el único", "nunca más", "mi pobre mujer"; "caríño", "familia", mientras trataba todo el tiempo de hacer un nudo en la gruesa correa de cuero que colgaba de la puerta del carruaje.

—No —dijo el doctor Grausbirn.

El cochero tiró de las riendas y el caballo se detuvo para dejar pasar a un tranvía y dos automóviles. A Herr Loeffler se le había enrojecido el rostro. Aprovechando los ruidos de los auto-

móviles que arrancaban, de las bocinas y de la campana del tranvía, gritó:

—¡Putzi nos pertenece a nosotros! —y golpeó tres veces con el paraguas el asiento adicional plegado que tenía delante. El cochero se volvió para mirarlo.

—¿Putzi? —preguntó el doctor Grausbirn.

—Nuestro pimpollito —dijo Herr Loeffler, señalando el maletín del médico.

El doctor Grausbirn siguió con la vista el vuelo de una paloma, que se posó en una fuente y bebió en ella. Debajo de la fuente había un perro que, después de comer hierba, corrió rápidamente hasta la cuneta. De allí los ojos del médico se dirigieron a la espalda del cochero y, finalmente, miraron de hito en hito al primer violín, por cuyo rostro se deslizaba una lágrima. El médico puso su mano sobre la rodilla de Loeffler:

—Loeffler, lo haré. No hay ninguna ley..., todos los museos tienen uno. Debidamente preparado, desde luego... en una botella... el lunes que viene... Servus, Herr Loeffler.

—Auf Wiedersehen, Herr Doktor.

Y así Putzi le fue entregado a Herr Loeffler. Este, que tenía muy buena letra, hizo un rótulo precioso para la botella; escribió en él: "Nuestro querido Putzi" y debajo del nombre anotó la fecha.

A la semana siguiente Herr Loeffler falló otra vez en sus pronósticos: llovió para Beetho-



ven, afuera; mientras que para Brahmá, adentro, fue un día de sol. Y el director Nekisch rompió su batuta.

—Váyase, Herr Loeffler —dijo—. Tengo mucha paciencia, pero usted me ha hecho esto demasiadas veces. ¡Sálgase de mi vista, lejos, donde nunca más lo vuelva a ver, bestia de Konzertmeister!

Herr Loeffler volvió a casa caminando...

Putzi permaneció durante un año sobre la chimenea. El día de su cumpleaños le pusieron flores, y en Navidad le colocaron un arbolito con una vela. Ahora Herr Loeffler se pasaba las horas sentado en su sillón, mirando por la ventana afuera, y al pequeño Putzi en su botella, y pensando en el tiempo y en la orquesta, en adentro y afuera.

La Neue Freie Presse casi siempre se equivocaba; y los pronósticos oficiales las más de las veces tampoco acertaban. Nekisch no acertaba nunca; peor aún que cuando era Loeffler el que hacía los pronósticos... Pero Putzi, dentro de su botellita, él sí que no se equivocaba, y con bastante anticipación...

Sin embargo, transcurrieron varios meses antes de que Herr

Loeffler lo advirtiese. Observó atentamente durante unos días más, y entonces se lo dijo a su mujer. Tomó una libreta y un lápiz y trazó una raya horizontal por la mitad de la hoja. En la mitad de abajo escribió "Adentro", y en la superior, "Afuera"; luego se frotó las manos y esperó...

Mucho, mucho antes que la más tenue nube azul asomase por sobre alguna de las altas montañas que rodeaban el hermoso valle de Salzburgo, Putzi podía anunciarlo: se hundía hasta el fondo de su botella, la sombra de dos arrugas surcaban su frentecita, y los escasos pelillos que crecían sobre su mejilla izquierda se rizaban en arrolladas espirales.

En cambio, cuando el sol del día siguiente prometía elevarse a través del aire diáfano de la montaña para brillar todo el día, Putzi nadaba en la parte superior de su botella con una sonrisa liliptiense y mejillas sonrosadas.

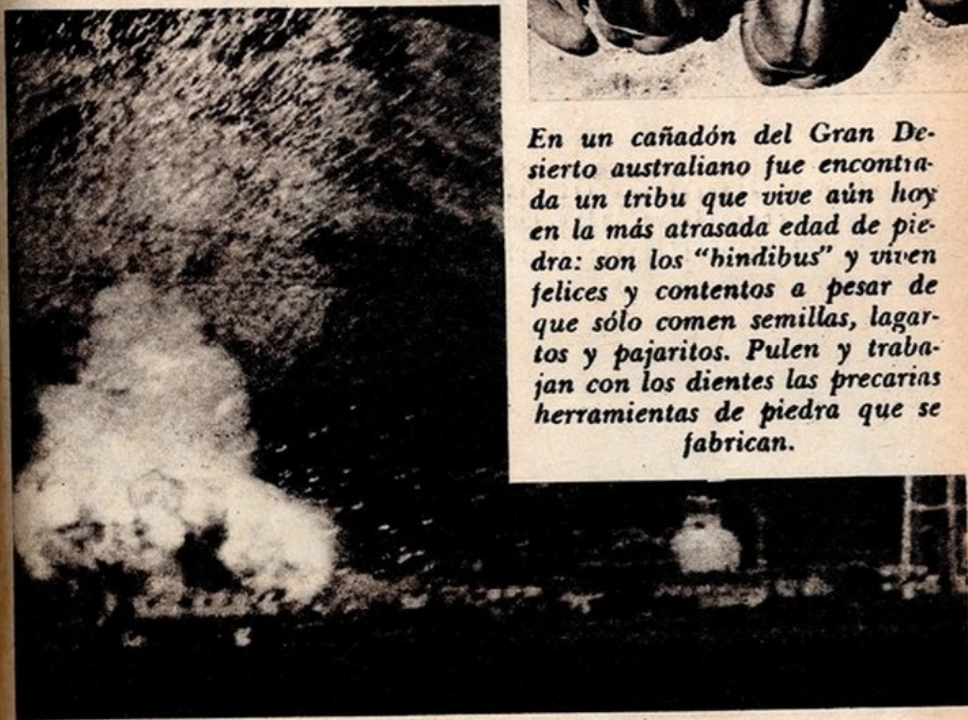
—Vamos, Putzi —dijo Herr Loeffler una vez que estuvo llena la libreta, y se lo llevó junto con las anotaciones a ver a Nekisch...

Herr Loeffler se ha reintegrado a la orquesta: adentro, cuando llueve; afuera, cuando brilla el sol.

## CREASE O NO, SON CONTEMPORANEOS



En un cañadón del Gran Desierto australiano fue encontrada un tribu que vive aún hoy en la más atrasada edad de piedra: son los "hindibus" y viven felices y contentos a pesar de que sólo comen semillas, lagartos y pajaritos. Pulen y trabajan con los dientes las precarias herramientas de piedra que se fabrican.



### ACCIDENTE ATOMICO, INTENCIONAL

Alguna vez un cohete atómico estallará prematuramente en el lugar de lanzamiento... ¿qué pasará entonces?

Los investigadores norteamericanos, que cuentan por lo visto con medios incalculables, decidieron disipar la cuestión con el más simple y directo de los métodos: tomaron un reactor nuclear, lo pusieron en el lugar de lanzamiento, como si fuera un cohete, y lo hicieron estallar mediante un brusco aumento de potencia en el generador: se produjo una violenta emisión de calor y energía que terminó por hacer estallar el reactor. El ensayo se realizó en Jackass Flats, Nevada. (Un nonagenario habitante del pueblo, al ver a la distancia la humareda, recordó con nostalgia los humos que hacían en esas mismas colinas los indios "sioux", cuando él era chico).



# CIENCIA Y TECNICA



*El satélite-telescopio permitirá estudiar estrellas que están a 20.000 millones de años luz.*

## REVOLUCION BOMBERA

La granada "matafuego", hasta ahora de uso limitado a las casas de familia y los autos, conocerá pronto un auge imprevisto: se ha inventado un mortero portátil, a aire comprimido, capaz de lanzar cuatro granadas "matafuegos" cada diez segundos y a distancias vedadas hasta ahora a las más poderosas mangueras; las granadas, al estallar, esparcen una nube de polvo antiincendio.

El mortero portátil matafuego permitirá atacar sin demora un incendio desencadenado, digamos, en un quinto piso: en cuestión de minutos se podrá meter por la ventana cualquier cantidad de granadas, hasta saturar la atmósfera del local en llamas con el polvo antiincendios. Todo el farrago de escaleras, de mangueras y de autobombas quedará superado por un par de bomberos con buena puntería, que extinguirán el incendio desde la vereda.

ROBERT BLOCH

Ilustró EUGENIO ZOPPI

# ¡CUIDADO CON LAS METAFORAS!

*Un deseo satisfecho puede ser la peor de las maldiciones*

Era una reunión formal —pantalones cortos blancos y vestidos largos— y Lane Borden se preguntaba cómo encajaría Vorm en todo el asunto.

Los criados y los agregados de la Embajada estaban habituados a la presencia de visitantes extraterrestres, pero también ellos parecieron inquietos ante la presencia de Vorm.

Si se hubiera tratado de un simple robot, no habría planteado ningún problema, pero era difícil aceptar la idea de una inteligencia sensible alojada en un cuerpo completamente sintético. En sí mismo, el cuerpo no era repulsivo; en su mayor parte era de metal, aunque los contornos generales tenían características humanoides. Sin embargo, existían algunas diferencias inquietantes.

Es probable que a un ingeniero le hubiera parecido muy conveniente poseer seis perceptores visuales u "ojos", equidistantes unos de otros, alrededor de todo el compartimiento craneano. De todos modos, resultaba molesto saber que Vorm tenía realmente "ojos en la espalda" y que podía observar simultáneamente todo lo que ocurría en una habitación. Y, por otra parte, la "boca" de Vorm era sencillamente un tubo para hablar, y en cuanto a su "nariz"...

Lane Borden recordó lo que había ocurrido unas horas antes, esa misma tarde cuando llevó a Vorm a su propio departamento para sostener una breve charla informal. Y en ese mismo momento la prometedora de Borden había aparecido inesperadamente.

Borden se sentía justamente orgulloso de Margaret Zurich. Era



una mujer de sorprendente belleza, y una pianista famosa en varias galaxias... una de las pocas que aún se destacaban en el antiguo arte de la música no electrónica. Borden envidiaba realmente el talento de la joven.

Pero cuando Margaret entró bruscamente en la habitación donde él estaba sentado con Vorm, Borden no sintió orgullo ni envidia, y si solamente un frenético temor.

—Discúlpame un momento — dijo, esbozando un gesto en dirección a Vorm, mientras se ponía de pie y avanzaba al encuentro de Margaret Zurich. Antes de que ella pudiera formular una objeción, la tomó del brazo y la llevó a la antesala. Y aun así, de ningún modo se sentía seguro de haber actuado con la rapidez suficiente para impedir una crisis.

—Querido, ¿qué pasa? — preguntó Margaret. Fijó los ojos en el cuello de Borden—. ¿Y qué es eso que tienes ahí?

—Es un productor de interferencias —replicó Borden, al mismo tiempo que abría el cajón del escritorio y extraía una réplica del mismo artefacto—. Toma éste para ti. Mira, te mostraré cómo debes ponerlo.

—Pero, ¿para qué?

—Has oído hablar de los productores de interferencias, ¿verdad?

—Por supuesto. Pero nunca vi uno —frunció el ceño—. ¿Quieres decir que esa criatura que está allí es un telepata?

—No, por lo menos en el senti-

do habitual de la palabra. Este instrumento no confunde los pensamientos. Como ves, se coloca alrededor del cuello, en la laringe. Sirve para confundir y embrollar las subvocalizaciones.

—¿Los pensamientos que uno formula en palabras pero no dice en voz alta?

—Más o menos. El hecho es que ese hombre posee una desusada capacidad auditiva, la que incluye la percepción de las subvocalizaciones. Por eso usamos productores de interferencias... para confundir los sonidos no hablados.

—Pero yo no...

—Por favor, después discutiremos el asunto. No quiero dejar esperando a mi huésped.

Con la garganta cubierta y el pulso atenuado por los impulsos electrónicos, Margaret volvió a entrar en la habitación y se acercó al visitante.

La joven pareció sorprendida por el aspecto de Vorm, sobre todo cuando éste respondió al saludo elevando bruscamente las extremidades y destornillando el brillante apéndice situado encima del tubo parlante. Luego introdujo una extremidad en la cartera diplomática que llevaba sujeta a la cintura y extrajo una suerte de caño romo que insertó en el agujero.

Margaret Zurich fingió no haber advertido la maniobra, pero Borden comprendió que se sentía inquieta. Después debía llevarla aparte y explicarle que en el mundo de Vorm ese cambio de nariz era una forma de recibi-

miento amable. La raza de Vorm no necesitaba narices.

Antaño, quizá miles de años antes, habían sido criaturas de carne y hueso. Luego, como ermitaños, se habían retirado al interior de sus valvas sintéticas; en realidad habían creado esas valvas para protegerse de las debilidades de los seres mortales. Habían reemplazado la evolución física por la evolución mecánica, y ahora solo quedaba la inteligencia, protegida por cuerpos artificiales que eran completamente funcionales.

En un cuerpo completamente artificial, la nariz no era más que una herramienta especial. La cartera diplomática que Vorm llevaba debía contener una docena de distintos apéndices nasales, cada uno concebido para ser utilizado en una situación dada. Borden sabía de la existencia de una que desempeñaba funciones de torno; otra era una especie de lámpara de acetileno, y había una que era simplemente un gran instrumento cortante, afilado como una navaja. Todas eran útiles para la raza de Vorm en las minas del planeta que habitaban.

Sí, Borden tendría que explicar claramente a Margaret la originalidad de Vorm, sus facultades supersensibles, el hecho de que no necesita comer, ni evacuar, ni dormir. Margaret no era como esas multitudes que en la calle gritaban: "¡Abajo los sucios mecos!" Mecos. Los monstruos mecánicos, a quienes nada importaba la vida o los sentimientos del ser humano.

Borden tenía que explicar también eso a Margaret. Los mecos habían dado muerte a los humanos del primer grupo que tomó contacto con ellos, pero había sido un accidente. El grupo de humanos no sabía que los mecos podían detectar las subvocalizaciones, y tampoco habían advertido otra importante diferencia psicológica. Los mecos lo interpretaban todo literalmente. En su lenguaje no había símiles, ni figuras, ni abstracciones, ni hipérbolos.

De modo que cuando un miembro del grupo, agotado por los rigores del largo viaje, y desalentado por la primera visión del árido planeta había subvocalizado para sí mismo: "¡Pensar que me presenté voluntario para esta expedición... ¡tendría que hacerme examinar la cabeza!", los mecos le tomaron el pensamiento directamente al pie de la letra.

Hubo otras muertes, una serie completa de trágicos incidentes, hasta que alguien tuvo la idea de preguntar a los mecos la razón de sus actos. Y los mecos dieron explicaciones. Aparentemente decían la verdad... del mismo modo que nunca dudaban de las afirmaciones de otros. Cuando se supo que detectaban las subvocalizaciones, que las "oían" como el lenguaje humano común, el remedio fue obvio. Desde entonces los miembros de las tripulaciones utilizaron productores de interferencias improvisados rápidamente. Y como precaución suplementaria procuraron evitar aún los pensamientos exagerados.



Borden y su pueblo habían formulado la invitación que llevó a Vorm a la Tierra y el propio Borden había estudiado a fondo los problemas suscitados por esta primera visita. Era muy posible que los mecos resultaron aliados indispensables. Si se concertaban los acuerdos y los tratados adecuados, los mecos podían resolver muchos problemas vitales. Por ejemplo, el meco podía trabajar en sitios inaccesibles a los humanos; en las minas de planetas muy cálidos, en los picos de los planetas fríos, en sitios de atmósfera venenosa, y en los que carecían absolutamente de atmósfera.

Borden estaba decidido a lograr que el emisario Vorm tuviera una grata estada en la Tierra, pero tenía que reconocer que esa característica —la de tomarlo todo al pie de la letra— resultaba a veces embarazosa.

Por ejemplo, antes de que Margaret abandonara la habitación, después de su breve visita, ella y Borden se besaron. Vorm no comprendía el gesto, y después de la partida de la joven expresó su curiosidad.

Borden trató de explicarle el significado del contacto físico, pero todo el concepto de la carne viva y sensible era extraño para aquel ser artificial.

—Ustedes ignoran el amor —murmuró Borden—. Sé que usted dice la verdad, pero me resulta difícil aceptar la idea. Simplemente no me entra en la cabeza.

Vorm llevó una mano a la cartera diplomática y extrajo un re-

luciente apéndice nasal.

—Podría taladrarle un agujero —sugirió.

—Usted no entiende —se apresuró a decir Borden, consciente de que había cometido un desliz, a pesar de sus intensos esfuerzos por evitarlo—. Simplemente estaba utilizando una figura de lenguaje.

—El lenguaje carece de forma. Borden asintió.

—Es verdad, usted pertenece a una raza realista.

—Exacto —confirmó Vorm—. Quizá por eso no sentimos las mismas emociones que ustedes.

—Pero ustedes tienen sus propios sentimientos. Usted sabe a qué me refiero cuando hablo de temor, de codicia o de orgullo. Además, ustedes poseen sentido estético. Por ejemplo, usted me ha dicho que le gusta la música.

—Sí —replicó Vorm, y su voz se elevó a impulsos de la excitación—. Usted me prometió tocar algo, ¿verdad?

—Lo haré con mucho gusto —respondió Borden.

Le alegró que Vorm le hubiera recordado el hecho. Sería más fácil hacer música que continuar la discusión en un plano abstracto, esforzándose por evitar los tropiezos lingüísticos.

Además, la música podía ayudar a ahogar el inquietante sonido que llegaba débilmente del exterior de la Embajada. Toda la tarde la multitud había desfilado de una esquina a la otra, llevando aquellos estúpidos carteles: ¡NO SE MEZCLEN CON LOS ME-

COS! y ¡NO QUEREMOS TRATOS CON MONSTRUOS! Tales eran las inscripciones más suaves. Y los muy idiotas seguían gritando: "Sabemos que tienen un meco allí adentro. ¿Lo echarán o tendremos que ir a buscarlo?"

Pues bien, no podrían entrar. Borden había ordenado echar el cerrojo a los portones y apostar guardias. Pero, dadas las circunstancias, era una situación embarazosa. Hubiera deseado salir y explicar la verdad sobre esos lamentables primeros choques entre la raza de Vorm y las tripulaciones de las naves terrestres. Pero aun en el caso de una persona de inteligencia se necesitaba tiempo para aclarar la situación. Y si se quería que una multitud comprendiera bien, se requería una campaña completa de adoctrinamiento y educación.

Estaba organizándose dicha campaña, pero aun no se la había iniciado. La visita de Vorm había sido prematura e inesperada; a lo sumo, Borden podía tratar de protegerlo de la hostilidad de las masas mal informadas. Todo dependía del éxito de esa reunión... y entretanto, sobre Borden recaía la responsabilidad de establecer y mantener relaciones cordiales.

Borden sabía desempeñar el papel de amable anfitrión. Tenía una colección de antiguos discos, y decidió pasar algunos en honor de su visitante. Aparentemente, Vorm escuchó con agrado las suaves disonancias... el final de Chout, de Prokofiev; los ritmos

de Urapuri, de Villalobos; las Fuentes de Roma, de Respighi, y otros primitivos ejemplos de antiguas composiciones musicales de carácter "sinfónico".

Al advertir la reacción de Vorm, Borden se disculpó y fue a vestirse, mientras su huésped manipulaba feliz sus dos orificios auditivos estereofónicos.

Vorm continuó absorto en la música el tiempo que Borden necesitó para descender al comedor y verificar los detalles de la cena; también pudo recibir y saludar a los huéspedes que llegaban —en actitud un poco torpe pero comprensiva— por una entrada del fondo; no era seguro entrar por la puerta del frente, en vista de la turba que estaba en la calle.

A medida que caía la noche, aumentaba la multitud. Borden sabía que estaban dispuestos a realizar una gran manifestación, pero no había modo de impedirlo.

En todo caso, agradecía que a pesar de la desagradable situación casi todos los invitados hubiesen acudido. La mayoría de ellos eran miembros del gobierno, y a todos se les había instruido sobre la conducta que debían observar. Todos tenían puestos los productores de interferencias como cosa perfectamente natural.

Una vez reunido el grupo, Borden llevó a Vorm al salón y lo presentó a los circunstantes. En general, los humanos lograron disimular la tensión o la agitación suscitada por la presencia de aquel ser, pero hubo un visible aumento del consumo de bebidas



antes de la cena. Lawrence, el mayordomo (formaba parte de la tradición de la Embajada utilizar servidores de carne y hueso) se paseó con la bandeja media hora o más antes de que se anunciara la cena.

Vorm entró en el comedor llevando del brazo a Margaret Zurich. La joven demostraba admirable compostura. También en este caso Borden se sintió orgulloso de ella, y por otra parte sus invitados no le dieron motivo para sentirse avergonzado. Comieron y bebieron con toda naturalidad, y fingieron no advertir que Vorm estaba sentado allí y que utilizaba su orificio oral sólo para hablar.

Si él se sintió embarazado —o si experimentó verdadera repugnancia— ante el espectáculo ofrecido por los seres humanos que ingerían alimentos, no lo demostró. Su tubo oral funcionaba constantemente, y parecía complacido ante la presencia de tantos funcionarios y dignatarios.

Borden observó que se había colocado un apéndice nasal distinto en honor de la ocasión. Era un artefacto en forma de estrella, que evidentemente tenía carácter de adorno, porque estaba engarzado en diamantes. Varias de las damas lo admiraron francamente. Borden caviló sobre lo que habrían dicho si Vorm hubiese preferido usar el torno, o quizás el largo cuchillo afilado como una navaja. Seguramente las damas habrían recordado las versiones sobre "el monstruo asesino".





no" y tenido reacciones desagradables.

Por otra parte, era probable que Vorm viese en los productores de interferencias adornos de carácter ritual. Si observó la ausencia de subvocalizaciones, no dio señales de ello.

Todo marchó perfectamente. No hubo incidentes durante la cena, y Borden se sintió bastante aliviado cuando concluyó con buen éxito. Llevó a sus huéspedes al salón, y allí anunció que Margaret tocaría algunas piezas en honor del distinguido visitante.

Algunos de los invitados nunca habían visto ese anticuado instrumento llamado "piano", pero todos conocían la reputación artística de Margaret. De modo que todos se prepararon a saborear el intermedio musical.

Borden y Vorm se sentaron juntos, directamente frente al instrumento. Vorm parecía fascinado por el espectáculo de una ejecución "viva".

Por supuesto, el repertorio de Margaret era clásico. Se especializaba en las tres B —Bartock, Brubeck y Berstein— y Borden se recostó en su asiento, radiante de orgullo, mientras ella ejecutaba.

—¿Toca usted? —le preguntó Vorm en voz baja.

—Muy poco —reconoció Borden—. Pero me falta el toque necesario —vaciló—. A veces creo que no estoy hecho para la diplomacia. Debí haber sido...

Hubo un súbito estrépito, y Borden se puso de pie de un salto.

Todos se sobresaltaron al oír el ruido, y luego fijaron los ojos en el adoquín que había aterrizado en el piso del parquet. Por la ventana rota llegaba el clamor de la multitud reunida en la calle.

Lawrence se acercó rápidamente a Borden y murmuró algunas palabras. Borden enfrentó a sus invitados con una sonrisa estereotipada.

—Por favor, no se alarmen —dijo—. Abajo hubo un pequeño accidente. Iré a ocuparme de ello. Margaret, si tienen la bondad de continuar...

La joven obedeció, mientras Borden salía rápidamente del salón y bajaba la escalera saltando los escalones de dos en dos. Lawrence lo siguió, armado con un revólver de rayos igual al que tenían los guardias que se hallaban apostados en el recibidor de la planta baja.

—Muy desagradable —dijo Lawrence—. Consiguieron franquear los portones. Es lo único que pueden hacer los hombres para impedir que entren. El capitán Rollins teme verse obligado a abrir fuego, a menos que se haga algo para dispersar a la multitud. Quiere saber cuáles son sus órdenes...

Borden asintió y se adelantó.

—¡Un momento, señor! —llamó el mayordomo—. No piensa salir, ¿verdad? Vea, olvidó el revólver...

Borden siguió avanzando. En la puerta, el capitán Rollins quiso interceptarlo, pero Borden lo esquivó sin decir palabra y abrió la puerta.

El rugido de la multitud se abatió sobre él como un mazazo.

—¡Entreguen al meco! ¡Sabemos que está allí!

Borden elevó las manos, con las palmas hacia la multitud, para demostrar que estaba desarmado. El gesto ejerció su inevitable e inmemorial efecto tranquilizador.

Después no pudo recordar bien qué había dicho exactamente. Pero las palabras no eran problema para un experto diplomático, y Borden se había elevado a la posición que ocupaba gracias a sus cualidades superiores.

Empezó por decir a la multitud que nada tenían que temer. Si adentro había un meco, ¿pero acaso no veían que había guardias alrededor del edificio para proteger al público? El meco no podía escapar para hacer daño a nadie. Además, no tenía la menor intención de hacer daño. En ese mismo momento estaba escuchando música. ¡Sí, el meco era aficionado a la música! Y si no lo creían, que prestaran atención y oírían los acordes a través de la ventana.

De modo que no existía el menor peligro. El meco estaba vigilado, continuaría en esa situación hasta la mañana siguiente, en que regresaría a su planeta. Había venido por invitación del gobierno, para firmar un tratado. El gobierno necesitaba a los mecos para explotar las minas de metales de la Galaxia.

Borden terminó explicando la muerte de los tripulantes de las primeras naves que habían des-

cendino en el planeta de los mecos. Explicó con sencillez el mecanismo de la subvocalización, y como ejemplo presentó su propio productor de interferencias.

Pero cuando retiró de su cuello el aparato, durante un instante terrible advirtió algo que antes no había observado; pero trató de no pensar en ello. Sonriendo, continuó su discurso.

Borden insistió en que no había motivo de alarma. En realidad el meco creía que los guardias estaban allí para protegerlo... ¡pues tenía miedo de la gente! ¡Si no hubiera sido por la música, probablemente ya se habría ocultado bajo una cama!

Consiguió arrancar una cargada a la multitud, y después el resto fue pura rutina. Cinco minutos después Borden había logrado disolver la reunión. Diez minutos más tarde la calle de la Embajada estaba casi desierta. Así Borden pudo dejar la situación en manos del capitán Rollins.

—Magnífico trabajo, señor —dijo Rollins. Hizo una pausa—. ¿Qué ocurre? —preguntó.

—Mire esto —Borden levó ante el productor de interferencias—. Cuando me lo quité para mostrarlo a la multitud, advertí que una válvula estaba rota. El aparato no funciona.

—¿Cree que se habrá aflojado cuando se lo quitó?

—Así lo espero —replicó Borden con voz tensa—. Me desagradaría mucho saber que estuviera arriba con nuestro huésped sin



protección de este artefacto.

Advirtió que Vorm bajaba la escalera, y entonces se volvió rápidamente para quitar del cuello del capitán Rollins el productor de interferencias.

—Lo necesito —explicó. Apenas tuvo tiempo de colocárselo antes de que Vorm llegara al pie de la escalera.

—Lo siento, pero tuve que venir —dijo Vorm—. Sé que le he causado muchas molestias.

—Fue un error —replicó Borden—. Un malentendido.

—Es muy amable de su parte expresarlo así —ronroneó Vorm, inclinando la cabeza—. Pero comprendo lo que ocurrió. Ellos vinieron a destruirme, y usted los alejó. Usted me salvó.

—No se ofenda. Ocurrió simplemente que no entendían.

—No estoy ofendido. Lo admito. Vea, después de todo experimento algunos de sus sentimientos. Si bien nuestra raza no comprende el amor, conoce la admiración. Y la gratitud. Le estoy agradecido, señor Borden, y deseo recompensarlo.

—Le aseguro que no es necesario.

—Me ocuparé de que se firme el tratado del que usted habló.

—Realmente, es muy amable de su parte.

—Pero eso no es suficiente. Debo pensar en algo apropiado para usted personalmente.

—Olvídelo, por favor.

—Jamás olvido nada.

—¿Qué le parece si nos reunimos con los otros

Así lo hicieron, y el episodio concluyó. Margaret no intentó reanudar la ejecución, y poco después los huéspedes partieron. Aunque estaba bastante seguro de que la multitud ya no significaba ningún peligro, Borden insistió en que utilizaran nuevamente la puerta del fondo. En cuanto a Margaret, la persuadió de que pasara la noche allí.

—Me sentiré más tranquilo si estás aquí —dijo a la joven.

—Muy bien, si insistes.

Margaret se despidió de Vorm, y Lawrence la escoltó hasta uno de los departamentos para huéspedes situados al final del corredor.

Borden se quedó solo con Vorm, pero no por mucho tiempo. El diplomático se sentía embarazado por las protestas de gratitud del meco.

—Realmente, ¿no hay nada que usted desee particularmente? —insistía.

—Nada —replicaba Borden meneando enfáticamente la cabeza—. Ahora si usted me disculpa...

—Por supuesto. Usted debe descansar, ¿verdad? La estructura humana tiene muchos aspectos que aún no comprendo.

—Buenas noches.

—En efecto, es una buena noche —convino Vorm.

Borden se retiró a sus habitaciones. Había sido una noche intensa. El asunto había concluido de manera satisfactoria, y la multitud se había dispersado. Vorm se sentía favorablemente dispues-

to a concertar un tratado. No había motivos de preocupación... excepto, quizás, el problema del artefacto defectuoso. Era muy probable que se hubiera descompuesto cuando se lo quitó frente a la multitud. Pero si la falla era anterior...

Se esforzó frenéticamente por recordar las subvocalizaciones que hubiera podido emitir en el curso de la noche. Era un esfuerzo casi desesperado, pues los individuos rara vez tienen conciencia del fenómeno constante y habitual. Borden sólo podía abrigar la esperanza de que sus esfuerzos conscientes para pensar y hablar exclusivamente en términos literales se hubieran visto coronados por el éxito; que por inadvertencia no hubiese emitido algún giro verbal perfectamente normal pasible de alguna inquietante interpretación.

No pudo dormirse hasta cerca del alba, y sin duda como consecuencia de ella se durmió, pues cuando despertó Lawrence estaba sacudiéndolo y diciendo algo en el sentido de que Vorm se había marchado.

—¿Se marchó? —Borden se sentó bruscamente en la cama—. ¿Pero yo debía acompañarlo personalmente a la plataforma de lanzamiento!

—De ello se ocupó el capitán Rollins, señor. Y como sabía que usted estaba muy fatigado...

—Pero yo deseaba despedirlo...

—En realidad, no era necesario. Vorm me indicó que le expresara su agradecimiento.

—¿Otra vez!

—Así es, señor. Parece que su actitud de anoche lo ha impresionado profundamente. Un triunfo diplomático, si me permite decirlo —el mayordomo tosió discretamente—. A decir verdad, le dejó un pequeño regalo de despedida.

Lawrence le extendió una cajita blanca, y Borden comenzó a desatar el cordel.

—¿Por qué? Más gratitud, quizás...

—Exactamente —replicó Lawrence con una sonrisa—. Dijo que pasó varias horas tratando de hallar algo apropiado para un hombre que afirmaba tenerlo todo. Afortunadamente, me dijo, es incapaz de olvidar nada. Y al fin recordó que anoche usted había expresado cierto deseo, y que se sentía muy feliz de poder satisfacerlo.

Borden interrumpió sus esfuerzos para desatar el paquete.

—¿Un deseo? —murmuró—. No recuerdo...

—Dijo que ahora usted podrá tocar bien el piano.

Borden se apartó lentamente del paquete.

Permaneció de pie, pensando en Vorm. Vorm, que no conocía el amor, pero que sabía lo que era gratitud. Vorm, que no comprendía los problemas y las dificultades de la carne, pero que sabía que podía cambiar a voluntad cualquier parte de su cuerpo, para lo cual le bastaba destornillar un instrumento y reemplazarlo por otro. Vorm, que toma-



ba al pie de la letra todo lo que escuchaba. Vorm, que podía adosarse un apéndice nasal que era como una gran navaja.

—¿Qué pasa, señor? —murmuró Lawrence—. ¿No piensa echar una ojeada al regalo?

Pero Borden ya estaba corriendo por el salón en dirección al cuarto de Margaret.

Sabía que era demasiado tarde, así como sabía lo que el paquete guardaba. Porque ahora recordaba... recordaba que él y Vorm habían contemplado a Margaret mientras ésta tocaba el piano.

—¿Usted toca? —había preguntado Vorm.

### MOHOLE

No sólo hacia arriba explora el hombre: también explora hacia abajo, hacia las profundidades del planeta. El esfuerzo más ambicioso en este sentido es el Proyecto Mohole, que se propone atravesar la corteza terrestre para llegar hasta el manto. Como el espesor de la corteza es mucho menor bajo el mar, la perforación se hará desde la superficie del Pacífico, a unos 150 kms. al noroeste de Maui, en las Hawaii.

### ¿VOLARA EL "CONCORDE"?

Hace poco pareció que el proyecto del "Concorde", el gran avión supersónico franco-británico, quedaba varado para siempre en los bajíos de la política y la economía. Pero el proyecto ha recibido nuevo empuje, y hoy son más grandes que nunca las esperanzas de ver en el aire el gigantesco superavión.

### POR FIN ALGO NUEVO

El primer antibiótico verdaderamente nuevo que aparece en varios años se llama Lincocin. Difiere completamente, en su estructura química, de todos los otros antibióticos conocidos, lo que permite esperar que sea efectivo contra gérmenes hasta ahora invulnerables. Se lo está probando en toda clase de infecciones, desde el acné hasta la pneumonia.

—Un poco. Pero me falta el toque necesario —había replicado Borden. Se había interrumpido y sin duda en ese momento se produjo la subvocalización. Sí, había sido entonces, y el productor de interferencias ya estaba descompuesto, y Vorm había oído el deseo inexpresado..., el deseo que ahora acababa de satisfacer literalmente.

Borden atravesó a la carrera el salón, y la subvocalización le atronaba los oídos. Sí, ahora recordaba las palabras.

"Ojalá tuviera esos dedos..."

## HELICOPTERO A CHORRO

Por las puntas de las palas huecas del rotor escapa el chorro de gases producido por el turbogenerador: el rotor gira obedeciendo al mismo principio de las ruedas giratorias de los fuegos artificiales.





# EL LUGAR DEL REPOSO

Ilustró PIGAFETTA  
OLIVER LA FARGE

La posibilidad de que el doctor Hillebrand se estuviese dando a la cleptomanía causó una buena dosis de placer entre sus colegas más jóvenes, es decir, todo el personal del Departamento de Antropología, inclusive su director Walter Klippen. No era que nadie realmente no apreciara al viejo. Eso hubiera sido muy difícil, porque era un buen compañero, gentil y de buen genio; era quizás la más alta autoridad viviente en arqueología del Sudoeste, y ampliamente capacitado en la ciencia general de la antropología; y era un hombre que se alegraba con los éxitos de los demás.

El Dr. Hillebrand era el último miembro sobreviviente de un grupo de hombres que habían hecho famoso al Departamento de Antropología en la primera parte del siglo XX. Sus ideas eran anticuadas; para Walter Klippen, quien a los cuarenta años tenía mucho del joven que promete, y para los hombres que había re-





unido en torno suyo, la presencia del Dr. Hillebrand, revestida de autoridad, resultaba tan incongruente como lo sería la de un pequeño y manso brontosaurio en una granja moderna.

Por otra parte, ningún otro hombre tenía una técnica arqueológica mejor. Se agregaba a ello una curiosa intulción, que lo hacía cavar en lugares inesperados y hacer hallazgos sorprendentes —la especie de cosa que deleita a donantes y síndicos, tales como la jarra con motivos blancos sobre negro, de Mesa Verde, la mayor, e intacta, conocida hasta ese entonces; el famoso escondite de Biltabito, de turquesas y objetos de concha, descubierto dos años antes y que no se exhibía aún; y, apenas el año anterior, las decoraciones murales en las ruinas de Máscara Pintada. El mural, del cual se había recuperado sólo una pequeña parte, podía compararse favorablemente con los encontrados en Awatowi y Kawaika-a por el Museo Peabody, pero tenía varios siglos más de antigüedad. Además, en la parte ya expuesta había una máscara katchina identificable, única y concluyente evidencia de que el culto katchina se remontaba a mucho antes de la llegada del hombre blanco. Esto significaba, preveía sombriamente el doctor Klibben, que, una vez más, todos los fondos disponibles para publicaciones serían acaparados por los materiales del viejo tonto.

Los síndicos lo apreciaban mucho. Varios años atrás, había al-

canzado la edad del retiro, pero ellos habían rechazado la limitación acostumbrada en su caso. Era curador del museo, cargo sólo levemente menos importante que el del director, y ocupaba la cátedra Kleinman de Arqueología Norteamericana. Era un puesto bien rentado, con varios miles más por año que el propio cargo de profesor de Klibben.

El que el Dr. Hillebrand ocupara esos puestos, además de su casi monopolio del dinero para publicaciones, constituía la dificultad. El obstaculizaba todo. Bastaba con que esa vieja reliquia se retirara para que los hombres más jóvenes pudiesen ascender. Klibben ya había imaginado todo. La cátedra Kleinman sería para él, y McDonnell podría ascender a su profesorado. Dejaría a Steinburg como adjunto, pero lo haría curador. En esa forma, Steinburg y McDonnell recordarían que el cargo de curador podría siempre ser transmitido a McDonnell como el hombre con más antigüedad, lo cual los mantendría a ambos bien despabilados. Por lo menos un profesor auxiliar podría, a su debido tiempo, convertirse en adjunto, y el joven George Franklin, el mejor discípulo de Klibben, podría ascender de instructor a auxiliar. Todo eso encajaba muy bien y reforzaba su propia posición. Luego, dado el libre acceso a los fondos para monografías y folletos...

Pero el Dr. Hillebrand no daba ninguna muestra de retirarse. No se trataba de que necesitase el

dinero que le daban sus dos cargos. Era soltero, algo ascético, y dedicaba gran parte de su sueldo a sus propias expediciones. Le gustaba enseñar, decía. Y sus discípulos lo apreciaban mucho. Amaba a su museo; en realidad, estaba bobo por él, y vagaba por las salas hasta muy entrada la noche. Bueno, déjenlo que se retire, y todavía podrá dictar un curso o dos si así lo quiere; hasta podría vagabundear por el museo; pero Klibben podría dirigir su Departamento como deseaba, como debería ser dirigido.

Dado que no parecía haber esperanzas de que el anciano claudicase físicamente en el futuro inmediato, Klibben había comenzado a buscar en él síntomas de perturbaciones mentales. Ahí estaba, por ejemplo, la forma ilógica en que el Dr. Hillebrand decidía a menudo el lugar exacto en que se debía trazar una zanja o cavar un pozo. Como lo había observado una vez Steinburg, era como si lo guiase una tablilla espiritista. Desgraciadamente, esta excentricidad producía magníficos resultados.

Además, algunas veces Hillebrand solía decir a sus discípulos: "Ahora bien, imaginémonos que..." y continuaba deleitándose en sorprendentes reconstrucciones de la religión y vida cotidiana de los antiguos moradores de las barrancas, yendo mucho más lejos de lo que ofrecían las pruebas de que se disponía. El director se lo había informado a Franklin, porque el joven había estudiado el

ceremonial hopi y zuñi. Franklin informó que el viejo siempre dejaba bien sentado que estas reconstrucciones no eran ciencia, y, más aún, Franklin dijo que eran notablemente agudas y que le habían dado algunas indicaciones muy útiles sobre aspectos de la religión de los indios modernos.

La posibilidad de la cleptomanía era también algo. Las pruebas —insuficientes hasta el momento— se vinculaban al rico hallazgo de Biltabito, que el propio Dr. Hillebrand estaba enumerando, catalogando y describiendo, casi siempre de noche, cuando el museo se hallaba cerrado. El era el único que sabía con exactitud cuántos objetos se habían encontrado en el lugar, pero parecía que algunos de ellos faltaban ahora. También estaba lo que el sereno pensó haber visto. Y luego también estaba aquella cuenta de turquesa —pero ninguna prueba se había sacado de esa fuente, por supuesto— que McDonnell había hallado en el piso, cerca del molde de la estela de Quiriguá, exactamente junto a la entrada del museo.

Tales hurtos —si habían existido— habían tenido lugar en abril y comienzos de mayo, cuando todo el mundo pensaba en el término del año de estudios y en los viajes estivales al campo. Poco tiempo después, y casi por casualidad, Klibben supo, de labios de un profesor adjunto de ornitología, que el viejo Hillebrand había obtenido de éste una serie de plumas, las cuales, según dijo, le



servirían para reparar su colección de muñecos katchina. Entre ellas se hallaban plumas de loro y cacatúa, y las espumosas plumas del pecho de un águila.

El campo de Klíbben no era el sudoeste norteamericano, pero cualquier antropólogo del país habría podido sacar una conclusión evidente. Turquesas, conchas y plumas de esa clase eran componentes de las ofrendas rituales entre cuyos restos había llevado a cabo su tarea de toda una vida el Dr. Hillebrand. El Dr. Klíbben comenzó a sospechar —o a esperar— que el anciano estuviese sucumbiendo a una debilidad mental mucho más seria que la que demostraría el mero hurto de unos pocos trozos de turquesa y conchillas.

El director hizo, con mucho tacto, algunas preguntas en el laboratorio de genética, para saber si el anciano había buscado polen de maíz, otro de los componentes de las ofrendas rituales, y descubrió que allí la cuestión de la evolución del *Zea mays* en el Sudoeste estaba vinculada a la mucho mayor y zarandeada cuestión del origen y domesticación de esa importante planta del Nuevo Mundo, tan interesante para arqueólogos, botánicos y genetistas. El Dr. Hillebrand había estado coleccionando especímenes de antiguo maíz en los lugares arqueológicos durante largo tiempo —espigas, tusas y granos que se montaban a dos mil o más años atrás, y otras partes de la planta, inclusive algunos fragmentos

de barbas; Era, pensó Klíbben, la clase de deleznable pequeño detalle en el que uno podría esperar hallar ocupado durante mucho tiempo al Dr. Hillebrand. Este había entregado sus ejemplares a los muchachos del sector "plantas y herencia", que estuvieron encantados de tenerlos. Ellos, a su vez, habían seguido para obtener —para comparación— semillas de maíz de los modernos indios pueblos, navajos y hopi, y plantarlas. Era bastante natural, entonces, que, de tiempo en tiempo, el Dr. Hillebrand llevase ejemplares de semillas y de polen a su casa para estudiarlos por su cuenta. Podía resultar tan claro como el día para Klíbben que el viejo chocheaba ya hasta el punto de realizar ofrendas rituales a los dioses de las moradas de las barrancas. Pero todavía no tenía nada que pudiese convencer al cuerpo de síndicos, decididos partidarios de Hillebrand.

Aun así, la situación permitía alentar esperanzas. Klíbben sugirió al sereno que, por el cuidado de la salud del profesor Hillebrand, se mantuviese especialmente atento a las actividades que éste realizaba después de hora en el museo. Llegado junio, Klíbben se las arreglaría para que Franklin —por su interés en el Sudoeste, Franklin era la elección lógica— acompañase a la expedición de Hillebrand y viese lo que pudiese ver.

Franklin aceptó la misión de buena gana, dándose plena cuenta de las posibles ventajas que esto

le reportaría en caso de que el anciano se retirase. El arqueólogo aceptó con ecuanimidad el agregado del joven a su equipo. Observó que el conocimiento de Franklin sobre la vida diaria de los pueblos sería útil para interpretar lo que pudiera descubrirse, a la par que un mejor afianzamiento en la prehistoria del Sudoeste agregaría profundidad a las percepciones etnográficas del joven. Inmediatamente después de la partida, salieron hacia el territorio navajo de Arizona, acompañados por dos estudiantes y cuatro graduados.

En Farmington, en Nuevo México, recogieron el camión y la furgoneta de la universidad y el auto de Hillebrand, un modelo Ford A, tan arcaico como su dueño. Considerando los ingresos del hombre pensó Franklin, el aferrarse a semejante cosa era una extravagancia más, un elemento que podría agregarse a muchos otros para probar la tesis de Klíbben. También en Farmington engancharon a un cocinero y un asistente general. El trabajo del Dr. Hillebrand estaba generosamente financiado, aparte de cuanto entraba en él de las propias ganancias del anciano.

El grupo anduvo a los tumbos por el horrible camino hasta pasar las Cuatro Esquinas y contornear el lado norte de la Montaña Hermosa, para adentrarse en el valle Chinlee, luego dirigirse hacia el Sur y el Oeste y, después de haber ocupado un día y medio para recorrer alrededor de

trescientos kilómetros, llegar a las barrancas contra las cuales se alzaban las ruinas de Máscara Pintada. El principal objetivo del trabajo de ese verano era excavar en detalle la kiva \*, explorar otra kiva y realizar otras excavaciones rutinarias en las ruinas en general.

Para el fin de la semana, el trabajo se realizaba espléndidamente. El Dr. Hillebrand puso a Franklin, como científico de más antigüedad entre los del grupo, a cargo de la tarea en la kiva pintada. Franklin sabía perfectamente bien que era deficiente en la técnica que imponía tal labor; en realidad, dependería de su primer asistente, Philip Fleming, quien estaba a punto de graduarse. Fleming había trabajado en esa kiva en la temporada anterior, pasado otras tres temporadas con el Dr. Hillebrand, y éste lo consideraba la promesa más brillante entre los muchos que habían trabajado con él. Existía un verdadero afecto entre los dos hombres.

Dos de los otros graduados estaban bien capacitados para dirigir una excavación simple por sí solos. Uno fue puesto a cargo de la todavía intacta segunda kiva: el otro cavaría una zanja que tajase la masa general de las ruinas partiendo del Norte. Fran-

\* kiva: cámara o recinto ceremonial de algunos indios norteamericanos en el que se entra por arriba. (N. del T.)



klin se sintió incómodamente supernumerario, pero reconoció que esa era una ventaja para mantener una estrecha vigilancia sobre el director de la expedición.

Después de la comida, en la noche del octavo día, el Dr. Hillebrand anunció, con cierta timidez, que estaría ausente por unos cuatro días, "para seguir una vieja costumbre que todos ustedes conocen". Los más jóvenes sonrieron. Franklin mantuvo un rostro inexpresivo para ocultar su interés avivado.

Esta era una famosa, o notoria, excentricidad del viejo, en la cual cifraban grandes esperanzas los doctores Klibben, McDonnell y el resto. Todos los años, a comienzos de la temporada, el Dr. Hillebrand iba solo a unas ruinas que había excavado a principios de su carrera. Existía cierta incertidumbre en cuanto al lugar; se creía que era un sitio al que los navajos llamaban Tsekaiye Kin. Nadie sabía qué hacía el anciano allá. El decía que esos parajes y la soledad eran valiosísimos para pensar y salir adelante en la tarea que tenía entre manos. Habitualmente, no mucho después de su regreso de esas ruinas, solía anunciar su decisión de cavar en tal o cual lugar, y procedía a descubrir la kiva pintada, o los fetiches de la Caverna de la Olla, o la manta de Kin Hatsosi, o algún otro hallazgo notable.

Si Franklin pudiese escaparse en la furgoneta y seguir al viejo, podría conseguir la información que quería. Hasta ese momento,

las actividades del Dr. Hillebrand en la expedición no habían evidenciado otra cosa que su magnífica competencia. Si al viejo se le ocurría realizar locos ritos antiguos con elementos robados sería en ese su lugar secreto de meditación. Quizá se alzaba y danzaba en honor de los antiguos dioses. Hasta se podría sacar una foto...

El Dr. Hillebrand dijo:

—No estaré ausente mucho tiempo. Mientras tanto, por supuesto, el Dr. Franklin quedará a cargo de todo —se volvió directamente hacia su ayudante— George, aquí hay varias cosas que debe vigilar estrechamente. Si quiere mirar estos diagramas... y usted también, Phil...

Franklin y Fleming se sentaron junto a él. El Dr. Hillebrand explicaba. Fuera que el viejo diablo lo hubiese hecho intencionalmente o no, estaba frito. Frente a lo delicado de la tarea, y al resultado probable del trabajo de los próximos días, no podría hallar posiblemente una excusa para ausentarse, cuando también se encontraba ausente el jefe de la expedición.

El Dr. Hillebrand partió temprano a la mañana siguiente, en su vibrante Ford A. Llevaba consigo un mínimo espartano de alimentos y ropa de cama. Era bueno estar solo una vez más en los largo tiempo amados parajes del territorio navajo. El automóvil marchaba bien. Todavía lo usaba porque, con excepción del jeep, nada que fuese más moderno te-

nía la virtud de llevarlo donde él quería ir.

Conducía con lentitud, porque se hallaba en la edad en que el conocimiento y la destreza deben reemplazar a la fuerza, y quedarse en medio del camino sería grave. Cuando tenía cincuenta años, reflexionó, habría llegado al T'iz Hatsosi Canyon desde el campamento actual en menos de cuatro horas; cuando tenía treinta, si hubiese sido posible viajar en auto por esos campos, habría ido a mayor velocidad y muy probablemente habría terminado por perderse. Llegó a la zona abierta agrícola fuera del lugar en que el T'iz Hatsosi se deslizaba hacia la gran mesa, hacia el Sur. Había casi el doble de hogares que cuando él había llegado al lugar por primera vez; algunas de ellas eran cuadradas y provistas de ventanas, y junto a varias de ellas había autos aparcados. Todo cambiaba, pero éstas eran todavía buenas, aunque no tan cordiales y hospitalarias como sus abuelos habían sido cuando él apareció por vez primera.

Entró en la estrecha boca del T'iz Hatsosi Canyon al caer la tarde y, poniendo en práctica su consumada habilidad, condujo el Ford unos seis kilómetros más. En ese punto, el cañón era algo más ancho que en otras partes, algo menos de sesenta metros en la base. El continuo pastoreo que tanto había dañado a todo el territorio navajo había tenido algún efecto aquí. Había menos hierbas que antes —pero, en aquel

entonces, pensó, no había caballos que pastasen— y el lecho de la corriente estaba erosionado más profundamente, y aquí y allá grietas muy marcadas llegaban a él desde los lados.

Sin embargo, los álamos americanos crecían entre la azarosa corriente y las altas barrancas, cálidamente brufidas en oro. Excepto a mediodía, había sombra, y la condición de intimidad, de secreto casi, perduraba. En la pared oeste se hallaba la ancha faja de rocas blancas que daba su nombre a las pequeñas ruinas, Tsekaiye Kin, y llevaba la vista hacia el largo borde, arriba, al que la barranca curvaba como una conchilla y sobre el que se elevaban las antiguas moradas. La arista del borde se encontraba a unos sesenta metros sobre el nivel del cañón, y se llegaba a él por una ladera en talud que no era muy difícil de sortear. Algunos pequeños siempreverdes crecían en las esquinas del borde. Desde el suelo, las casas no parecían haber estado vacías durante siglos, sino como si en ese momento diese la casualidad que sus moradores no estuviesen visibles. Los pequeños rectángulos negros de las puertas y tres diminutos cuadrados de las ventanas le hicieron sentir, como había ocurrido más de cuarenta años atrás, como si el pequeño conjunto de moradas lo observaran.

Al sur del extremo más alejado del borde, y al nivel del piso del cañón, se hallaba la fuente. El agua surgía abundante por una



grieta en la roca, a más de un metro sobre el piso, y corría hacia abajo sobre la piedra para formar un estanque en la base. La roca, dorada y castaña, brillaba; pequeños hilos de agua se deslizaban por las grietas. En el estanque había berro, y alrededor de él musgos y bastante hierba como para hacer algún metro de césped.

Aquí el Dr. Hillebrand depositó su equipo para dormir y sus provisiones. Calculó que le quedaban algo más de dos horas de luz. Cortó alguna cantidad de leña. Luego sacó un paquete de su cafetera. El paquete estaba envuelto en un viejo pedazo de piel de ante. Con él en la mano, comenzó a trepar la ladera, hacia las ruinas.

El sentimiento de paz había comenzado una vez que no estuvo más a su vista el campamento de las ruinas de Máscara Pintada. Había aumentado cuando él entró en el T'iz Hatsosi Canyon; se había tornado más intenso cuando descendió del automóvil y contempló a través de los álamos su pequeño pueblo, con sus catorce habitaciones. Junto a la fuente, se había vuelto más fuerte todavía, mezclado con una nostalgia de los tiempos idos que era dulcemente penosa, como el recuerdo de un amor maravilloso, ya perdido. Dejó de lado esos pensamientos para consagrarse a la tarea de ascender, lo cual no era enteramente simple. Cuando estuvo en las ruinas, volvieron cuadruplicados. Aquí había trabajado

solo, cuando era un joven con un brillante y reciente título de doctor, un muchacho-hombre no muy diferente de Fleming. Aquí había descubierto qué significaba entrar en una habitación que aún conservaba intacto su techo, y ver las marcas del humo del fuego del hogar, las cuerdas del telar todavía en su sitio en el cielorraso y en el piso, la quebrada vasija para cocinar todavía en el rincón.

Presentó sus respetos a esa cámara —Habitación 4-B—; se mantuvo un instante en la pequeña y abierta área central; luego siguió hacia el óvalo irregular y sin techo de la kiva. El solo la había excavado.

Si el Dr. Franklin hubiese podido encontrarse allí entonces, espionando sin ser visto, se habría sentido felicísimo. De bajo de una piedra que parecía firmemente incrustada en el piso de arcilla, el Dr. Hillebrand sacó una antigua pipa de piedra, provista de un caño nuevo de sauce. La llenó de tabaco, realizó curiosos movimientos mientras la encendía y lanzó humo hacia las seis direcciones. Luego salió de la kiva, por el lado interior, y fue por debajo de la doble hilera de habitaciones, hacia la zona más oscura, bajo la curva convexa de la pared en el fondo de la caverna, cuyo piso era una mezcla de tierra y desperdicios. Dos piedras pequeñas y redondeadas, a casi un metro una de la otra, marcaban en forma poco notoria un lugar. Hillebrand se sentó junto a él, so-

bre un borde adecuado de la roca, y volvió a chupar la pipa; luego abrió el paquete de cuero de ante y procedió a realizar la antigua ofrenda de cuentas de turquesa, conchillas blancas y rojas, piedras negras, plumas y polen de maíz.

Se volvió a sentar, cómodamente, y dijo:

—Bueno, aquí estoy de nuevo.

La respuesta no surgió de la tierra, en la que reposaban los huesos del interlocutor, sino de un punto en el espacio, tal como si estuviese sentado frente al Dr. Hillebrand:

—Bienvenido, viejo amigo. Gracias por los dones. Su aroma es grato para todos nosotros.

—No sé si podré traerte más —dijo el arqueólogo—. Puedo comprar cosas nuevas, por supuesto, pero conseguir las antiguas se está volviendo difícil. Me observan.

—No es necesario —respondió la voz—. Somos ricos en los espíritus de cosas como éstas, y nuestros nietos sobre la tierra todavía nos las ofrecen. Más bien ha sido en tu beneficio que he querido que las trajeras, y creo que ese adiestramiento ha servido para su propósito.

—Me das un gran alivio —luego, con un matiz de ansiedad—: ¿Eso no significa que tengo que interrumpir más visitas?

—De ninguna manera. Y, de paso, hay una muy linda vasija con cantidad de cuentas de una variedad muy antigua, en donde estás excavando ahora. La deja-

ron por accidente cuando la gente anterior a la que construyó la kiva pintada se trasladó. Pertenecía a una mujer llamada Pluma de Cola de Azulejo. Su niño se había escapado y se perdió justamente cuando comenzaban a moverse. Para el momento en que la encontró, el jefe de guerra estaba impaciente. De todos modos, podemos volver al asunto más tarde. Puedo ver que algo ronda en tu mente.

—Estoy solo —dijo simplemente el Dr. Hillebrand—. Mis verdaderos amigos se han ido todos. Hay un montón de gente con la que me llevo muy bien, pero no me queda nadie a quien quiera —es decir, sobre la tierra— y tú eres el único bajo ella que soy capaz de alcanzar. Me gustaría... poderme llevar tus restos conmigo y entonces podríamos hablar a la noche.

—No me gustaría.

—Entonces no lo haré, por supuesto.

—Estaba seguro de eso. Tu tierra es extraña para mí, y viajar de un lado a otro representaría mucho esfuerzo. Lo que vi aquella vez que te visité me era totalmente ajeno; lo sería para mí también, según creo. No pasaré mucho tiempo, pienso, antes de verme liberado enteramente de mi sujeción a mis huesos, pero si los sacas ahora, resultaría embarazoso. Toma por ejemplo a aquel que llevaste a tu casa hace diez años, el viejo Palo Conejo. Él dice que lo trataste muy bien y le diste el aroma de las joyas ce-



remoniales toda vez que pudiste, pero a veces vuelve agotado de su viaje.

—Palo Conejo —meditó el Dr. Hillebrand—. Me preguntaba si no habría alguien allí. Jamás me ha hablado.

—No podía. Era simplemente un hombre común del Clan del Junco. Pero te agradece las ofrendas, porque le han dado la fuerza que necesitaba. Como sabes, yo puedo hablar contigo porque yo era la Frente del Sol, y tuviste la suerte de pensar y sentir en la forma correcta cuando te acercaste a mí. Pero, dime, ¿los jóvenes que aprenden contigo no te sirven de compañía?

—Sí. Hay uno que es como un hijo para mí. Pero una vez que han aprendido, se van. Los hombres intermedios, que se han convertido en, digamos, jefes, en mi Departamento, no me sirven. Quieren que me convierta en jubilado, es decir, darme una pensión, apoderarse de mi autoridad y mis sueldos y ponerme en un lugar en que pueda dar consejos, y ellos poder ignorarlos. Tienen nuevos métodos y desprecian los míos. De modo que ahora me están vigilando. Esta vez han mandado a un joven conmigo para que me vigile. Lo llaman estudiante de las costumbres de tus nietos; pasó una vez seis semanas entre los zufis, cuando vio que la gente no gustaba de él, se fue y pasó el resto del verano en Oraibi.

—¿Nuevo Oraibi o Viejo Oraibi?

bi? —preguntó la Frente del Sol.

—Nuevo Oraibi.

El jefe dio un resoplido desdeñoso.

—De modo que, habiendo también leído algunos libros, cree que un etnógrafo, sólo ¡que se hace llamar antropólogo cultural. Y aquí está para encontrar pruebas de que mi cerebro falla —sonrió—. Por cierto que lo pensarían si me vieses aquí, hablando al vacío.

La Frente del Sol se rió.

—Por cierto que sí. No podrían oírme, lo sabes —luego su voz se tornó grave nuevamente—. Eso ocurre siempre, creo. Me ocurrió a mí. Querían hacer las cosas de otra manera, cuando yo había llegado por último al punto en que un Anciano me habló. Llegué a eso ya viejo, no joven, como tú. No podían quitarme el título, pero querían arrebatarme mis atribuciones, traerme bastante comida para que pudiese vivir, oír mis consejos y no escucharlos. Luchar contra ellos se tornó molesto y disgustante, de modo que decidí darme por terminado. A la edad que había alcanzado, casi la tuya, es fácil de hacer.

—¿Y ahora dices que vas a desprenderte enteramente de tus huesos? ¿Estás por alcanzar la siguiente etapa?

—Digamos que comienzo a esperar. Nuestra vida es hermosa, pero durante un siglo más o menos he estado anhelando la próxima, y comienzo a tener esperanzas.

—¿Cómo ocurre ¿O no debo saberlo?

—Puedes saberlo. Eres bueno, y guardas nuestros secretos, tal como hicieron siempre nuestros hombres sabios. Verás a un hombre que se ha tornado joven, apuesto y lleno de luz. Cuando bailamos, él baila con magnífica belleza; su canto es hermoso y te parece que estuviese creando vida. Luego, una vez que los katchinas están danzando ante nosotros, no máscaras, entiendes, sino los propios katchinas, no puedes encontrarlo entre los que miran. Luego te parece reconocerlo allí entre la gente sagrada, danzando como ellos. Luego tú piensas que la próxima vez que nuestros nietos sobre la tierra se coloquen las máscaras y dance allí estará él, a quien conocías como un espíritu que luchaba para purificarse, que acostumbraba contarte cosas sobre sus días en la tierra. Con sus propios ojos él verá a nuestros nietos y los bendecirá —La voz del jefe se arrastraba, como si el deseo de lo que describía lo privase de palabras.

—Ver a los propios katchinas bailando —rumió el Dr. Hillebrand—. No las máscaras, sino lo que las máscaras representan... Eso me mantendría feliz durante siglos. Pero, yo no podría unirme a su pueblo. Nunca fui iniciado. Sería completamente pronto que intentase bailar con ellos. No es para mí.

—Durante más de cuarenta años te he estado iniciando —di-

jo la Frente del Sol—. En cuanto al baile, ya no estarás en ese viejo cuerpo. No danzarás con esos huesos frágiles y reumáticos. Hay lugar para ti en nuestro país. ¿Por qué no vienes? Descansa tan solo en aquel hueco y decídetelo.

—Sabes —dijo el Dr. Hillebrand—, creo que lo haré.

Tanto el profesor de Arqueología Norteamericana como el espíritu que fue una vez la Frente del Sol para los pueblos en las cercanías de T'iliz Hatsosi eran completamente no terrenales. A ninguno de los dos se le ocurrió que, seis días después de que el Dr. Hillebrand dejó el campamento, el Dr. George Franklin organizaría su búsqueda y que cuatro días más tarde, encontrarían su cuerpo donde había fallecido, aparentemente de un ataque cardíaco. Sobre todo, no pensaron en que el cuerpo sería llevado a su ciudad y sepultado con la pompa adecuada en el cementerio adecuado (Pero Philip Fleming, al borde del llanto, pasó resueltamente por alto la dispersión de turquesas y conchas en el montón de desechos entre la grieta y la kiva).

El Dr. Hillebrand se encontró entre gente tan extraña para él como lo habían sido para la Frente del Sol. Parecían estar exánimes por la falta total de ofrendas, y los medios por los que debían purificarse y avanzar hacia el punto en que pudiesen dejar esta vida por la siguiente, que creían sería la final, eran confusos. Comprendió que su espíritu



estaba cargado con mucha escoria y que necesitaría mucho tiempo antes de poder reunir las fuerzas necesarias para intentar un viaje al país de su amigo.

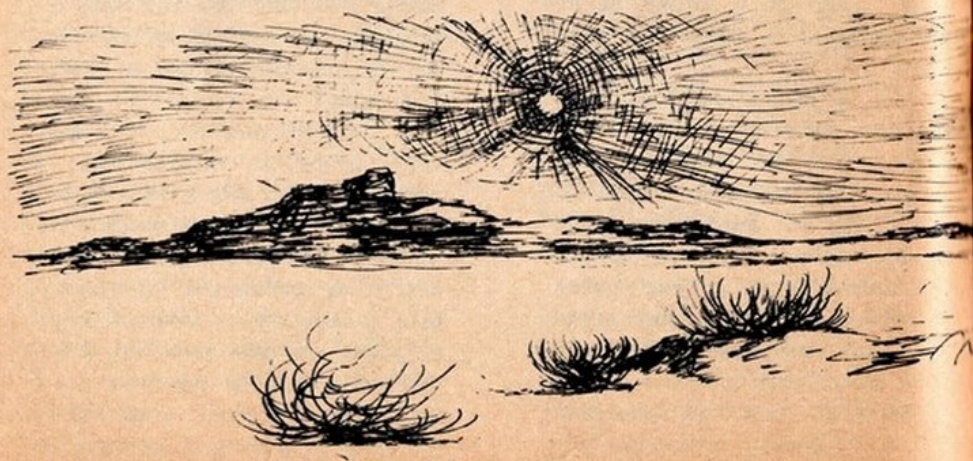
Su retrato, en toga y toca académicas, fue pintado y colgado a la entrada del museo, a un lado de la estela de Quiriguá y frente a la reproducción del famoso mural de la Kiva Pintada. El Dr. Klibben manejó hábilmente los ascensos y emolumentos que cayeron bajo su control. Phillip Fleming se graduó con todos los honores y pronto se le ofreció un cargo magnífico en Harvard. Movido por un impulso que no comprendía, y siguiendo uno o dos actos que había realizado para su propia sorpresa, Fleming fue a la tumba del Dr. Hillebrand, en un gesto de respeto y agradecimiento.

Le había parecido poco apropiado llevar flores. En cambio, al sentarse junto a la tumba, con leves movimientos de las manos, frotó sobre ella unos trocitos de turquesa y concha que había sa-

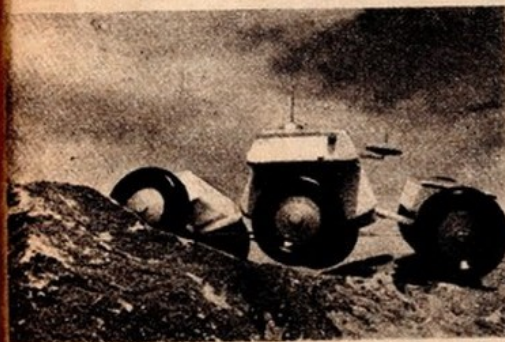
cado de un collar que había desenterrado, y continuó con un poquito de polen que le había dado un navajo. De pronto, su rostro mostró una estupefacción absoluta y se puso a escuchar atentamente.

En la temporada siguiente, Fleming regresó a las ruinas de Máscara Pintada, por concesión del Dr. Klibben, quien estaba encantado de que su Departamento se viese enteramente libre de arqueología del Sudoeste. Allí cavó una zanja que llevó directamente a una magnífica vasija polícroma, que contenía gran cantidad de semillas de alto interés botánico.

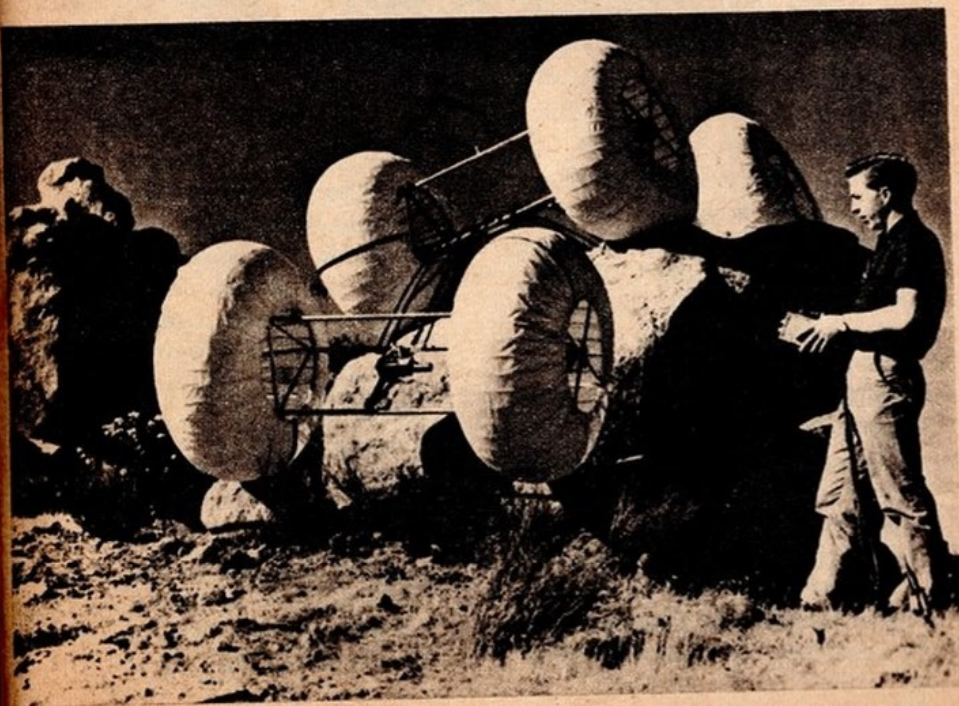
Pocos años después dejó de visitar la tumba, pero fue lo bastante sentimental como para hacer un peregrinaje, solo, a Tsekaiye Kin al comienzo de cada temporada de expediciones. Se decía en broma entre sus colegas que allí comulgaba con el espíritu del viejo Hillebrand. Por cierto, parecía haber heredado de aquella figura el don legendario de realizar hallazgos espectaculares.



## EL AUTOLUNA



La Luna no será explorada a pie: usando el autoluna, un tractor especialmente diseñado para vencer las más rugosas y accidentadas superficies, los astronautas podrán recorrer en un par de semanas la misma superficie que, si anduvieran a pie, tardarían un año en visitar.





# EL ARBOL DE LA BUENA MUERTE

María Santos cerró los ojos, aflojó el cuerpo, acomodó la espalda contra el blando tronco del árbol.

Se estaba bien allí, a la sombra de aquellas hojas transparentes que filtraban la luz rojiza del sol.

Carlos, el yerno, no podía haberle hecho un regalo mejor para su cumpleaños.

Todo el día anterior había trabajado Carlos, limpiando de malezas el lugar donde crecía el árbol. Y había hecho el sacrificio de madrugar todavía más temprano que de costumbre para que, cuando

ella se levantara, encontrara instalado el banco al pie del árbol.

María Santos sonrió agradecida; el tronco parecía rugoso y áspero, pero era muelle, cedía a la menor presión como si estuviera relleno de plumas. Carlos había tenido una gran idea cuando se le ocurrió plantarlo allí, al borde del sembrado.

Tuf-tuf-tuf. Hasta María Santos llegó el ruido del tractor. Por entre los párpados entrecerrados, la anciana miró a Marisa, su hija, sentada en el asiento de la máquina, al lado de Carlos.

El brazo de Marisa descansaba en la cintura de Carlos, las dos cabezas estaban muy juntas: seguro que hacían planes para la nueva casa que Carlos quería construir.

María Santos sonrió; Carlos era un buen hombre, un marido inmejorable para Marisa. Suerte que Marisa no se casó con Larco, el ingeniero aquel: Carlos no era más que un agricultor, pero era bueno y sabía trabajar, y no les hacía faltar nada.

¿No les hacía faltar nada?

Una punzada dolida borró la sonrisa de María Santos.

El rostro, viejo de incontables arrugas, viejo de muchos soles y de mucho trabajo, se nubló.

No, Carlos podría hacer feliz a Marisa y a Roberto, el hijo, que ya tenía 18 años y estudiaba medicina por televisión.

No, nunca podría hacerla feliz a ella, a María Santos, la abuela...

Porque María Santos no se adaptaría nunca —hacía mucho que había renunciado a hacerlo—, a la vida en aquella colonia de Marte.

De acuerdo con que allí se ganaba bien, que no les faltaba nada, que se vivía mucho mejor que en la Tierra, de acuerdo con que allí, en Marte, toda la familia tenía un porvenir mucho mejor; de acuerdo con que la vida en la Tierra era ahora muy dura... De acuerdo con todo eso; pero, ¡Marte era tan diferente!...

¿Qué no daría María Santos por un poco de viento como el de la

Tierra, con algún "panadero" volando alto!

—¿Duermes, abuela? —Roberto, el nieto, viene sonriente, con su libro bajo el brazo.

—No, Roberto. Un poco cansada, nada más.

—¿No necesitas nada?

—No, nada.

—¿Seguro?

—Seguro.

Curiosa, la insistencia de Roberto; no acostumbraba a ser tan solícito; a veces se pasaba días enteros sin acordarse de que ella existía.

Pero, claro, eso era de esperar; la juventud, la juventud de siempre, tiene demasiado que hacer con eso, con ser joven.

Aunque en verdad María Santos no tiene por qué quejarse: últimamente Roberto había estado muy bueno con ella, pasaba horas enteras a su lado, haciéndola hablar de la Tierra.

Claro, Roberto no conocía la Tierra; él había nacido en Marte, y las cosas de la Tierra eran para él algo tan raro, como cincuenta o sesenta años atrás lo habían sido las cosas de Buenos Aires —la capital—, tan raras y fantásticas para María Santos, la muchachita que cazaba lagartijas entre las tunas, allá en el pueblito de Cata-marca.

Roberto, el nieto, la había hecho hablar de los viejos tiempos, de los tantos años que María Santos vivió en la ciudad, en una casita de Saavedra, a siete cuadras de la estación.

Roberto le hizo describir ladrillo



por ladrillo la casa, quiso saber el nombre de cada flor en el cantero que estaba delante, quiso saber cómo era la calle antes de que la pavimentaran, no se cansaba de oír contar cómo jugaban los chicos a la pelota, cómo remontaban barriletes, cómo iban en bandadas de guardapolvos al colegio, tres cuadras más allá.

Todo le interesaba a Roberto, el almacén del barrio, la librería, la lechería... ¿No tuvo acaso que explicarle cómo eran las moscas? Hasta quiso saber cuántas patas tenían... ¿Como si alguna vez María Santos se hubiera acordado de contarlas! Pero, hoy, Roberto no quiere oír recordar; claro, debe ser ya la hora de la lección, por eso el muchacho se aparta casi de pronto, apurado.

Carlos y Marisa terminaron el surco que araban con el tractor. Ahora vienen de vuelta.

Da gusto verlos; ya no son jóvenes, pero están contentos.

Más contentos que de costumbre, con un contento profundo, un contento sin sonrisas, pero con una gran placidez, como si ya hubieran construido la nueva casa. O como si ya hubieran podido comprarse el helicóptero que Carlos dice que necesitan tanto.

Tuf-tuf-tuf... El tractor llega hasta unos cuantos metros de ella; Marisa, la hija, saluda con la mano, María Santos sólo sonríe; quisiera contestarle, pero hoy está muy cansada.

Rocas ondulantes erizan el horizonte, rocas como no viera nunca en su Catamarca de hace tanto.

El pasto amarillo, ese pasto raro que cruje al pisarlo, María Santos no se acostumbró nunca a él. Es como una alfombra rota que se estira por todas partes; por los lugares rotos afloran las rocas, siempre angulosas, siempre oscuras.

Algo pasa delante de los ojos de María Santos.

Un golpe de viento quiere despeinarla.

María Santos parpadea, trata de ver lo que le pasa delante.

Allí viene otro.

Delicadas, ligeras estrellitas de largos rayos blancos...

¡"Panaderos"!

¡Sí, "panaderos", semillas de cardo, iguales que en la Tierra!

El gastado corazón de María Santos se encabrita en el viejo pecho: ¡"Panaderos"!

No más pastos amarillos: ahora hay una calle de tierra, con huellones profundos, con algo de pasto verde en los bordes, con una zanja, con veredas de ladrillos torcidos...

Callecita de barrio, callecita de recuerdo, con chicos de guardapolvo corriendo para la librería de la esquina, con el esqueleto de un barrilete no terminando de morirse nunca, enredado en un hilo del teléfono.

María Santos está sentada en la puerta de su casa, en su silla de paja, ve la hilera de casitas bajas, las más viejas tienen jardín al frente, las más modernas son muy blancas, con algún balcón cromado, el colmo de la elegancia.

"Panaderos" en el viento, viento alegre que parece bajar del cielo

mismo, desde aquellas nubes tan blancas y tan redondas...

"Panaderos" como los que perseguía en el patio de tierra del rancho allá en la provincia.

¡"Panaderos"!

El pecho de María Santos es un gran tumulto gozoso.

"Panaderos" jugando en el aire, yendo a lo alto.

.....  
Carlos y Marisa han detenido el tractor.

Roberto, el hijo, se les junta, y

los tres se acercan a María Santos.

Se quedan mirándola.

—Ha muerto feliz... Mira, parece reírse.

—Sí... ¡Pobre doña María!...

—Fue una suerte que pudiéramos proporcionarle una muerte así.

—Sí... Tenía razón el que me vendió el árbol, no exageró en nada: la sombra mata en poco tiempo y sin dolor alguno, al contrario...

—¡Abuela!... ¡Abuelita!...



# COLABORACIONES

## CONCURSO

---

## PERMANENTE

CUENTOS

ARTICULOS DE INTERES GENERAL



H. P. LOVECRAFT



RAY BRADBURY



CLIFFORD SIMAK



POUL ANDERSON

CADA CUENTO O ARTICULO DE INTERES GENERAL QUE PUBLIQUEMOS SERA PREMIADO CON \$ 5.000.—

LOS TEMAS QUEDAN A ELECCION DE LOS LECTORES. LAS COLABORACIONES DEBERAN ESTAR ESCRITAS A MAQUINA, A DOBLE ESPACIO; LA FIRMA DEBE VENIR ACLARADA, CON EL DOMICILIO DEL AUTOR.

SE TRATA DE UN CONCURSO PERMANENTE, ABIERTO A CUALQUIER AUTOR, SEA NOVEL O NO. LO UNICO QUE EXLIGIMOS ES QUE LAS COLABORACIONES SEAN ORIGINALES E INEDITAS.

¡Y QUE SEAN BUENAS!

(POR RAZONES TECNICAS FACILES DE COMPRENDER NO DEVOLVEREMOS LOS ORIGINALES QUE NOS ENVIAN. ACUSAREMOS RECIBO, ESO SI, EN EL "CABO KENNEDY DE LOS LECTORES").

MAS DETALLES EN EL PROXIMO NUMERO.

CUATRO NOMBRES DE PRIMERISIMA LINEA EN LA CIENCIA FICCION DIAL. ¿POR QUE NO HA DE FIGURAR EL SUYO ENTRE ELLOS?



# EL CABO KENNEDY DE LOS LECTORES

Esta sección será nuestro correo: en ella publicaremos y contestaremos las cartas que nos envíen los lectores.

Rogamos claridad y **CONCISIÓN**.

**NUESTRA DIRECCION:**  
**CANGALLO 1642 - 4° Piso - Of. 41**



Estación Espacial Boeing. La se hace ficción...